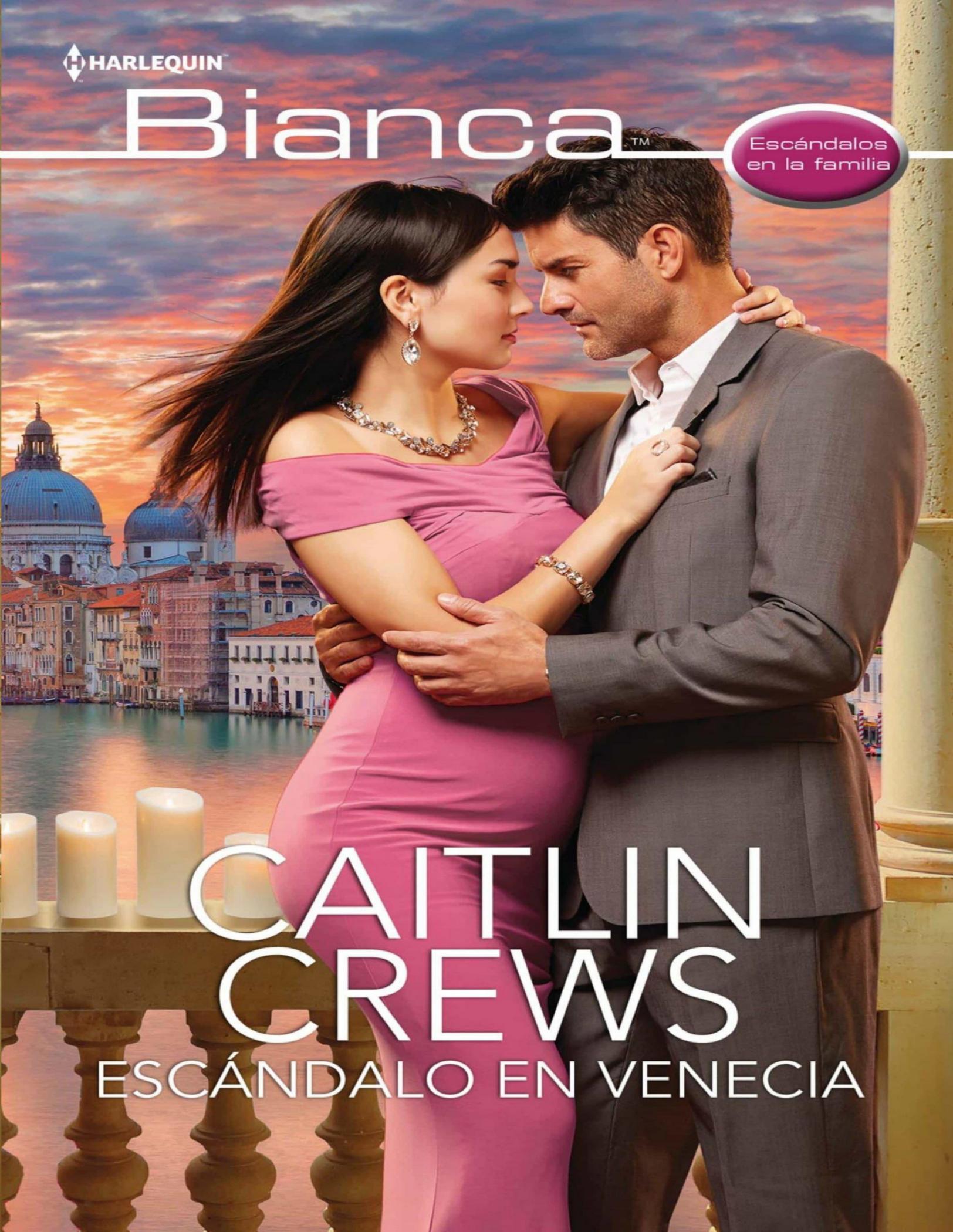


HARLEQUIN

Bianca™

Escándalos
en la familia



CAITLIN
CREWS

ESCÁNDALO EN VENEZIA

_____ Bianca _____

ESCÁNDALO EN VENECIA

Caitlin Crews



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.

Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.

Núñez de Balboa, 56

28001 Madrid

© 2019 Caitlin Crews

© 2020 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.

Escándalo en Venecia, n.º 161 - febrero 2020

Título original: The Italian's Twin Consequences

Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.

Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, Bianca y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited.

Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.: 978-84-1348-182-1

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Créditos](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

Capítulo 1

YA SÉ que su consejo de administración le pasó por escrito las condiciones de estas sesiones, señor Combe, pero creo que nos vendrá bien repasarlas. Si bien usted y yo conversaremos, tengo que recalcar que usted no es mi cliente. Presentaré mis conclusiones al consejo, no buscaré soluciones terapéuticas con usted. ¿Entiende lo que quiere decir eso?

Matteo Combe miró fijamente a la mujer que estaba sentada enfrente de él en la biblioteca de la villa veneciana que había sido de la familia de su madre desde los albores de la historia. Los San Giacomo eran aristócratas con una sangre tan azul como el mar. Incluso contaban con algunos príncipes italianos, el bisabuelo de Matteo entre ellos... y Matteo sabía que una de las mayores decepciones en la vida de su abuelo había sido que no hubiese transmitido su título.

Sería muy afortunado si pudiera preocuparse por semejantes decepciones, pero tenía unas preocupaciones más apremiantes en ese momento, como conservar la empresa que los antepasados de su padre, de clase trabajadora, habían levantado de la nada en el norte de Inglaterra durante la revolución industrial. Que hubiese elegido ocuparse de esa situación en la aristocrática villa, que tanto decía de sí mismo, era para su propia satisfacción.

Además, quizá también hubiese pensado que así podía intimidar a la mujer, a la psiquiatra, que estaba con él.

La doctora Sarina Fellows era, que él supiera, la primera persona estadounidense que ponía un pie allí... y le sorprendió vagamente que la villa no se hubiese hundido en el Gran Canal como forma de protesta. Aunque, claro, las villas de Venecia eran tan famosas como él por la tenacidad ante las adversidades.

Sarina era tan enérgica y eficiente como habían sido sus palabras, y eso no presagiaba nada bueno. Iba vestida de negro de los pies a la cabeza, pero no caía en lo lúgubre por la calidad de lo que llevaba. Él reconocía el diseño artesanal italiano en cuanto lo veía. El pelo era como seda negra y estaba recogido en un moño en la nuca. Los ojos tenían un tono ámbar con un anillo oscuro en los iris. Los labios eran perfectos, como si le rogaran a un hombre que los paladeara y, quizá por eso, no llevaban ningún color.

Supuso que parecía lo que era, la mano ejecutora de su destrucción si sus enemigos se salían con la suya, aunque él no estaba dispuesto a que ni nada ni nadie lo destruyera. Ni esa mujer ni la inesperada muerte de sus padres con unas semanas de diferencia y que lo único que habían dejado detrás había sido las consecuencias de los secretos que habían guardado y que él fuese, contra su voluntad, el albacea de todo lo que habían ocultado mientras habían vivido. Ni siquiera las desafortunadas decisiones de su hermana menor, que lo habían llevado directamente a esa situación, a que el presidente del consejo de Industrias Combe, el mejor amigo de su difunto padre, quisiera hacerse con las riendas.

Nada lo destruiría, no lo permitiría.

Sin embargo, antes tenía que aclarar esa situación tan absurda.

Sarina le dirigió lo que él supuso que quería ser una sonrisa compasiva, aunque a él le pareció más bien desafiante, y él nunca había rechazado un desafío, y menos cuando debería haberlo rechazado para mantener la paz.

Sin embargo, ya detestaba todo ese proceso y no había hecho nada más que empezar.

Se acordó de que ella le había hecho una pregunta y él había asentido, ¿no? Había dado su palabra.

Se quedaría allí, se sometería a esa intrusión y contestaría sus preguntas, todas y cada una. Aunque tuviera que hacerlo con los dientes apretados.

-Sé muy bien por qué está aquí, señorita Fellows -consiguió replicar él.

Lo que no consiguió fue disimular la impaciencia y la frustración, y lo que su secretaria de toda la vida se atrevía a llamar, en su propia cara, sus malas pulgas.

-Doctora.

-¿Cómo dice? -preguntó él al no haberlo entendido.

-Doctora Fellows -le explicó ella con una sonrisa cortante-, señor Combe. No señorita Fellows. Espero que esa diferencia le convenza de que estas conversaciones son plenamente profesionales, aunque pueda resultar complicado.

-Encantado de oírlo.

Matteo se preguntó si lo habría hecho intencionadamente.

Siempre se había enorgullecido de ser tan contundente como su padre, quien había sido famoso por la virulencia de sus ataques. Aunque, claro, él nunca se había visto en una situación como esa.

-No he pasado mucho tiempo, ningún tiempo si soy sincero, en terapias impuestas, pero el carácter profesional de esta experiencia era, como es natural, lo que más me importaba -añadió Matteo.

La tormenta de finales de primavera azotaba las ventanas, llegaba de la laguna y amenazaba con inundar la plaza de San Marcos como solía hacer en otoño e invierno. Esa amenaza de inundación reflejaba perfectamente el estado de ánimo de Matteo, pero la mujer que tenía enfrente se limitaba a dirigirle una sonrisa tan imperturbable como la lluvia que golpeaba contra el cristal.

-Entiendo la resistencia a este tipo de terapias, o a cualquier tipo de terapia. Quizá lo mejor sea ir directamente al grano.

Estaba sentada en una butaca antigua de respaldo alto que él sabía, por experiencia propia, que era incomodísima, pero que parecía hecha a la medida de ella, quien repasó ostensiblemente las notas que tenía en una carpeta de cuero que levantaba como un arma por delante de ella.

-Usted es el presidente y consejero delegado de Industrias Combe, ¿correcto?

Matteo se había vestido de una forma informal para esa entrevista, o sesión, como se empeñaba en llamarla ella. En ese momento, se arrepentía. Habría preferido la comodidad de uno de sus exclusivos trajes para recordarse que no era un granuja sacado de la calle. Era Matteo Combe, el hijo mayor y heredero, a regañadientes, de la fortuna de los San Giacomo y la empresa multinacional que los tenaces antepasados de su padre habían levantado de la nada hacía mucho tiempo en las ciudades industriales del norte de Inglaterra.

Su secretaria había insistido en que tenía que... humanizarse. Naturalmente, el problema era que a Matteo nunca se le había dado muy bien ser humano. No había tenido mucha práctica con su familia, con su madre escandalosa y negligente y su padre celoso, agresivo y seguro de sí mismo, y con las escenas que montaban.

Hizo un esfuerzo para esbozar una sonrisa, algo en lo que tampoco tenía mucha práctica.

-Era presidente antes de que mi padre muriera. Había estado formándome para que ocupara su lugar durante algún tiempo -en realidad, desde que nació, pero se lo calló-. Me convertí en consejero delegado después de que muriera.

-Y decidió señalar la fecha de su fallecimiento peleándose físicamente con uno de los asistentes al sepelio, con un príncipe nada menos.

A él se le heló la sonrisa.

-En aquel momento, me daba igual quién fuese. Solo sabía que era quien había dejado embarazada y había abandonado a mi hermana.

Sarina volvió a comprobar las notas y pasó las páginas con una firmeza que irritó a Matteo, que le irritó más, mejor dicho.

-Se refiere a su hermana Pia, unos años menor que usted, pero que es, a todos los efectos, una mujer adulta que, en teoría, puede decidir tener un hijo si quiere.

Matteo miró a la mujer que estaba sentada en esa butaca donde su abuelo lo sentaba cuando creía que tenía que enseñarle algo de humildad. Naturalmente, él también tenía un informe de ella. Sarina Fellows había nacido y se había criado en San Francisco, y había sobresalido en una de las academias privadas más relevantes de la ciudad. Había estudiado primero en Berkeley y luego en Stanford y, en vez de ejercer como psiquiatra, había abierto su propia consultoría. En ese momento, viajaba por todo el mundo y asesoraba a las empresas que necesitaban perfiles psicológicos de los directivos.

Matteo era su víctima más reciente.

Había golpeado a ese príncipe que había dejado embarazada y sola a Pia, algo de lo que no se arrepentía lo más mínimo. Su hermanita era la única integrante de la familia a la que había adorado incondicionalmente, aunque muchas veces desde la distancia, y era la heredera de dos grandes fortunas. Era una diana para cazafortunas sin escrúpulos y, al parecer, para príncipes. Lo repetiría encantado de la vida, pero lo había hecho delante de los paparazis y les había alegrado el día.

Habían dicho que de tal palo tal astilla y, a los pocos días de su muerte, habían sacado a relucir los abundantes escándalos y altercados de su difunto padre, por si alguien había estado tentado de olvidarse de quién había sido Eddie Combe. Habían bastado cuatro noticias despectivas para que la prensa sensacionalista empezara a preguntarse si él era la persona indicada para dirigir su maldita empresa.

No había tenido más remedio que ceder a las exigencias de su remilgado consejo de administración, quienes, uno a uno, habían afirmado que no habían visto nada parecido en toda su vida. Algo que era una mentira descarada porque todos habían sido nombrados por Eddie, quien había sido pendenciero por naturaleza.

Sin embargo, Eddie estaba muerto y era algo que a él seguía costándole creerse. Había desaparecido esa energía y furia y él tenía que sacar buenas notas con la doctora por su comportamiento en el sepelio de su padre, o se arriesgaba a un voto de censura.

Podría haber aplastado la moción tranquilamente, pero sabía que la empresa estaba pasando por un momento de transición. Si quería dirigir, no amenazar, mentir y atacar, que era lo que había hecho su padre toda su vida, tenía que empezar con buen pie. Sobre todo, cuando sabía qué más ocultaban los testamentos de sus padres.

-Mi hermana es ingenua y confiada -comentó Matteo-. La criaron para que no supiera gran cosa del mundo, y menos de los hombres. Me temo que no me gusta que se aprovechen de su forma de ser.

Sarina se movió ligeramente en la butaca y lo miró fijamente, como si fuera un experimento científico. Las mujeres no solían mirarlo así y no podía decir que le gustara mucho. Sobre todo, cuando no pudo evitar darse cuenta de que la doctora no estaba nada mal. Tenía unas piernas esbeltas y tersas y era muy tentador imaginárselas por encima de sus hombros mientras él entraba...

Tenía que concentrarse.

Sabía lo suficiente de ella como para imaginarse que no le gustaría lo que estaba pensando. Sabía que había levantado la consultoría de la nada y que era implacable y decidida, dos cualidades que él también tenía y que solía apreciar en los demás. Aunque, quizá, no en ese caso, cuando esa firmeza penetrante como un cuchillo iba dirigida contra él.

-Parece como si hubiese visto un fantasma -comentó ella casi sin darle importancia-. ¿Lo ha visto?

-En una casa como esta, hay fantasmas por todos lados -contestó Matteo con inquietud.

No le inquietaba la idea de los fantasmas, sino la extraña sensación que lo había dominado, la idea de que conocía a esa mujer cuando sabía que no era así. Dejó a un lado esa sensación.

-Las salas están abarrotadas con mis antepasados -siguió Matteo-. Estoy seguro de que a más de uno le divierte dar sustos, pero no puedo decir que me hayan molestado. Quédese a dormir si quiere y, a lo mejor, le visita un fantasma...

-No estaría mal, ya que no creo en los fantasmas -replicó ella ladeando la cabeza-. ¿Usted sí cree?

-Si creyera, no lo diría. No me gustaría suspender su examen.

-No es un examen, señor Combe. Son conversaciones, nada más. Usted entenderá que a sus accionistas y directivos no les haya gustado ese comportamiento violento y antisocial que mostró en el sepelio.

Él se encogió de hombros con una despreocupación que no había sentido nunca.

-Estaba protegiendo a mi hermana.

-Si no le importa, ayúdeme a entender su forma de pensar -Sarina apoyó un codo en el brazo de la butaca y se tocó la mandíbula con unos de sus largos y elegantes dedos-. Su hermana está embarazada de seis meses y, según todos los informes, no tiene la más mínima incapacidad. Mis indagaciones sobre Pia indican que es una mujer bien formada, viajada e independiente. Aun así, usted sintió una necesidad arcaica de salir en su defensa, y de hacerlo de una forma brutal.

-Soy lamentablemente brutal -Matteo no supo por qué esa palabra había ardidido como una llama dentro de él, aunque quizá fuese que le gustaría tener la mano en su mandíbula, como el dedo de ella-. Sospecho que es una consecuencia natural de

haberme criado en una familia... histórica.

-Señor Combe, todas las familias son históricas por definición, se llaman generaciones. Lo singular es su historia, con villas venecianas y pretensiones de nobleza -a él le pareció captar un destello de algo en su mirada, pero lo sofocó acto seguido-. Sigamos con su hermana. ¿Creía que defendía su honor? Qué... patriarcal.

A él no le gustó cómo dijo la palabra, marcando todas las sílabas como si fuesen venablos.

-Pido disculpas por querer a mi hermana.

Matteo amaba a Pia, desde luego, aunque no podía decir que la entendiera. Mejor dicho, no entendía sus decisiones cuando tenía que saber que todo el mundo estaría observándola. Sin embargo, también era posible que a ella no se lo hubiesen metido en la cabeza desde muy pequeña como le habían hecho a él.

-Me parece muy interesante que emplee el verbo «querer» en estas circunstancias -comentó Sarina-. No sé cómo me sentiría yo si mi hermano decidiera expresar su supuesto cariño dándole un puñetazo al padre del hijo que estoy esperando.

-¿Tiene un hermano?

El sabía que Sarina Fellows era la única hija de un profesor universitario de Lingüística y de una bioquímica japonesa que se habían conocido en la facultad en Londres y habían acabado dando clase en la misma universidad de California.

-No tengo un hermano -contestó ella sin inmutarse porque la había desenmascarado-, pero me criaron unas personas que defendían la no violencia. Al revés que usted, si es cierto lo que sé del pasado turbulento de su familia.

A él le habría gustado preguntarle a qué pasado turbulento se refería. Los San Giacomo se habían batido en duelos y habían conspirado durante siglos. Los Combe habían sido más directos, más propensos a dar puñetazos. Sin embargo, se mirara como se mirase, eran turbulentos.

-Si soy culpable de algo, es de ser un hermano mayor demasiado protector.

Entonces, Matteo recordó, con esa mezcla de pasmo y pesar de siempre, que él también tenía un hermano mayor, un hermano mayor que su madre había abandonado cuando ella era muy joven, pero al que había incluido en su testamento, un hermano mayor al que no había conocido todavía y que seguía sin creerse que fuese real.

Quizá por eso no hubiese hecho nada al respecto, todavía.

Intentó esbozar otra sonrisa, aunque no sirvió para nada. La doctora no cambió ni un ápice su expresión. Se quedó en silencio hasta que a él se le borró la sonrisa.

Sabía que era una estratagema que él mismo había empleado cientos de veces, pero no le gustaba que la emplearan con él. Sintió la necesidad de llenar ese silencio, como le pasaba a todo el mundo, pero se contuvo.

Se quedó en la butaca antigua donde se había sentado su abuelo hacía décadas, cuando le corroía la amargura por ser noble, pero no de la realeza. Se quedó como recordaba que hacía su abuelo, intentando parecer tan despreocupado como debería estar porque aquello solo era un pequeño contratiempo, un fastidio y nada más.

Estaba sometiéndose a eso porque había querido, porque así podría demostrarle a su consejo de administración que era riguroso y distinto a su padre... no porque se hubiese sentido obligado.

Le daba igual si la doctora no se daba cuenta de eso.

Además, cuanto más tiempo lo mirase en ese silencio que se espesaba entre ellos, más le costaba pensar en algo que no fuese lo atractiva que era. Él había esperado a una mujer más parecida a una bruja, una mujer, por ejemplo, entrada en años y quisquillosa.

Sospechaba que su belleza era otra estratagema porque Sarina Fellows no parecía en absoluto el tipo de mujer que podría ejercer ese supuesto poder sobre la vida de él. Más bien, parecía el tipo de mujer que a él le gustaría llevarse a la cama. Esbelta y elegante, segura de sí misma. Él las prefería inteligentes y refinadas porque una conversación inteligente le gustaba tanto como otros entretenimientos más sensuales e insaciables.

Si no la hubiesen mandado para que lo juzgara, quizá le hubiese divertido encontrar la manera de introducir la mano por debajo de la falda tubo que llevaba y...

-Masculinidad tóxica -sentenció ella con cierto tono de satisfacción.

-¿Es un diagnóstico? -preguntó Matteo parpadeando.

-La buena noticia, señor Combe, es que no es el único -los ojos oscuros de ella dejaron escapar un brillo de satisfacción evidente-. Usted parece incorregible. Piense un poco acerca del asunto. Normalmente, un sepelio se celebra para que los seres queridos puedan despedirse del fallecido. Usted decidió convertirlo en un cuadrilátero, derramó sangre, aterró a quienes estaban allí y humilló a esa hermana a la que afirma amar... y todo para reparar su sentido del honor roto.

Él no suspiró aunque tuvo que hacer un verdadero esfuerzo.

-Evidentemente, no ha conocido a mi padre. No había seres queridos en su sepelio y, además, habría sido el primero en jalearse en un combate de boxeo.

-Me cuesta creerlo y, francamente, es una prueba más de esa incorrección de cowboy que parece parte integrante de Matteo Combe.

-Doctora Fellows, soy italiano por una parte y británico por la otra. No tengo nada de cowboy en ningún sentido.

-Empleo la expresión para ilustrar un proteccionismo masculino y tóxico del que, que yo sepa, no se ha disculpado, ni entonces ni ahora.

-Si me pareciera que tengo que disculparme por defender el honor de mi hermana, y no me lo parece, sería algo que tendría que hablar con Pia, no con usted ni con el consejo de administración ni mucho menos, claro, con el público en general -replicó Matteo sin alterarse.

-Entonces, ¿siente remordimientos por su brutalidad o no?

Sospechaba que lo que sentía haría que ella lo llamara cosas mucho peores que «cowboy». Extendió las manos por delante de él como si fuera una especie de rendición, aunque no tenía ni la más remota idea de cómo rendirse, ni a nada ni a nadie.

-El remordimiento se parece mucho a la sensación de culpa o a la vergüenza, sentimientos inútiles que tienen mucho más que ver con los demás que con uno mismo -él bajó las manos-. No puedo cambiar el pasado, ni aunque quisiera.

-Qué cómodo. Como no puede cambiar el pasado, tampoco va a molestarse en hablar de él. ¿Esa es su forma de actuar?

-No puedo decir que tenga una forma de actuar porque nunca había tenido una conversación, entre comillas, como esta.

-No me sorprende...

-Sin embargo, aquí estoy, ¿no? He prometido contestar a todas las preguntas que me haga. Podemos hablar largo y tendido de todo lo que quiera. Soy muy complaciente - Matteo volvió a sonreír aunque fue una sonrisa helada-, y, al parecer, tóxico.

-Es interesante que haya elegido la palabra «complaciente» -él estuvo seguro de que había captado un tono burlón en la voz, aunque no se había reflejado en su cara-. ¿Le parece una palabra acertada para describir su comportamiento?

-He abierto mi casa, la he invitado y, quién lo iba a decir, ha venido. He aceptado tener todas las conversaciones que usted considere necesarias y, a cambio, me llaman tóxico en vez de acomodaticio.

-Esa palabra le molesta.

-No diría que me molesta, pero a nadie le gusta que le llamen «tóxico». No es un halago precisamente.

Lo que le molestaba era la inutilidad de todo eso, la pérdida de tiempo y energía y, efectivamente, que fuese tan hermosa, algo que solo era otra arma y tenía que tenerlo muy presente.

-Y, claro, usted es un hombre acostumbrado a los halagos, ¿no?

Quiso evitarlo, pero, aun así, notó que su boca esbozaba otra sonrisa.

-A lo mejor le extraña saberlo, pero a la mayoría de las mujeres que me conocen no les parezco nada tóxico.

-Señor Combe, ¿está intentando llevar la sesión a un terreno sexual?

Matteo vio que los ojos de ella dejaban escapar un destello y habría jurado que era un destello triunfal. Comprendió que estaba metido en un lío mayor del que se había imaginado incluso antes de que ella sonriera con sarcasmo.

-Vaya, esto es mucho peor de lo que había creído -añadió Sarina.

Capítulo 2

MATTEO COMBE era el típico hombre arrogante, ostentoso y adinerado con un poder desmesurado e inmerecido que Sarina Fellows no podía soportar.

También era considerablemente guapo, algo que, para ella, había sido un punto en su contra desde el principio. Tenía ese tipo de atractivo que hacía que las personas se idiotizaran cuando se lo encontraban. Era como darse de narices contra una pared o como empezar a reírse como una boba de doce años y a ella le espantaba sentir cómo crecía esa reacción dentro de ella cuando hacía mucho tiempo que se consideraba inmune a ese tipo de hombres.

Sin embargo, él tenía algo distinto, él era... más. Era algo relacionado con el brillo de su pelo oscuro y la firmeza de su mentón, era su nariz aristocrática y esos ojos grises como una tormenta, era esa seguridad en sí mismo que cubría como un manto su cuerpo alto, delgado y atlético y que dejaba muy claro que cedía ante ella, a esa evaluación que había exigido su propio consejo de administración, porque él quería, que no había nada en el mundo que pudiera obligarlo a hacer algo que no quisiera hacer. Le recordaba a un río poderoso que rugía sobre un saliente enorme, arrollador, imparable... y peligroso, le susurró algo por dentro.

Sarina lo desechó en cuanto la palabra se formó en su cabeza. Efectivamente, era hermoso, austero y exuberante a la vez, era guapo y rico, asquerosamente rico. Una de las ramas de su familia estaba arraigada en la industria de Yorkshire y la otra se remontaba al Renacimiento italiano, más o menos, cuando se construyó esa villa en concreto.

Ella entendía perfectamente por qué se había empeñado en que esa primera reunión fuese allí, en el cuento de hadas hecho realidad que era Venecia. Quería que ella se sumergiera en esa ciudad de palacios antiguos e historia que era como un tapiz resplandeciente donde su familia era un hilo de oro, donde ella se quedaría boquiabierta ante su esplendor y riqueza... aunque ella no era de las que se quedaban boquiabiertas y Matteo Combe no sabía dónde se había metido.

No solo odiaba a los hombres como él, además, los conocía. Sabía de lo que eran capaces y había llegado a tener alergia a esa forma de arrogancia. Su amiga de la infancia, a quien había considerado una hermana, se había hecho adicta a los hombres como Matteo. Seguros de sí mismos sin reparos, respaldados por la historia y todo el dinero que les había llegado a lo largo de los siglos y tenidos en cuenta por cualquiera que se cruzara en su camino todos los días de sus vidas.

Efectivamente, lo sabía todo sobre los hombres como él.

No necesitaba destruirlo, pero los hombres como Matteo le parecían unos globos enormes y muy hinchados y ella se había propuesto ser una aguja bien afilada. Llevaba mucho tiempo desinflando desmesurados egos masculinos en su profesión y tenía cierta reputación de poder bajarles lo humos a los masters del universo y de sacar a la

luz a los mortales de moralidad más que dudosa que solía haber debajo de tanta fanfarronería.

Algunos de los hombres que analizaba también eran íntegros y, ante la ausencia de infracciones o conductas inapropiadas, le encantaba dar un informe impecable del hombre en cuestión. No odiaba a los hombres, como le reprochaban muchas personas, odiaba a los hombres que abusaban del poder y de las personas vulnerables a ese poder.

Estaba segura de que Jeannette, estuviera donde estuviese, estaba mirándola y respaldándola...

¿Y cómo explicar que ese hombre rico y arrogante ya hubiese conseguido abrirse paso hacia sus entrañas como no lo había hecho ningún otro con esa seguridad, sombría y reflexiva, que exudaba como un perfume irresistible?

Eso quedaba en las conversaciones privadas que mantenía dentro de la cabeza y que no pensaba permitir que él supiera.

-Quiere que tenga remordimientos.

Matteo estaba sentado en una butaca que, aunque no supiera nada de antigüedades, Sarina sí sabía que era exquisita y de un valor incalculable. Era lo más parecido a un rey.

-Si no consigo tenerlos, ¿querrá decir que he suspendido el examen?

-No se trata de aprobar o suspender -replicó ella mientras anotaba algo para que se sintiera incómodo-. ¿Le parece enervante?

-¿Que mi porvenir esté en manos de alguien que no puede contestar a una pregunta directa? -preguntó él con un brillo en los ojos grises-. Ni lo más mínimo.

Ella no se había esperado que fuese tan irónico. Y todas las fotos del mundo, Sarina estaba convencida de que las había visto todas solo para investigarlo, no hacían justicia a esa intensidad desatada que era Matteo Combe, a ese pelo tupido y casi negro que rozaba lo indisciplinado, a esa mirada gris como la pizarra que hacía que ella no solo pensara en la lluvia sino, lo que era más grave, en bailar bajo ella. Incluso cuando sabía mejor que bien que eso llevaba a la locura, y a cosas peores que una pequeña locura.

Normalmente, él llevaba carísimos trajes hechos a medida u otra ropa formal que le permitiera impresionar y avasallar a los demás. Ese día, sin embargo, la había recibido con lo que ella suponía que a él le parecía ropa informal. Llevaba unos vaqueros deshilachados que debían de ser muy caros porque, evidentemente, los había comprado así. Los hombres como él no hacían nada que pudiera desgastarle las rodillas o desgarrarle la tela. Estaba muy claro que las botas las habían hecho a mano allí mismo, en Italia, y su camiseta se parecía a las camisetas de algodón que llevaba el común de los mortales lo mismo que un cazabombardero a un avión de papel... y, lo peor de todo, se le ceñía al torso y le permitía saber cosas que no quería saber sobre la increíble forma física de Matteo.

Ella ya lo sabía. Sabía que le gustaba correr kilómetros y kilómetros, sabía que le gustaba nadar distancias épicas y sabía que el tiempo y la energía sobrantes los dedicaba a levantar pesas. Ya había leído todo eso, pero una cosa era leerlo en la habitación de un hotel y otra cosa muy distinta era estar delante de un hombre que gastaba toda la fuerza que podía, hasta la física.

Sin embargo, ella estaba allí para valorar su estado mental, no para que se le cayera la

baba cuando miraba cómo tensaba el bíceps la manga de la camiseta. Frunció un poco el ceño y volvió a concentrarse en él.

-Si usted se empeña, esta relación solo será... antagonista.

-Es una relación antagonista por definición -replicó él con una delicadeza que no se reflejó en su mirada-. Supongo que lo sabe.

-Pero usted disfruta con el antagonismo en las relaciones, ¿no?

Él se rio como si ella le hubiese sorprendido.

-No diría que me gusta el antagonismo, pero, en mi familia, era casi inevitable.

-Sin embargo, me ha contado lo mucho que ama a su hermana. ¿Acaso le parece que el amor es una forma de antagonismo?

-Evidentemente, su familia es muy distinta a la mía. Si no, ya sabría la respuesta a eso.

Sarina lo sabía casi todo sobre su familia, como cualquiera en el mundo civilizado, porque las dos ramas de esa familia habían ocupado los titulares de la prensa sensacionalista durante mucho tiempo. Aunque ella no la leía, era imposible quedarse absolutamente al margen. El padre de Matteo aparecía periódicamente en esos titulares por supuestas indiscreciones matrimoniales o empresariales. A su madre, por su lado, la habían considerado la mujer más guapa del planeta mientras vivió, y había estado acompañada por los correspondientes escándalos y especulaciones.

Su hermana y él estaban muy unidos, o todo lo unidos que podían estar con una diferencia de diez años, lo le había otorgado el papel de padre suplente más que de hermano.

A ella, en cambio, la habían criado unos científicos fríos más interesados en sus investigaciones y en sus banales rifirrafes intelectuales con sus colegas que en la hija que, le parecía a ella, habían tenido más como un experimento sobre la humanidad que por auténticos deseos de ser padres, y no tenían ni el más mínimo interés en los escándalos que pudiera haber armado ella por el camino.

Tampoco podía imaginarse criándose en un sitio como esa villa por muy preciosa que fuese Venecia. Jeannette y ella se habían criado en unas antiguas casas adosadas de Berkeley Hills y habían entrado y salido de cuartos repletos de montones de libros con agradables alfombras desgastadas, de porches embarrados y de jardines descuidados. Esa villa era una acumulación espectacular de tapices perfectamente conservados y de estatuas clásicas de piedra para que nadie pudiera olvidarse de que eso era el epicentro de la riqueza más ancestral.

Ella sabía por qué la había recibido allí, pero el tiro iba a salirle por la culata y no creía que él lo supiera. Gracias a eso, ya sabía lo en serio que se tomaba a sí mismo y a su árbol genealógico... y eso le daba ventaja a ella.

-¿Por qué creyó que era mejor que nos viéramos aquí? -preguntó ella en un tono frío-. Este sitio es claramente una casa privada, no parte de su imperio empresarial. ¿Es otro intento por su parte para que esta... relación tome un derrotero sexual?

-Doctora Fellows, es usted quien no para de mencionar el sexo -replicó Matteo en un tono aterciopelado-, no yo.

Ella consiguió que su rostro no reflejara ninguna reacción.

-Usted insistió en que empezáramos aquí y no en una de sus muchas oficinas, ¿puede explicarme por qué?

-Porque estoy aquí en este momento.

Su voz tenía algo opaco y un acento único, que no era ni británico ni italiano del todo. Era algo sombrío y más cautivador de lo que ella estaba dispuesta a reconocer. Para su espanto, notaba una especie de... estremecimiento que se abría paso por dentro de ella, que le llegaba entre las piernas y ¡palpitaba! Se quedó helada por el espanto.

-Me dio la impresión de que tanto usted como el presidente del consejo querían que estas reuniones se celebraran lo antes posible y yo, como soy muy obediente, me he puesto a su disposición inmediatamente.

Ese hombre no tenía nada de obediente y Sarina se ordenó a sí misma que tenía que concentrarse en los motivos para estar allí y no en esa cosa... palpitante, ni en esa intensidad desahogada que se percibía por debajo de la superficie aristocrática de él.

-Señor Combe, creo que quería que viniera a esta villa para impresionarme.

-No se me ha pasado por la cabeza, ni remotamente, la idea de impresionarla.

-Estoy evaluándolo por motivos empresariales y, aun así, usted se presenta en camiseta, en su espacio más personal. Cuando menos, no está tomándose en serio. ¿Le parece acertado?

Entonces, hubo algo que cambió en la mirada de él, como un destello de genio contenido. Se inclinó hacia delante y apoyó los codos en las rodillas, y, de repente, ella se dio cuenta de que, aunque él lo había llamado una biblioteca, no era más que una sala. Efectivamente, había algunos libros y una chimenea, no era un espacio tan pequeño, pero, cuando él se movía así, era como si lo ocupara todo.

-Normalmente, soltaría una aburrida lección de historia a un visitante, pero esta villa tiene muy poco de personal. Está como ha estado siempre. Soy su custodio, no su habitante. Tengo que entregarla intacta a la siguiente generación. Ha pasado así, de primogénito a primogénito, desde que se construyó. Para mí, doctora, no hay diferencia entre lo personal y lo empresarial. Mi madre era una San Giacomo. Sabrá lo que significa eso.

-¿Es esa su manera de recordarme que es famoso, señor Combe?

-Mi familia no es famosa -contestó él con amabilidad-. La fama es efímera. Mi familia, las dos ramas, es prominente y con una fortuna considerable, y lo ha sido desde hace siglos.

-¿Cree usted...?

-Dejemos de perseguirnos, por favor -la interrumpió él con delicadeza aunque ella captó la impaciencia-. ¿Qué está buscando de mí? ¿Son ciertas palabras ordenadas de una manera concreta que aplacarán esa dignidad ofendida que mi consejo de administración finge sentir? Dígame lo que necesita y se lo daré para que todos podamos seguir con nuestras vidas.

Fue como una bofetada e hizo que se preguntara por qué no se había dado cuenta de que estaba alterándola como estaba haciéndolo... y no era solo esa cosa que notaba como una palpitación nueva en el... vientre.

Efectivamente, era agradable mirarlo, era incluso magnético, pero había algo más. Estaba inclinada hacia delante en esa butaca tan incómoda que había elegido y tenía que fingir que estaba a gusto. Sin embargo, no estaba evaluando a Matteo Combe como debería, estaba agarrándose a todas sus palabras y estaba disfrutando un poco demasiado al discutir con él. Estaba... pasándose bien con eso... con él.

Una oleada de odio a sí misma se adueñó de ella y, en cierto sentido, le asombró que no la arrastrara, que él no la hubiese visto.

Se disculpó con Jeannette y mientras pensaba en su amiga perdida, su hermana del alma, otra oleada la sacudió. Esa, de una pena que nunca la abandonaba del todo, que no la abandonaría hasta que hiciera lo que tenía que hacer para darle su merecido a los hombres que se aprovechaban de las chicas encantadoras, de Jeannette, por ejemplo, y como ya estaban buscando la siguiente víctima, no hacían nada cuando ellas se venían abajo.

Cuando encontró el cuerpo de Jeannette en el cuarto de baño del piso que compartían, había jurado que honraría la memoria de su mejor amiga, que haría todo lo que pudiera para llevar ante la justicia, si se lo merecían, a hombres que se consideraban intocables, que identificaría a los depredadores, que se enfrentaría a la arrogancia y que, cuando procediera, ayudaría a dismantelar los sistemas que mantenían a los hombres ultrajantes en el poder.

Ese juramento no se había quedado en meras palabras, se había convertido en la piedra angular de su vida... y un hombre guapísimo, inmensamente rico y con unos ojos como el humo no iba a cambiar eso.

-Me temo que las cosas no son así.

Lo dijo en un tono más frío todavía que antes, y quizá fuese por compensación, pero Matteo tenía algo que la inducía a enzarzarse, a intentar competir con él cuando debería haber ido minando eficientemente su seguridad en sí mismo.

-Sé que es un hombre acostumbrado a llevar las riendas, pero no las lleva en este caso, las llevo yo. Ya le diré dónde y cuándo será la próxima reunión. Ya ha aceptado presentarse y, de la misma manera, le comunicaré cuándo hemos terminado.

-No creo que haya convencido al consejo de administración de que esto vaya a eternizarse. Le diré que prefieren la satisfacción inmediata.

-No puedo comentar con usted lo que haya acordado o no con su consejo de administración. Son mis clientes y no puedo desvelar la relación que nos une.

-Qué práctico...

-Quiero que entienda una cosa -ella le sonrió como si quisiera estimularlo, pero quizá exageró la sonrisa-. Evidentemente, el control es muy importante para usted. Controla su empresa y ahora más que nunca. Al parecer, cree que debería poder controlar con quién se reproduce su hermana. Es un hombre muy poderoso y los hombres poderosos, por norma, se creen que pueden controlarlo todo y a todos. Sin embargo, usted no controla esto, usted no me controla a mí.

-Vaya, pues no había pensado en otra cosa...

Una vez más, no había estado preparada para su ironía y eso la desquiciaba, pero lo disimuló, o, al menos, eso esperó.

-Perfecto. Mientras sigue pensándolo, como estoy segura de que hará, me gustaría que lo considerara como una oportunidad.

-Como una oportunidad... ¿para qué? -preguntó él con una sonrisa levemente sarcástica.

Matteo seguía inclinado hacia delante y ella también, aunque fuese involuntariamente. Entonces, de repente, la habitación los atenazó como un puño de hierro, pero ella se mantuvo como estaba, no rompió esa conexión para no demostrarle

que la había sentido.

-Para usted, señor Combe -contestó ella en un tono casi desenfadado-. Es una oportunidad para que sea una persona mejor. Cuando aprenda a ceder el control, podría descubrir que no tiene que enfrentarse a conceptos como la masculinidad tóxica.

Su expresión le indicó que conceptos como la masculinidad tóxica no le preocupaban gran cosa y que no pensaba enfrentarse a ellos. Se limitó a mirarla con esos ojos grises y de una manera que se quedó casi sin respiración.

-¿Me liberaré de todo eso porque mi empresa se irá al garete cuando deje de dedicarle todo mi tiempo? ¿Será mi familia la que lo padezca cuando me relaje ya que soy el único que nos une? Creo que no acaba de entender cómo soy, doctora Fellows. No intento controlar el universo. Es más, entre usted y yo, el universo me importa un comino. Sin embargo, sí me gusta controlar aquello que tengo que controlar.

-Lo dice alguien que se metió en una trifulca el día del sepelio de su padre.

Entonces, lo vio claramente, vio el destello de rabia en su mirada que le cambió el rostro, que lo convirtió en tenso y sombrío, que le dio un poder completamente distinto... estremecedor, pensó ella al sentir esa palpitación otra vez, aunque intentó pasarla por alto.

Sin embargo, en los ojos de Matteo se reflejaba la ira y ella tenía la sensación de que él lo sabía.

-Vaya, doctora, ¿cree que perdí la cabeza y le pegué a ese hombre? No, al contrario, fue premeditado y me alegro de haberlo hecho.

Capítulo 3

NO DEBERÍA haberlo dicho. Era verdad, pero era una verdad innecesariamente provocativa y lo había sabido mientras estaba diciéndola.

Sarina se levantó con una expresión curiosa en el rostro. Él pensó que era una expresión triunfante, pero no entendía por qué. Ella se alisó la falda con las manos, aunque no tenía arrugas, y lo miró con una expresión que pasó a ser de lástima.

-Creo que vamos a dejarlo aquí.

Ella lo dijo como si su palabra fuese la ley en casa de Matteo, en su presencia, cuando los que se habían atrevido a hablarle así habían sido de su familia... y estaban muertos.

-Antes de que nos alejemos demasiado de nuestros objetivos -siguió ella-. Además, señor Combe, le aconsejaría que reflexionara sobre la oportunidad de... evolución que tiene ante usted, pero me temo que esa evolución se quedará en nada si insiste en no arrepentirse de ese ataque físico a un hombre sin mediar provocación alguna.

Esa vez, al menos, había tenido el buen juicio de morderse la lengua. Además, había reflexionado, pero no como le había ordenado la doctora.

Ella había rechazado su oferta de alojarla, lo cual le pareció sensato cuando no podía dejar de mirarla como no debería mirarla. Sarina había salido de la biblioteca y había bajado al inmenso vestíbulo, donde se había quedado, con gesto remilgado y de censura, entre los recargados retratos de sus antepasados San Giacomo.

Él había reflexionado sobre la altura de sus tacones de aguja, que hacían que sus piernas parecieran más largas de lo que eran y que formaban todo tipo de imágenes inapropiadas en su cabeza, y cada una más apetecible que la anterior. Había reflexionado sobre la inteligencia fría de su mirada y lo mucho que le gustaba, aunque, evidentemente, quería utilizarla contra él. Quizá fuese porque le encantaban los desafíos. Había reflexionado que, en realidad, era mala suerte que la terapeuta, la consultora, que le había asignado el consejo le pareciese tan tentadora, tanto física como intelectualmente.

No había pensado ni un segundo en el príncipe Ares, a quien le había puesto los ojos morados y volvería a hacerlo encantado de la vida.

Había esperado con Sarina hasta que llegó la lancha que la llevaría a su hotel y había murmurado las cortesías de rigor mientras ella volvía a salir a la lluvia.

Sin embargo, sabía que esa primera reunión con esa mujer no había salido tan bien como podría haber salido. Además, por si no lo supiera, un integrante del consejo, que todavía estaba de su parte, lo llamó a la mañana siguiente para recordarle lo que había dicho.

-¡Dijiste que diste un puñetazo a ese príncipe premeditadamente! -exclamó lord Christopher Radcliffe con desesperación-. ¿Quieres un voto de censura para que te aparten del poder, Matteo? ¿Se trata de un suicidio?

-Claro que no.

Sin embargo, no era verdad del todo. Había una parte de él que quería prenderle fuego a todo y desaparecer... y, algunas veces, esa parte de sí mismo hacía mucho ruido. Dos días después, mientras volaba a Londres, esa parte de sí mismo gritaba con todas sus fuerzas.

Para entonces, todos los integrantes del consejo lo habían llamado por teléfono para que les explicara el informe que habían recibido de la consultora, que, como ya sabía Matteo, hacía lo que ellos querían, aunque quizá no se hubiese imaginado que tanto. Había aprendido una lección muy valiosa.

Su intuición sobre Sarina Fellows había acertado; quería hundirlo.

Le alegraba haberlo aclarado, pensó Matteo mientras su avión cruzaba Europa. Debería haberlo pensado mientras permitía que ella lo provocara para que se fuera de la boca. Debería haber estado preparado para que esa mujer fuese un arma y no lo había estado porque había estado mucho más ocupado por la atracción que sentía hacia ella.

Imaginarse lo mucho que se habría divertido si hubiese conocido a una mujer como Sarina en otras circunstancias era muy entretenido, pero no podía permitir que acabara hundiéndolo. Se había sentido obligado a permitir que el consejo lo sometiera a esa... consulta y había creído que al hacerlo, algo que su padre no habría hecho jamás, parecería mucho más dócil y razonable que Eddie, pero no podía permitir que ella sembrara las semillas de la duda y la discordia. Nunca sería un buen momento para esas cosas, pero ese momento era especialmente inoportuno. Tenía que demostrar a un grupo de ancianos recelosos que podía llevar el timón de la empresa que ya había dirigido durante años. Tenía que cuidar del legado de su familia y ocuparse de que Industrias Combe no agonizara cuando él estaba al mando. Todo eso, mientras tenía que lidiar con las desagradables revelaciones de los testamentos de sus padres.

Independientemente de lo mucho que lo alterara la consultora que le había elegido el consejo.

Quizá soñara despierto con la posibilidad de desaparecer y abandonar todo eso, pero no lo haría, él no era así.

Era el hijo mayor, al menos, se había pasado toda la vida creyendo que lo era, y lo habían criado para que deshiciera los entuertos que surgían en ambas ramas de su familia. Era el heredero del legado de los San Giacomo y el presidente y consejero delegado de Industrias Combe, pero, sobre todo, arreglaba los embrollos, fueran los que fuesen, y quisiera él o no.

Al menos, ese embrollo lo había organizado él mismo. Él había dado el puñetazo al príncipe Ares, quien, en honor a la verdad, lo había encajado y había hecho lo que tenía que hacer al pedirle inmediatamente el matrimonio a Pia. Había sido el paparazi quien había hecho creer que lo había golpeado a traición y lo había dejado tirado y abandonado.

El resto le había caído encima por la incapacidad de algunos para llevar las riendas de su vida como las llevaba él. Daba igual lo que él o cualquiera sintiera sobre la vida amorosa de su hermana y sus consecuencias, como la propuesta que le había hecho el príncipe y que ella no había podido rechazar porque estaba esperando al heredero del trono del reino de Atilia... ni los escándalos de sus padres, que habían vuelto a salir a la luz una vez muertos, como ese hijo que había tenido su madre y al que no sabía muy

bien cómo tratar.

Era un golpe detrás de otro y, además, estaba esa empresa que tenía que seguir dirigiendo independientemente de lo que creyera su consejo de administración.

Para cuando aterrizó en Londres, había estado apagando incendios durante horas; el que había provocado él y los que provocaban los demás todos los días de la semana, y lo que se avecinaba era muy parecido, un día, una semana o un mes con más de lo mismo. Incendios por todos lados y, como siempre, su trabajo era apagarlos, y, al margen de lo que creyera su consejo de administración o rebuznara la prensa todos los días, lo único que se le había dado bien en toda su vida había sido ese trabajo.

Lo malo de haber estado apagando incendios durante toda su vida adulta era que habían empezado a gustarle las llamas, que sentía hasta cierta admiración.

Su padre había aniquilado esas llamas como había podido, pero él prefería deleitarse con ellas y aprovecharse del calor resultante.

Sobre eso había reflexionado, como le había ordenado la doctora. Al parecer Sarina prefería jugar un poco en vez de llevar a cabo las sesiones de buena fe, y él estaba encantado de jugar a lo que quisiera una vez que le había visto las intenciones. La verdad era que cuando se trataba de juegos con apuestas tan altas que había que ganar para sobrevivir él ganaba siempre.

-Siento interrumpir...

Unos días después de aquella primera sesión en Venecia, Lauren, su secretaria personal, apareció ante su mesa del despacho de Londres con ese tono de ir directamente al grano por el que le pagaba tanto.

-Me temo que ella está aquí e insiste en que quiere verlo.

Matteo estaba enfrascado en las negociaciones de contratos con distribuidores extranjeros, que, al parecer, se habían pasado el último mes leyendo la prensa sensacionalista, y no se le ocurría ninguna persona que pudiera exigirle su tiempo, o que se hubiese atrevido a mandar a su secretaria para que se lo exigiera.

-¿Puedo saber quién es ella? -preguntó él con el ceño fruncido-. ¿La maldita reina?

Lauren Clarke llevaba mucho tiempo trabajando con él y ya no se inmutaba ni por su tono ni por la mirada de furia que le había dirigido.

-No es la reina, señor. No creo que ella se presentase sin una cita y sin la guardia real. Es la psiquiatra.

Eso era parte de lo que había aceptado solo para aplacar al consejo. Todos habían echado espuma por la boca, habían agitado revistas sensacionalistas y habían aullado como si fuese a hundirse el mundo. Había tenido que aceptar cualquier cosa para serenarlos, y la había aceptado.

Por eso, en ese momento, había una psiquiatra en su oficina que exigía verlo en medio de un día laborable y muy complicado, como todos los martes en Industrias Combe.

Sin embargo, él ya no actuaba de buena fe. Si ella quería jugar con cerillas, él iba a darle una fogata entera. Algo se le despertó por dentro y enseñó los dientes.

Terminó la llamada y miró a su secretaria, pero vio a Sarina y su expresión triunfal en Venecia.

-Dame cinco minutos y luego hazla pasar -le ordenó a Lauren.

Tendió la trampa y fue hasta el ventanal que daba sobre la ciudad. Ya había

anochecido y el ambiente era húmedo y sombrío aunque, en teoría, estaban en primavera.

Fuera haría frío y el clima sería desapacible, pero él sintió que ardía por dentro cuando oyó que la puerta de su despacho se abrió y volvía a cerrarse. Era rabia, furia y expectación.

-Ha estado muy atareada, doctora -le saludó él en un tono apacible que casi le engañó a sí mismo-. Ha conseguido, en menos de una semana, sembrar la discordia en toda la empresa, la incertidumbre y las conjeturas.

-No sé a qué se refiere, señor Combe -replicó ella con delicadeza y lo que a él le pareció cierta satisfacción-. Ya le dije que usted no es mi cliente. Debería haberse imaginado que lo que me contaba no era confidencial.

Matteo no se dio la vuelta para mirarla. Siguió mirando por el ventanal, pero dejó de mirar la ciudad borrosa y se fijó en la figura que podía ver reflejada en el cristal. Iba vestida de negro otra vez, le pareció pulida y afilada como un cuchillo.

Notó que todos los pelos se le ponían de punta, pero intentó convencerse de era porque estaba canalizando la rabia en esa firmeza implacable que le había hecho famoso. Esa mujer no sabía de lo que era capaz y estaba dispuesto a enseñárselo.

-No esperaba confidencialidad, pero sí esperaba que al menos fingiera llegar a la verdad. Sin embargo, ha dejado muy claro que su misión es acabar conmigo.

Esperó que ella lo negara, pero no lo hizo. Tampoco se rio, aunque él captó cierto tonillo risueño cuando ella contestó.

-No necesito acabar con usted. Me parece que se basta y se sobra usted solo.

-Yo tenía la idea de que usted iba a llevar a cabo una evaluación imparcial, no un asesinato.

Ella entró más en el amplio despacho. Él vio que su reflejo se movía con unos andares fluidos y contoneando las caderas, y dejó de fingir que ella solo lo afectaba porque lo ponía furioso. Llevaba otros zapatos con unos tacones de vértigo y tuvo reconocerse que esa mujer no solo estaba haciendo todo lo que podía para ponerle en evidencia ante sus socios en la empresa, sino que también estaba convirtiéndolo en un fetichista... y también haría que pagara por eso.

Vio que se acercaba a la mesa y que se apoyaba con los brazos cruzados, y supo que ella sabía cuáles eran todas sus armas en esa batalla por el poder, y en otro momento quizá lo hubiese aplaudido.

-Creo que no acabo de entenderlo -replicó ella con frialdad-. ¿Cree que están asesinando a su... naturaleza?

-Con un hacha, doctora Fellows.

Él no tuvo que ver la sonrisa sarcástica para notar que se le clavaba en la espalda como otro cuchillo.

-Su naturaleza es su empresa, señor Combe, y me explicó que se siente justificado en todas sus decisiones. Entonces, ¿cómo iba a darle yo un hachazo a su buen nombre? Eso solo sería posible si sintiera alguna vergüenza.

-Porque está decidida a conseguir que sienta esa vergüenza, sea como sea y cueste lo que cueste.

-Es un avance que comente, aunque solo sea eso, la posibilidad de sentir vergüenza. No creía que eso fuese posible.

Entonces, Matteo se dio la vuelta y conservó el dominio de sí mismo por los pelos. Sentía rabia, efectivamente, pero algo mucho más sombrío le bullía en las venas y hacía que notara la piel tensa y que tuviera que hacer un esfuerzo para dominarse.

Sin embargo, esas eran las situaciones en las que daba lo mejor de sí mismo, cuanto mayor era el desafío, más resplandecía... y esperaba deslumbrarla.

-Usted me dirá lo que se necesita -gruñó él-. ¿Tengo que ponerme de rodillas? ¿Tengo que rasgarme las vestiduras? Evidentemente, solo se quedará contenta por algo muy concreto. ¿Por qué no me dice lo que tengo que hacer?

Ella esbozó una sonrisa plácida, pero le brillaron los ojos oscuros.

-Señor Combe, si no es sincero, ¿cómo vamos a evaluarlo de verdad?

-Dígame una cosa, doctora. ¿Cómo puede saber lo más mínimo sobre sentimientos sinceros hacia la familia de uno?

Sintió satisfacción al ver que ella se quedaba rígida, como si no se hubiese esperado el golpe. Sus ojos dejaron escapar un destello más oscuro y eso también le gustó.

-Le advierto fervientemente que no convierta esto en algo personal.

Sarina contestó en un tono serio, como si creyera que él iba a echarse atrás porque parecía que ella tenía las riendas, pero, como le había recordado varias veces, Matteo no era su cliente.

-¿Por qué, doctora Fellows? -él lo preguntó sin alterarse, pero ella levantó la barbilla y él supo que su tono no la había engañado-. Mi consejo de administración cree que puede indagar en mi vida personal cuando quiere. ¿Por qué no iba a hacer yo lo mismo con el instrumento que han mandado para que los obedezcan?

-¿Soy... una herramienta en esta situación?

-Es una mujer que no tiene ninguna experiencia en las relaciones que me llevaron a hacer lo que hice en el sepelio de mi padre.

-¿Ha dicho que cree que no puedo evaluar las relaciones humanas?

-Sus padres son unos intelectuales de mucha talla -contestó él-. Unos estudiosos que se han pasado la vida encerrados en instituciones de élite y atendiendo a los hijos de los privilegiados. Usted nació cuando ellos ya eran relativamente mayores. No tiene hermanos y sus padres también fueron hijos únicos, su familia es reducida y me imagino que eso hizo que le costara especialmente que no le hicieran ningún caso cuando era pequeña, a juzgar por su ausencia en los que podrían llamarse sus momentos cumbres. Lo que quiero decir es que, según su experiencia, su comprensión de los lazos familiares y las obligaciones que rigen la vida de la mayoría de las personas tiene que ser limitada.

-Vivo en el mundo -replicó ella en tono airado.

Él se preguntó si se habría dado cuenta de que se había delatado a sí misma, de que esa reacción indicaba que había dado en el clavo.

-La última vez que lo comprobé -siguió ella-, el mundo estaba lleno de seres humanos con relaciones humanas. Es más, lo convertí en el centro de mi vida laboral. Puede estar tranquilo porque, aunque no haya conocido el placer de una casa llena de hermanos, o de muchas casas con una hermana mucho más pequeña y multitud de empleados, como usted, he estudiado a fondo todas las variaciones posibles de los sentimientos humanos.

-Más aún -Matteo lo dijo como si estuviese en una reunión de trabajo y no quisiera

darse por enterado de que había hablado alguien-, me parece que usted no ha tenido ninguna relación personal...

Ella se sonrojó y eso dijo de ella muchas cosas que él no creía que quisiera que supiera. Entonces, se puso más recta y él notó que vibraba por la rabia.

-No tiene ningún derecho a indagar en mi vida.

-Me parece lo justo cuando usted ha metido una excavadora en la mía.

-Naturalmente, se dará cuenta de que es una evidencia más de ese comportamiento antisocial que lo ha traído a esta situación.

-Yo soy un hombre que investigo. No dejo nada al azar. Cualquiera que me conozca, sobre todo mi consejo de administración, sabrá que no voy a permitir que alguien se entere de lo que pienso y de toda mi vida sin haber hecho antes... las comprobaciones debidas.

-Estará muy orgulloso de sí mismo -Sarina seguía sonrojada, lo que delataba sus sentimientos, y él quería solazarse en ese acaloramiento-. ¿El que crea que ha desvelado la verdad sobre mí hace que piense que controla mejor esa espiral descendente en la que está metido?

-No tiene relaciones -repitió él como si fuese una sentencia divina-. Es una mujer ambiciosa y profesional, vive y respira para trabajar y suele hacerlo en hoteles. Sus padres están plenamente dedicados a sus investigaciones. Que yo sepa, está completamente sola.

Estaban de pie, como si estuviesen a punto de enzarzarse en una pelea, y Matteo supo que era hijo de su padre porque le bullía la sangre solo de pensarlo. Sin embargo, también era heredero de los San Giacomo y de ese arte para intrigar que los había convertido en una de las familias más destacadas de Italia desde hacía siglos.

Sarina debería haberse preparado mejor.

-A lo mejor cree que, si me provoca con mi vida personal, podrá desarmarme, dejarme fuera de juego. Desgraciadamente para usted, señor Combe, solo me da una idea más profunda de cómo es. Yo no me preocuparía porque alguien pueda llevar a cabo un asesinato cuando parece dispuesto a hacerlo usted mismo.

Había sofocado el acaloramiento y el color de las mejillas y lo miraba con compasión. Él dio por supuesto que lo hacía para que se sintiera rebajado, desequilibrado. Sin embargo, podía ver que a ella le latía el pulso en el cuello. Esa reacción, la reacción que le había parecido ver en Venecia, era la que había estado esperando. Consiguió contener un gruñido victorioso.

-Resulta que me fascina la psicología -se limitó a replicar él-. Por ejemplo, no puedo dejar de preguntarme por qué una mujer que vive una vida solitaria y vacía cree que debería llegar a considerarse una especialista de renombre mundial sobre las relaciones y los sentimientos que desconoce. Por la misma regla de tres, yo podría considerarme una autoridad sobre literatura. Al fin y al cabo, he leído un libro.

-Siga por ese camino, señor Combe.

Matteo se acercó a ella sin dejar de mirarle esos latidos delatores. Naturalmente, podían deberse a la rabia, pero, mientras se acercaba, vio que ella abría más los ojos, que tomaba aire por la nariz y que los latidos del cuello se aceleraban.

Reconocía la atracción en cuanto la veía y sintió una oleada ardiente por todo el cuerpo... acompañada de una sensación de triunfo igual de ardiente.

-Esto es muy personal para usted, ¿no? -Matteo se detuvo cuando la tuvo al alcance de la mano y podía ver el leve estremecimiento de la piel-. Esta reunión y la anterior no tienen nada de analíticas y asépticas, está aquí para ejecutarme, ni más ni menos.

Ella negó con la cabeza, pero él sabía que ella podía captar la atracción entre ellos, mayor cada segundo que pasaban así de cerca, porque él podía notarla.

-Tiene que darse cuenta de que cada palabra que sale de su boca es una piedra más que tira contra su propio tejado.

Entonces, ella levantó la mano y él creyó que estaba imitando el gesto de tirar una piedra, pero, de repente, la puso en su pecho. Por un instante, los dos se quedaron mirando fijamente la mano y fue como una descarga eléctrica.

Cuando Matteo levantó la mirada, vio que ella tenía las mejillas más acaloradas y una expresión de desconcierto y espanto. Alrededor, todo hervía a fuego lento.

Ella fue a retirar la mano, pero él se la retuvo donde estaba y se inclinó para acercarse un poco más.

-Ya sé que usted solo es un altavoz -susurró él en voz grave, como unas palabras de amor en medio de la noche. Ella se estremeció-. Como una grabadora que repite todo lo que digo para que mis enemigos puedan lamentarse y sacudir las cabezas mientras fingien que se sienten ofendidos.

Ella dobló la mano sobre su pecho y su intento de poner una expresión gélida se quedó en una mueca absurda porque todavía transmitía calor, como una tormenta abrasadora, para el que él no estaba preparado, aunque eso no quisiera decir que no fuese a aprovecharlo.

-O, mejor dicho, informo a mi cliente -replicó ella aunque seguía sonrojada-, lo cual, es lo que tengo que hacer.

Matteo la soltó y se dio cuenta de todo lo que tardaba ella en notar que la había soltado y en retirar la mano, como si la hubiese posado sin querer sobre una estufa caliente y no se hubiese dado cuenta hasta entonces.

Él esperó un instante, pero la tormenta ardiente siguió rugiendo y le puso la mano en la mejilla. Era abrasadora y pudo notar que ella se estremecía por su contacto. Fue un impacto tan fuerte que estuvo a punto de olvidar a lo que estaba jugando.

-¿Puede saberse qué está haciendo...?

Sarina lo preguntó con una voz distinta, casi como con un suspiro, indecisa, como su mirada extraña y cautiva, y, además, no se había apartado. Sin embargo, él no pretendía entenderla, pretendía ganar independientemente de que su piel fuese como seda cálida y creada específicamente para él.

-¿Intentaba demostrarme que tenía el control cuando me puso la mano en el pecho? -le preguntó él sin alterarse-. Creo que hay quien lo consideraría el paradigma del comportamiento tóxico, ¿no?

-Fue un instante de locura transitoria -contestó Sarina aunque sin la habitual sonrisa sarcástica.

Matteo supo que había ganado la batalla. Sin embargo, la mejilla era suave y cálida y notó la sacudida entre las piernas. Esos tacones inestables que llevaba le ponían la boca a su alcance, solo tenía que inclinar un poco la cabeza para dejarse dominar por su sabor y su ardor. Estaba seguro de que era dulce por debajo de esa superficie...

-Señor Combe.

Esa vez, el tono fue más nítido, más parecido al tono neutro que recordaba de Venecia. Estuvo seguro de que iba a ordenarle que la soltara, pero no lo hizo. No apartó la cabeza ni le dijo que retrocediera. No gritó ni lo amenazó. Lo miró como si todo eso se le hubiese escapado de las manos o como si no supiera, mejor que él, lo que estaba bullendo entre ellos.

Él podía notar los latidos de ella, latidos que le decían verdades que estaba seguro de que ella no le diría jamás... y que repetían la de él, la que le susurraba que estaba jugándose la perdición.

-Si estamos tirando piedras contra mi propio tejado, será mejor que nos cercioremos de que damos en el blanco.

Entonces, Matteo inclinó la cabeza y, por fin, paladeó esa boca tan elocuente que tenía ella.

Capítulo 4

SARINA ESTABA traicionándose de todas las maneras posibles y no sabía por qué ni cómo. Solo sabía que no podía evitarlo.

Había entrado en su despacho con pleno dominio de sí misma y de Matteo, había estado segura de eso. Había entregado su primer informe a sus clientes en cuanto volvió a su hotel aquella noche en Venecia y se había sentido muy satisfecha por lo mucho que se lo habían agradecido y por lo ansiosos que le habían parecido de oír todas y cada una de sus opiniones sobre su conflictivo consejero delegado.

Uno de sus trucos favoritos era presentarse inesperadamente ante sus objetos de análisis. Los hombres poderosos, cuando se sentían acorralados, o estaban a la altura y salían airosos o, como Matteo, reaccionaban de mala manera.

La habían amenazado de muerte; le habían prometido, con rostros congestionados, que la descuartizarían e, incluso, en una ocasión memorable, el servicio de seguridad la había sacado a la fuerza del edificio.

A Sarina le habían encantado todas y cada una de esas reacciones desmesuradas y cargadas de rabia. Cada vez que un hombre reaccionaba así, confirmaba que había acertado al hacer ese trabajo, al separar a los buenos de los corruptos, al hundir a los malos, uno a uno, para que no pudieran emplear su dinero y su poder para hacer daño a los demás.

Siempre estaba dispuesta a ponerse en primera línea. Sabía en el fondo que Jeannette habría hecho lo mismo por ella si sus situaciones estuviesen cambiadas. Jeannette, quien había sido la primera en enseñarla a defenderse; Jeannette, quien había sido el azote de los matones en la escuela primaria; Jeannette, quien le había enseñado que no había casi nada que no pudiera solucionarse con una carcajada y una dosis generosa de helado.

Sin embargo, eso era completamente distinto.

Su experiencia no la había preparado para Matteo... y estaba besándola como si supiera todas las cosas pecaminosas que podía hacer su cuerpo cuando ella misma no estaba segura de saberlas.

No debería haberlo tocado y no sabía por qué lo había hecho, por qué su mano había actuado por voluntad propia y había encontrado el camino hasta su pecho, y se había quedado allí. También debería haberlo abofeteado cuando le puso la mano en la cara, pero no lo hizo y tampoco supo por qué.

Una vocecilla le dijo que era una mentirosa y que sabía muy bien por qué.

Por eso, por su boca ardiente, por su sabor viril, embriagador e increíblemente adictivo. Él era la tentación y la perdición y, como si lo supiera, ladeó la cabeza para profundizar el beso más arrebatadoramente.

Todo eso ya era un desastre, pero ella se olvidó de sí misma por completo, se olvidó de todo lo que había jurado y creído... y le devolvió el beso, y todo se descolocó, ardió

dentro de ella y luego explotó.

No había otra forma de explicar que sus brazos acabaran rodeándole el cuello, que él no moviera ni un solo músculo y que, aun así, ella se pusiera de puntillas y se pegara como una lapa a ese cuerpo vestido con un traje oscuro que le quedaba perfecto, pero que no conseguía que se olvidara de sus bíceps y de aquella camiseta que llevaba en Venecia. Todo eso era un sinsentido, pero él sabía como el fuego y le enseñaba lo que era el deseo.

Se sintió embriagada, los pechos anhelaban más y lo que fue una palpitación entre las piernas en aquella villa de Venecia se había convertido en el redoble de un tambor.

Él fue quien apartó la boca y Sarina dejó escapar un sonido ávido y entrecortado que habría jurado que era incapaz de hacer.

Los ojos de Matteo dejaron escapar un destello turbio y anhelante.

-No te olvides de ningún detalle del beso cuando hagas tu informe -la voz de él fue áspera como la gravilla, pero ella la sintió como una caricia-. No me gustaría que el consejo se perdiera ningún detalle de una reacción tan... entusiasta.

Una vergüenza espesa y sombría se adueñó de ella y lo apartó de un empujón como debería haber hecho desde el principio, pero era inútil. Podía poner distancia entre ellos, podía dejarse dominar por el espanto por lo que acababa de hacer entusiastamente, como había dicho él, pero no podía fingir que no había pasado.

No podía engañarse sobre a qué y a quién había traicionado cuando se había deleitado, a quién había clavado el cuchillo más profundamente.

¿Qué le había pasado?

-¿No hay una réplica punzante? -le provocó Matteo sin rastro de vergüenza en la cara-. ¿No hay preguntas afiladas para trocearme en mil pedacitos? Me decepciona, doctora.

Sarina intentó recomponerse y su cabeza daba vueltas de una idea medio formada a otra.

-Me parece que no se da cuenta de lo que pensará el consejo sobre usted cuando les diga que me ha puesto las manos encima.

Entonces, un destello victorioso pareció iluminarle el rostro a él y ella no lo entendió. Matteo esbozó una sonrisa y todo empeoró.

-Cuéntaselo, explícales con pelos y señales lo bárbaro que soy, me parece muy bien.

Sarina no se había considerado nunca una mentirosa, pero la sensación de vacío en el estómago al imaginarse diciéndolo en voz alta, a un hombre como Matteo, hizo que se diese cuenta de que era improbable que nadie en la posición de él lo creyera de ella. Era improbable que ninguno de los hombres a los que había considerado sus blancos por merecimientos propios creyeran que era honesta, y él menos que ninguno.

Él esperaba que ella dijera que era un bárbaro, aunque los dos sabían que no lo era. Por primera vez desde que se metió en ese embrollo, notó que se tambaleaba un poco la sensación de tener un objetivo. Sin embargo, insistió.

-Señor Combe, será su palabra contra la mía sin que tenga que recurrir a llamar «bárbaro» a nadie.

-Matteo -le corrigió él en un tono insinuante-. Has introducido tu lengua en mi boca. Creo que puedes llamarme por mi nombre de pila, ¿no te parece?

Eso resonó dentro de ella como un gong, como una advertencia. Aunque tenía

mucho miedo, ya era demasiado tarde. Intentó mantenerse firme y retomar el rumbo como hacía siempre.

-Será mi palabra contra la suya. Además, sospecho que sabe tan bien como yo que, seguramente, el consejo me creará más a mí que a usted.

Ella esperó que él estallara, que la mirara con el ceño fruncido y se desahogara como hacían siempre los hombres como él.

Sin embargo, Matteo Combe se limitó a sonreír y para Sarina fue como una riada repentina que la arrastraba. Le costó respirar y eso fue sin siquiera mirar al brillo de esos ojos grises como el humo.

-No estaría tan seguro -replicó él con una voz que tenía un tono algo más que victorioso, algo que hizo que se estremeciera-. Es posible que descubras que, si bien el consejo estaría encantado de condenarme en ausencia para forrarse, en realidad son unos hombres extremadamente conservadores, profundamente tradicionales y tienen, siento decírtelo, todas las ideas reaccionarias que pueden esperarse de unos hombres como ellos.

Sarina intentó convencerse de que no había ningún motivo para que el corazón se le hubiese desbocado como si estuviese presa del pánico cuando no lo estaba. Ella era la única que sabía hasta qué punto se había traicionado, que, con solo un beso, había roto todas las promesas que le había hecho a la chica que todavía consideraba su hermana, un beso devastador, que alteraba toda una vida y que todavía no podía asimilar...

-No sé qué quiere decir -consiguió replicar ella aunque todavía tenía al corazón acelerado-. Efectivamente, los consejos de administración de casi todas las empresas grandes son conservadores, no es ninguna novedad.

Por eso siempre había tenido mucho cuidado de comportarse de una manera irreprochable, hasta ese día.

-Así es -Matteo se metió las manos en los bolsillos y ella captó, con un ligero escalofrío de miedo, que parecía muy satisfecho consigo mismo-. Sarina, ¿cómo crees que reaccionará un grupo tan conservador si ven un vídeo en el que sales tú agarrada a mí con todas tus ganas?

Ella sintió que se abrasaba, luego se quedó helada y volvió a abrasarse más que antes todavía. Una sensación que no podía identificar se adueñó de ella y le pareció que iba a desbordarse en un mar de lágrimas de furia, algo que le espantaba solo de pensarlo.

-No sea ridículo. Ya desearía tener un vídeo.

Ella no supo de dónde habían salido esas palabras, pero pareció dura y despreocupada, algo que no se sentía ni en el fondo ni en la forma.

-Siento comunicarte que soy un hombre que actúa, no que desea.

Matteo dio una orden, como si fuera al aire, y levantó la barbilla en dirección a una de las paredes. Entonces, ante el espanto de Sarina, el panel de madera de la pared se retiró y apareció una pantalla. Ella creyó que iba a vomitar o a desmayarse, o las dos cosas.

-Tiene que saber que grabar a alguien es, como mínimo, una falta de ética...

-¿Crees que es el momento de hablar de ética? -la interrumpió él entre risas.

Sarina miró a la pantalla en blanco. Tenía la garganta seca, pero esas lágrimas seguían amenazando con derramarse.

-No le creo -aseguró ella intentando parecer segura de sí misma.

-Ya me lo imaginaba.

Él dio otra orden y las imágenes empezaron a aparecer.

Ella había estado allí, en esa habitación, y había participado en todo lo que estaba viendo en esa maldita pantalla. Sabía que había estado y que había participado, pero no conseguía entender lo que estaba viendo.

Había entrado muy segura de sí misma, convencida de que tenía a otro mandamás de una empresa en la palma de la mano, que era donde le gustaba tenerlos.

Sin embargo, la mujer que veía en la pantalla abandonaba su posición de poder casi inmediatamente y se acercaba a Matteo. Si bien ella recordaba lo que había dicho y lo fría y profesional que había querido parecer, su cuerpo decía otra cosa completamente distinta, una cosa, para su horror, mucho más insinuante.

Se quedó espantada incluso antes de que llegaran a esa parte en la que, como una necia, le había puesto la mano en el pecho. Luego, él la besó y eso fue peor.

Verse a sí misma besándolo fue como repetirlo todo otra vez. Se estremeció por la calidez y maestría de su boca, pero, lo que era más horroroso todavía, la mujer de la pantalla se... derretía.

No podía describirse de otra manera. Ella fue quien se acercó y quien lo rodeó con los brazos. Estaba mirando a una desconocida, pero esa desconocida era ella misma.

-Vaya -murmuró Matteo con una preocupación fingida-, esto no tiene buena pinta para nuestra intrépida doctora.

Sarina se recompuso como pudo porque no podía saber qué parte era ella y qué parte no. Se sentía destrozada de una manera que no podía expresar, pero se encargaría de eso más tarde. Volvería al hotel, se miraría un buen rato en el espejo y averiguaría de dónde había salido esa mujer, averiguaría cómo había permitido que ocurriera eso y qué significaba que hubiese interpretado tan mal a uno de sus blancos.

Sin embargo, todo eso lo haría en privado. Antes tenía que salir de ese embrollo que había organizado allí.

-Enhorabuena, señor Combe.

Sarina consiguió decirlo con tanta frialdad que le extrañó que no le cayera un glaciador por la boca. Se dio la vuelta para mirarlo y se quedó todo lo quieta que pudo. Tenía la espalda tan recta que le sorprendió que no le crujiera.

-Me ha desactivado. Soy lo bastante mujer como para reconocerlo. Enhorabuena, pero le aviso de que el presidente del consejo está empeñado en hacer esa evaluación. Puede acabar conmigo, pero le aseguro que alguien me sustituirá.

-Sarina, me has entendido muy mal -dijo Matteo en un tono grave y viril que ella prefería no oír-. Vas a quedarte. El juego ha cambiado, nada más, pero voy a pedirte que sigas jugándolo.

Ella había intentado cubrirse de hielo para intentar conseguir el equilibrio, pero eso hizo que empezara a derretirse.

-No sé qué quiere decir.

-Podría enseñar la cinta al consejo de administración o podría enseñársela a todo el mundo. Tú decides.

Él se encogió de hombros y ella captó el brillo de sus ojos. Disfrutaba con eso y ella, hasta cierto punto, no sabía si se lo reprochaba, lo cual le indicaba algunas cosas de sí misma que no quería saber.

-Quiero estar completamente segura de que lo entiendo -Sarina se aclaró la garganta mientras intentaba encontrar por todos los medios algo que equilibrara la situación-. Está ahí, delante de mí y amenazándome con avergonzarme a escala mundial mediante un vídeo que, como sabrá, es ilegal.

-Te invito y te animo a que encuentres un solo paparazi al que le importe un comino si el vídeo es legal o no. Adelante, por favor.

-Me imagino que a nadie le importa un comino nada hasta que acaba en el banquillo.

-Pero, para entonces, el daño ya estará hecho, ¿no?

Él esbozó una sonrisa afilada como una cuchilla y ella se dio cuenta, demasiado tarde, de que lo había infravalorado completamente. Había creído que era como los demás, pero era mucho peor.

-Tu reputación depende de tu capacidad para moverte por el mundo de las empresas como un tiburón que hunde rápidamente a sus presas, pero ¿cómo vas a hacerlo si todo el mundo sabe que también podrías enrollarte con esa presa? -añadió Matteo.

No había equilibrio posible, pero ella seguía intentando encontrar una salida.

-A ver si lo adivino. Va a fingir que no está chantajeándome... pero me pedirá favores sexuales repugnantes y denigrantes...

-¿Para que puedas sacrificarte en el altar de mi lujuria y así considerarme el monstruo que creías que era cuando entraste en mi villa de Venecia? No, creo que no.

-Naturalmente, no es un monstruo. Qué tonta soy. Grabar a alguien sin que lo sepa es completamente normal, no tiene nada de monstruoso.

Matteo se rio por el tono ácido.

-Es un chantaje absoluto, no vamos a andarnos por las ramas, pero no voy a pedirte favores sexuales, Sarina. Al menos, como pago. Tú decidirás los favores que quieres concederme, y no tengo preferencia por nada repugnante o denigrante, aunque sí me enorgullezco de no tener prejuicios en los asuntos carnales. Puedes intentar convencerme de lo contrario.

-¿Y si lo que decido es no concederle ningún favor?

-Como quieras -él no cambió de expresión y Sarina no tuvo ningún motivo para sentir un vacío por dentro, como si hubiese perdido algo-, pero resulta que no me interesa gran cosa lo que puedas hacerme en la cama, lo que me interesa es lo que puedas hacerme en la sala de juntas.

Sarina intentó tranquilizarse diciéndose que esa sensación de vértigo y de náufraga era alivio porque no creía que pudiese hacer favores sexuales por obligación, independientemente de lo mucho que pudiera perder si no los hacía. Además, sabía que él tenía toda la razón sobre el daño que ese vídeo le haría a su trayectoria profesional si lo divulgaba. Tenía, o debería tener, vértigo por el alivio de no tener que poner a prueba qué tipo de persona era ella en realidad.

También se dijo a sí misma que no debería sentir como si tuviera lava entre las piernas, lo que le indicaba que los verdaderos sentimientos sobre el asunto eran mucho más complicados.

-Quiere que mienta al consejo.

-En absoluto -contestó Matteo en tono divertido-. Quiero que les cuentes lo idóneo que soy para el puesto, como me merezco. Ni más ni menos.

Y Sarina quería revestirse con su manto de integridad. Quería elevarse y machacar a

ese hombre con la fuerza de su rectitud. Había empezado todo eso por el mejor de los motivos, ¿no? Había observado lo que aquel hombre le había hecho a Jeannette, cómo la había destrozado, y había jurado que se ocuparía de que no pudiera hacérselo a nadie más. Había sido el primer empresario importante al que habían destituido con su colaboración y todavía le tenía un cariño especial a esa victoria. Nada podía devolverle a Jeannette, pero ella había estado muy segura de que lo que le había hecho a aquel hombre que la había maltratado había devuelto un poco de equilibrio.

Sin embargo, Sarina no se había quedado ahí, había pasado los últimos años ofreciéndose a quien necesitara sus servicios, y se había dicho a sí misma que eso no tenía nada de malo, que ella no tenía la culpa de que hubiese tantos hombres así en el mundo, hombres que se merecían lo que solo ella podía dar. Naturalmente, también había hombres buenos y rectos, pero la proporción parecía decantarse hacia los desagradables... y en algún punto había perdido la noción de sí misma o no estaría en esos momentos en aquella situación.

Se había convertido en ese cowboy que se pavoneaba por un pueblo y disparaba a todo lo que se movía porque sí, porque podía, porque manejaba bien la pistola, porque le gustaban los duelos.

Ella había visto las fotos del sepelio de Eddie Combe en la prensa sensacionalista. Efectivamente, Matteo le había dado un puñetazo al arrebatador príncipe Ares, pero a la hermana de Matteo no había parecido impresionarle lo más mínimo y, si era sincera consigo misma, al príncipe tampoco.

¿Por qué iba a creer que lo que ella pensara sobre una situación iba a importar más que lo que sentían los implicados?, le preguntó una vocecilla en la cabeza.

Porque hacía mucho que había dejado de importarle si el agravio que hacía que ella actuara era real o no. Si había agravio, ella actuaba.

¿De verdad eres esa?, volvió a preguntarle la vocecilla.

Reconoció esa voz, una voz que se parecía a la de su mejor amiga y hermana que había perdido hacía mucho y se preguntó si seguía persiguiendo los abusos de poder o si estaba cometiéndolos ella cuando trabajaba para personas tan dudosas como el presidente del consejo de administración de Industrias Combe, quien le había dicho sin reparos que quería deshacerse de Matteo.

No quería contestarse esas preguntas, aunque se temía que el mero hecho de habérselas hecho le daba las respuestas.

Sintió un escalofrío cuando volvió a prestar atención al hombre que la miraba y esperaba como si pudiera ver todo lo que estaba pensando, como si supiera cómo iba a acabar todo eso.

-No quiero que se vea el vídeo en ningún sitio -reconoció Sarina cuando pudo parecer una versión de la que era antes-. ¿Por qué no me dice lo que quiere que haga?

Se dijo a sí misma que sería una pequeña penitencia, nada más, algo que no le haría daño a nadie, y, naturalmente, podría ser peor si, aun así, Matteo le pedía que entregara al consejo lo que había averiguado y daba a entender que no aprovecharía su ventaja tanto como habrían hecho otros. Eso le daba a ella una especie de coraza. Podía cumplir la penitencia y aprender algo de esa experiencia. Por ejemplo, cómo no repetirla y, de paso, podría cambiar su vida hacia algo que reconociera, y hacer lo mismo consigo misma.

En el supuesto de que sobreviviera a eso, algo más que dudoso cuando Matteo Combe se limitó a sonreírle como un lobo.

Capítulo 5

LA RESIDENCIA de la familia Combe se extendía por la mejor zona de la colina más alta de uno de los antiguos pueblos industriales de Yorkshire. Muchas de las pequeñas fábricas textiles originales se habían convertido en gastrobares, tiendas de ropa o pisos rehabilitados para intentar que esos pueblos del norte, una vez abandonados, atrajeran a población más joven.

Sin embargo, la residencia Combe se construyó hacía mucho tiempo por un motivo muy distinto, para proclamar a los cuatro vientos la rápida ascensión de la familia Combe desde los humildes inicios, su propósito era que se viese desde todos los rincones del pueblo.

Eso implicaba que estuviese apartada del pueblo, en lo más alto de un camino sinuoso y sin que se pudiera oír a ningún vecino. Sarina observó que estaba aislada en todos los sentidos, pero también supuso que era lo que se pretendía, y el corazón, que se le había subido otra vez a la garganta, tendría que encontrar la manera de arreglárselas.

Matteo se había empeñado en que se marcharan de Londres aquella misma tarde, y ella no se había encontrado en posición de discutir nada.

La obediencia era algo que no le salía de forma natural, pero se había mordido la lengua, había bajado la cabeza, metafóricamente, y había hecho todo lo que le había pedido mientras ese vídeo espantoso se reproducía una y otra vez en su cabeza. Matteo había ordenado que le llevaran sus cosas desde el hotel. Luego, la había metido en uno de sus coches, se había sentado al lado de ella en el amplio asiento trasero y le había comunicado que iban a la mansión de la familia en Yorkshire. Sarina estaba segura de que él había esperado que reaccionara airadamente a esa información y por eso, naturalmente, no lo había hecho. Había asentido con la cabeza, había sonreído como si fuera la mujer obediente que no era y se había preguntado cómo iba a sobrellevar ese suplicio.

Sobre todo, cuando estar cerca de ese hombre hacía que se comportara como otra persona, como una persona que tocaba a los hombres sin el más mínimo motivo y cuando era lo último que debería haber hecho en esas circunstancias.

¿En qué estaba pensando?, se preguntó por milésima vez en ese minuto y mientras el coche tomaba una curva tras otra por la desolada colina para dirigirse hacia la mansión de los Combe.

Sin embargo, ese era el problema, claro, que, por primera vez en su existencia de erudita intelectual, no había pensado nada en absoluto.

Además, la verdad era que había esperado que él hubiese hecho... algo durante el camino a ese pueblo de Yorkshire, que, al menos, la hubiese provocado, que le hubiese clavado más los cuchillos o que hubiese hecho lo que había hecho en su despacho para que ella hubiese actuado como había actuado, como si una mujer completamente

distinta se hubiese adueñado de su cuerpo cuando la tocó.

Se había armado de valor y se había acomodado en ese asiento de cuero convencida de que no quería tener nada que ver con aquella mujer distinta, fuera la que fuese, y convencida de que esa vez lo mantendría alejado a pesar de lo que había hecho antes...

Sin embargo, Matteo solo había sacado su teléfono y algunos papeles. Luego, había empalmado una conversación de trabajo con otra durante todo el viaje hacia el norte y, que ella hubiese distinguido, había hablado seis idiomas distintos.

Eso, en vez de relajarla porque no estaba haciéndole el más mínimo caso y no tenía que mantenerlo alejado, solo le había puesto más tensa.

Jamás se había sentido como una marioneta. Se había sentido inútil e impotente cuando Jeannette había caído en las garras del hombre que le arruinó la vida, pero había construido el resto de su vida como una reacción intencionada a eso. Desde entonces, se había cerciorado de que había llevado las riendas, y ese había sido uno de los motivos por lo que le había ido tan bien con su trabajo durante esos años. Jamás estaba descolocada, siempre llevaba el control... y no sabía bien qué hacer en ese momento, cuando habían cambiado las tornas.

No sabía qué hacer cuando sabía que Matteo era quien manejaba los hilos.

Nunca había aprendido a moverse como las marionetas que tanto gustaban a los ingleses y tampoco estaba segura de que estuviese dispuesta a empezar.

Ya era tarde cuando llegaron a la mansión y, aunque estaba impresionantemente iluminada, la noche era húmeda y especialmente oscura. No había ni una estrella que le recordara que había algo más en la vida aparte del merecido castigo que la esperaba entre los sombríos muros de ese lugar. Mientras Matteo la llevaba a través de la imponente puerta principal tomó unas bocanadas de aire que la helaron por dentro y por fuera.

-Bienvenida a la residencia Combe -dijo Matteo casi mecánicamente mientras entraban en el vestíbulo-. Que se sepa, no hay constancia de que haya habido alguna historia feliz aquí, pero nunca se sabe, a lo mejor eres la primera.

Sarina miró su perfil intimidante y no supo cómo reaccionar. No sabía qué hacer consigo misma ni con ese hombre amenazante que ya le había enseñado los dientes.

-Estaría bien que fijara las condiciones de este... acuerdo.

-Cada cosa en su momento -replicó él con un brillo claramente burlón en los ojos grises-. Disfruta del miedo y el recelo, Sarina. Son dos de tus armas favoritas, ¿no?

Ella no pudo decir que le importara cómo había curvado la boca al mirarla, de una forma que nunca sería tan necia como para calificarla de una sonrisa. Quería pelear, quería... hacer algo.

Él, sin embargo, se limitó a hacer un gesto con la cabeza y ella tardó un momento en darse cuenta de que se lo había hecho a alguien que, silenciosamente, se había quedado detrás de ella. Naturalmente, tendría empleados, muchos empleados.

-Angela te acompañará a tu habitación -siguió él en el mismo tono jocoso-. Nos veremos mañana por la mañana, temprano. Espero que pases toda la noche en vela mirando al techo y reviviendo todos y cada uno de tus pecados.

Ella fue a contestar como lo hacía siempre, en tono cortante, pero se contuvo.

-¿Has visto? -murmuró Matteo con una voz de aprobación que la alteró por dentro-. Puedes aprender, estoy muy orgulloso.

Entonces, después de que él sacudiera la mano como un rey a un vasallo, a ella no le quedó más remedio que seguir a la silenciosa y arisca Angela por la enorme casa vacía.

Todo lo que había dicho le había parecido una amenaza y retumbaba dentro de ella con tanta fuerza que le costaba respirar. Suponía que eso era lo que pretendía y se habría muerto antes que reconocérselo a él. No quería reconocérselo ni a sí misma.

La dejaron en una suite de habitaciones que había en la parte trasera de la casa y que daban a la oscuridad de la noche. Al menos, eso fue lo que se imaginó porque no podía ver ni una luz que indicara que el pueblo estaba debajo. Quizá por la mañana viera los famosos páramos, pero esa noche solo veía su reflejo en la ventana, y era la persona a la que menos quería mirar.

Se duchó con la esperanza de que el agua caliente la calmara, pero no sirvió de nada. Se metió en la enorme cama con dosel que estaba apoyada contra una pared, apagó las luces y se quedó mirando al techo, como había predicho Matteo, preguntándose cómo había llegado a pasar todo eso. No solo lo que había pasado en su despacho y el vídeo que mostraba una reacción a él impropia de ella, sino... todo, su vida...

¿Cómo había acabado en esa casa lúgubre y más o menos prisionera de un hombre al que había odiado, solo por principios, hasta que él le había dado su propia medicina?

Ya sabía cómo, le recordó esa vocecilla que estaba empezando a odiar tanto como a Matteo Combe... aunque, efectivamente, era posible que no quisiera reconocérselo, pero lo sabía.

Había empezado con la mejor de las intenciones. Había llorado la pérdida de Jeannette mediante su trabajo y había creído, sinceramente, que estaba haciendo el bien. Siempre se había enorgullecido de sus indagaciones y había hecho frente a muchos consejos de administración que, según había concluido ella, estaban tratando injustamente a alguno de sus directivos porque, normalmente, alguien estaba maniobrando. Le habían sorprendido agradablemente más de una vez y, cuando había sido necesario, había sentido cierto placer al librar al mundo empresarial de espantosos matones egoístas y narcisistas que solo eran vulnerables a los balances y a los hombres que los controlaban.

Siempre había sido ética, o eso había creído.

Sin embargo, en algún momento y por algún motivo, ella misma se había convertido en el enemigo... y había tenido que ser Matteo Combe, precisamente, quien había hecho que lo viera.

La luz del amanecer empezó a entrar por las rendijas de las cortinas que había cerrado completamente y, efectivamente, se había pasado toda la noche dando vueltas, como había dicho él que esperaba que hiciera, lo que hizo que la sensación de vacío por dentro fuera más intensa. Tenía los ojos irritados y se sentía agotada, se había pasado la noche repasando obsesivamente todos los casos que había tenido.

Sabía que no se había equivocado sobre los hombres a los que habían derribado de sus elevadas posiciones con la ayuda de ella, habían abusado de su posición sin escrúpulos, pero eso no hacía que ella fuese el estandarte de la rectitud que se había imaginado que era durante todo ese tiempo.

Sus motivaciones no eran tan nobles como había creído que eran, ¿no?

No podía dejar de pensar que si fuese una buena persona de verdad, si hubiese intentado ayudar a Matteo en vez de salirse de su camino para empujarlo por un

precipicio que había creado ella, no estaría allí, a punto de tener que encontrarse con la horma de su zapato lo quisiera o no.

Se levantó de la cama sintiéndose como una mujer muy vieja. Le dolían todas las articulaciones, como si le hubiese entrado una artritis espantosa durante la noche, y se metió un rato en la bañera con la esperanza de que el agua caliente y las sales de baño que había encontrado le sentaran bien.

Sin embargo, cuando salió, olía mucho a lavanda, pero ella seguía igual.

Había otra doncella esperándola cuando salió del dormitorio.

-El señor Combe desea verla -le comunicó la chica.

Sarina intentó sonreír para darle las gracias, pero era como si llevara una máscara de su propia cara y su boca ya no funcionara.

Se había puesto la ropa que solía ponerse cuando se encontraba sola y feliz en la habitación del hotel; unos cómodos pantalones elásticos y un jersey muy suave. Había pensado ponerse algo más profesional, pero lo había descartado. No tenía sentido ponerse una coraza en ese momento, cuando ya se había hundido tanto, y menos cuando Matteo sabría lo que estaba haciendo y lo utilizaría contra ella.

Ni siquiera se molestó en recogerse el pelo en su típico moño, lo que era su versión de una bandera blanca. Siguió a la doncella y bajaron las amplias escaleras. La casa estaba silenciosa, llena de sombras, de estatuas recargadas y de obras de arte agobiantes.

Estaba empezando a pensar que toda la mansión era una especie de museo mal ventilado en honor a los muertos. Entonces, doblaron una esquina y llegaron a una habitación para desayunar, pequeña, acristalada e increíblemente soleada. Los miradores dejaban ver los hermosos páramos a lo lejos y, más cerca, un jardín primorosamente cuidado, pero lo malo era que allí, sentado a la mesa, con un brillo victorioso en los ojos grises, estaba Matteo, su fatalidad y, si era sincera consigo misma, el castigo que se merecía.

-Pareces martirizada... -comentó Matteo con su voz grave-. Casi esperaba que entraras en este cuarto arrastrando una cruz...

Estuvo a punto de decirle que, efectivamente, había varias entre las espantosas obras de arte del segundo piso, pero se contuvo. Esa habría sido la Sarina de antes, la Sarina nueva era mucho más discreta.

Se quedó donde la había dejado la doncella, delante de la mesa donde estaba sentado Matteo, como si estuviera esperando una sentencia. Hizo un esfuerzo para bajar la cabeza, se agarró las manos por delante e intentó parecer recatada.

-¿Te pasa algo? -le preguntó Matteo con lo que a ella le pareció un brillo burlón en los ojos-. Estás demacrada...

-Estoy perfectamente bien -contestó Sarina.

Entonces, quizá porque solo hubiese una Sarina y ella no tenía ni idea de lo que estaba haciendo, sonrió y siguió hablando.

-En realidad, estoy muy descansada. Creo que jamás había dormido tan profundamente.

Los ojos de Matteo eran como el humo y se reían de ella aunque él no emitió ningún sonido ni curvó los labios lo más mínimo.

-Me alegro muchísimo de oírlo. La mansión no es famosa por su hospitalidad y

mucho menos por su comodidad, pero me encanta que, una vez más, superes mis expectativas.

Él no la había invitado a que se sentara y, si hubiese sido otro día, ella lo habría forzado, habría ido hasta la mesa, se habría sentado en su asiento y se habría servido el café humeante que veía en la cafetera de émbolo que había al lado de su codo.

Sin embargo, no se atrevía a hacer nada de eso porque no podía dejar de pensar que era una prueba que estaba poniéndole para que la suspendiera. Se quedó donde estaba e intentó parecer a gusto.

-Creía que las mansiones como esta eran el no va más de la hospitalidad y la comodidad -Sarina esbozó una sonrisa y se le dirigió a él-. Esa tendría que ser la intención.

-Que encantadoramente americano -Matteo dobló el periódico que había estado leyendo-. Interpretas rematadamente mal las intenciones de un montón de piedras como la residencia Combe. La hospitalidad y la comodidad son las últimas cosas que pueden esperarse de un sitio así. Es un monumento a la ambición más inflexible y gélida. Cada una de las piedras representa un trozo de alma humana que algunos de mis antepasados vendió o compró. Solo hay una manera de llegar a ser tan rico partiendo de unos orígenes campesinos, y el camino no es muy bonito. Esta casa intenta producir pesadillas, no sueños. Algunos podrían llamarla una lección ejemplar.

-Si le disgusta tanto, ¿por qué viene?

-Porque es mi casa, Sarina. Me guste o no.

La miró detenidamente durante un momento que se hizo interminable, hasta que le señaló con la cabeza el asiento que tenía enfrente.

Se sentó sin esperar a que él le aclarara los sentimientos hacia su casa e intentó no suspirar sonoramente cuando él le sirvió la taza de café. Ella sabía que él lo hacía para que bajara la guardia, pero le daba igual si había café de por medio.

-Anoche querías saber las condiciones del acuerdo -siguió él mientras ella daba un sorbo de ese café fuerte que la calmaba-. Solo quiero una cosa. Tienes que convencer a mi consejo de que mi comportamiento es irreprochable. Tienes que darles los informes que hagan falta para demostrarles que no solo soy el mejor consejero delegado y presidente que ha tenido Industrias Combe, sino que soy el mejor hombre.

Sarina dio otro sorbo mientras intentaba ordenar las ideas.

-¿Cree que eso dará resultado?

-Si no lo da, doctora, usted y yo nos quedaremos sin trabajo y sospecho que ese vídeo saldrá en los noticiarios de la noche.

Eso fue para que no se olvidara de dónde estaba y por qué, al margen de lo maravilloso que fuese el café después de una noche en vela.

-Sí, gracias. No me he olvidado de que está chantajeándome.

-Prefiero considerarlo como un estímulo para que hagas lo que hay que hacer.

-Lo que hay que hacer, en esta situación, es alterar mi metodología para que llegue al resultado que usted quiere.

-¿Vamos a fingir que llegaste a la primera reunión conmigo sin un objetivo? -Matteo lo preguntó en un tono aterciopelado que solo consiguió que el cuchillo se clavara más dentro-. ¿Cómo voy a alterar una metodología que ya está sesgada?

Sarina se aclaró la garganta, pero no contestó a eso.

-Normalmente, empleo entre un mes y seis semanas. Tengo todas las sesiones que considero necesarias con el objeto de estudio y, después de las sesiones, hablo con mi cliente para contarle cómo creo que están transcurriendo.

-¿Has hablado con ellos después de la sesión que tuvimos ayer?

Sarina no quería pensar en esa sesión y menos cuando estaba con él, pero esa era otra cosa que ya no dependía de ella.

-No.

Matteo le hizo un gesto y a ella le pareció que podía ver a todos sus antepasados San Giacomo en esa forma de inclinar la cabeza, como si él fuese más noble que nadie.

Decidió que le parecía repulsivo, pero la humedad cálida entre las piernas le decía lo contrario y no sabía qué hacer con un cuerpo desobediente. No le había pasado nunca...

-Entonces, hazlo -le ordenó él en tono sedoso-. Quiero oír tu informe.

Ella no se lo había esperado y debería haberlo hecho. No podía entender por qué la sorprendía con la guardia baja cada dos por tres. ¿Qué le pasaba que no conseguía saber lo que hacía cuando estaba con él?

Entonces, mientras estaba pensándolo, notó que le temblaba la mano y supo que, si hubiese estado más cerca de él, esa mano se habría movido como si tuviese vida propia para tocarlo... otra vez.

Quería llorar, quería hacerse un ovillo como solo se había hecho una vez, después de la muerte de Jeannette, y había jurado que no volvería a repetirlo... y eso era lo más imperdonable de todo eso. Podía restarle importancia al chantaje y considerarlo una manipulación corporativa más, pero ese hombre hacía que sintiera cosas que había estado segura de que había guardado bajo siete llaves para siempre. Dolor, impotencia... Creía que los había aniquilado, pero allí estaban otra vez como si hubiesen estado latentes y esperando el momento adecuado.

-Muy bien -ella intentó parecer tranquila aunque tenía la lengua entumecida-. Si insiste...

-Insisto -confirmó él con la más leve de las sonrisas.

Sarina se sentía como si estuviese viviendo una experiencia extracorpórea, pero sus dos versiones estaban atrapadas en esa casa lúgubre, con Matteo. Solo podía sacar el móvil del bolsillo de los pantalones, como le había ordenado él.

Intentó controlar su expresión para que fuera tan impasible como exigía la situación, pero no terminaba de conseguirlo porque la mirada de él era demasiado intensa, demasiado sombría y elocuente.

Sarina buscó el número del presidente del consejo y pulsó el botón para llamarlo. Mientras sonaba la llamada, miró al otro lado de la mesa y deseó que algo, cualquier cosa, velara al hombre que tenía enfrente iluminado por la sorprendente luz de la mañana de Yorkshire. Era la primera vez que lo veía con luz natural. No había una lluvia que mitigara su impacto, no había nubes o un cielo gris que apagara su resplandor.

Matteo era hermoso.

Llevaba pantalones oscuros y una camisa desabotonada en el cuello, como si creyera que en cualquier momento pudiera celebrarse una reunión de trabajo. Estaba impecable y esa exquisitez sin ostentación de su ropa solo resaltaba la virilidad que

parecía envolverla.

Parecía más alto y más grande, pero lo único que había crecido desde el día anterior había sido la certeza que tenía de que él podía jugar a lo mismo que ella, pero mejor.

Se aclaró la garganta cuando oyó que iban a contestar la llamada y supo que iba a empezar la representación.

-El altavoz -le dijo Matteo con los labios y dando unos golpecitos encima de la mesa.

Ella, naturalmente, obedeció. ¿Qué otra cosa podía hacer? Pulso el botón del altavoz y dejó el teléfono encima de la mesa, entre los dos.

-Confío en que me llame con más buenas noticias -atronó la voz de Roderick Sainsworth.

Había sido el mejor amigo de Eddie Combe y una especie de tío para Matteo y Pia si los informes eran ciertos, pero Eddie ya no estaba y el escandaloso comportamiento de Matteo en el sepelio le ofreció una oportunidad a Roderick. Sarina conocía perfectamente a los hombres como Roderick.

Volvió a oír esa vocecilla que le decía que, si lo que estaba haciendo solo era ir detrás de un sociópata tras otro, ¿para qué lo hacía? No hacía ningún bien, no tenía ningún sentido.

Sin embargo, no era el momento de hacerse recriminaciones a sí misma.

-Anoche abordé inesperadamente al señor Combe -comentó Sarina en su típico tono aséptico que, en ese momento, le pareció a sí misma que era más bien aburrido-. Como le expliqué a usted, esas apariciones son una parte importante de este proceso. Si bien siempre es interesante ver lo que se puede sacar en claro de las sesiones programadas, las apariciones hacen que pierda el control y me gusta que se produzcan en los sitios donde el objeto de estudio se siente más seguro e inabordable. Así, esa pérdida de control se parece más a una especie de transgresión personal y puede revelar mejor la verdadera forma de ser el objeto de estudio.

Al otro lado de la mesa, los ojos grises de Matteo centellearon como si le prometieran una gratificación que iba a dejarla sin respiración. Eso, suponiendo que pudiera volver a respirar alguna vez para notar la diferencia.

-Ya, ya -intervino Roderick con impaciencia -. Me acuerdo de ese rollo publicitario.

-El señor Combe hizo lo que cabía esperar -siguió Sarina sin poder dejar de mirar a Matteo-. Al principio se puso a la defensiva, pero luego, ante mi inmensa sorpresa, reaccionó repentinamente.

Se hizo un breve silencio al otro lado del teléfono.

-¿Qué quiere decir?

-Me pareció muy ágil al cambiar de actitud.

Sarina lo dijo como si estuviese reflexionando sobre el asunto, como si el hombre en cuestión no estuviese mirándola desde el otro lado de una mesa considerablemente pequeña en una habitación vacía de una casa que parecía sacada de una película de terror.

-Algunos hombres toman posiciones dominantes mediante la intimidación, como estoy segura de que usted sabrá, pero otros las consiguen gracias esa agilidad -siguió ella-, a su capacidad para sortear al otro independientemente de lo que se encuentren delante. Y me parece que el señor Combe podría ser de los segundos.

-Si se refiere a su capacidad para meterse en una pelea y salir en los periódicos, es

posible, pero no le pago para que ese muchacho la... embauque –gruñó Roderick.

Sarina miró fijamente al hombre que tenía enfrente, a quien solo un necio podría considerar un muchacho en algún sentido de la palabra. Captó que su mirada era algo sombría, pero, aparte de eso, él no pestañeó siquiera. Buscó algún indicio de que estaba furioso porque podía notar que lo estaba, pero no vio nada. Era como una de las gárgolas de piedra que decoraban el tejado de esa casa, parecía cincelado en la misma piedra.

–Tenía la idea de que me pagaba para que hiciera una evaluación de su consejero delegado después de lo que pasó en el sepelio de su padre –replicó Sarina con frialdad–. Si quiere otra cosa, señor Sainsworth, tendrá que comunicármelo. Sin embargo, tengo que avisarle desde este momento de que una evaluación es una evaluación y ni el señor Combe ni usted van a embaucarme.

Roderick siguió rugiendo y afirmando que ella lo había entendido mal. Cuando terminó, Sarina siguió y presentó una imagen de Matteo muy matizada, pero positiva.

Matteo le sonrió cuando colgó.

–Lo has hecho muy bien –comentó él aunque un halago dicho con esa voz no parecía un halago–. Supongo que a medida que vaya pasando el tiempo irás, poco a poco, siendo más... entusiasta.

Esa palabra fue como una bofetada. Se vio otra vez en su despacho, cuando se derretía por su beso, y notó que le abrasaban las mejillas. Sobre todo, cuando él hizo una mueca.

–Naturalmente, cuanto más convencida estés de lo apto que soy para mi trabajo –añadió Matteo.

–Será después de otra sesión –Sarina intentó no hacer caso del calor de la cara–. Siempre presento mi resultado preliminar después de tres sesiones. Si ese resultado es que habría que apartar del poder al objeto de estudio, llevamos a cabo algunas sesiones más para estar seguros. Normalmente, tres o cuatro, según cada situación.

Matteo la miró con detenimiento hasta que ella estuvo segura de que nunca se le enfriaría la cara.

–Por curiosidad, ¿cuántas veces has llegado a la tercera semana y has decidido que el objeto de estudio es perfectamente apto para seguir al mando de su empresa? ¿Siempre encuentras culpables mires donde mires?

–Los culpables son culpables –contestó Sarina con toda la calma que pudo aunque notaba que él la atenazaba cada vez con más fuerza–. Yo no hago que lo sean.

–Qué cómodo para una mujer que se gana la vida sentenciando esa culpabilidad.

Sarina tardó un rato en acabarse la taza de café, la rellenó, la tomó entre las manos, se dejó caer sobre el rígido respaldo de su asiento e hizo un esfuerzo para mirar esos elocuentes ojos.

–¿Qué quiere exactamente de mí, señor Combe?

–Matteo. El señor Combe era mi padre y ya sabes lo que hice en su sepelio. Si sigues llamándome así, no sé qué podré hacer.

–Matteo...

Ella lo sintió como una claudicación. Decir su nombre la parecía angustiosamente íntimo, pero intentó no hacerle caso, como intentaba no hacer caso de nada.

–Tienes lo que quieres. Tienes todo el control y dentro de unos días llamaré con los

resultados de tu tercera y última sesión. Cantaré tus alabanzas y podremos irnos cada uno por nuestro lado. Aunque tengo la vaga sospecha de que no te conformas con eso.

-Entretanto, tenemos que pasar el tiempo de alguna manera -replicó Matteo después de otro rato de silencio-. Estoy deseando entenderte. Anoche, mientras dormías como un tronco... -la mirada de él le dio entender que sabía perfectamente cómo había pasado la noche- busqué más información sobre Sarina Fellows, la doctora convertida en ángel exterminador que no ayuda a la gente, que elige a sus objetivos y los hunde uno a uno.

Ella no pudo notar la expresión de su propio rostro, todavía tenía las mejillas ardiendo.

-No tengo objetivos, tengo objetos de estudio, y solo los hundo si se lo merecen. Alguien podría decir que hundir a esos hombres es una forma de ayudar a otros.

-Estoy seguro de que eso es lo que te dices a ti misma, pero quiero saber por qué.

Sarina volvió a dirigir su atención hacia el café.

-Porque es lo que hay que hacer.

Aquello era insoportable, pero no le quedaba más remedio que soportarlo por culpa de ese vídeo, no le quedaba más remedio que estar ahí sentada y aguantar la conversación que Matteo quisiera tener, con ella o de ella. Estaba aislada de todo el mundo en esa casa, pero podría estar en medio de Londres, rodeada de miles de personas, y él seguiría teniendo todo el control porque ella se lo había dado cuando perdió la cabeza y lo tocó.

Si quería hablar de ella, algo que ella había evitado por todos los medios durante años, ella tendría que aguantarse aunque las palabras se le atragantaran.

¿Cómo iba a conseguir que alguien entendiera lo que había sido Jeannette para ella?

Su amistad con Jeannette surgió cuando todavía iban en cochecito, cuando las cuidaban unas niñeras mientras sus padres trabajaban. Sus padres no salían casi nunca de la universidad y los padres de Jeannette eran médicos y no pasaban mucho tiempo en casa.

Jeannette y ella habían tenido que arreglárselas solas y lo habían hecho juntas, la una se había convertido en la familia de la otra. Con el tiempo, fue como si ellas fuesen sus familias de verdad y sus padres fuesen personajes secundarios.

Durante la terapia que hizo mientras estudiaba la carrera, tuvo que enfrentarse cara a cara con lo dañino que eso tuvo que ser. Aunque no se había sentido dañada, al menos, mientras Jeannette estuvo viva y todo fue una aventura de las dos. ¿Cómo iba a sentirse dañada cuando la desatención de sus padres fue el motivo para que Jeannette y ella se consideraran hermanas de sangre, como demostraban las cicatrices de las palmas de las manos?

Las chicas con unos padres protectores no hacían juramentos de hermandad de sangre eterna a los diez años, y ella no quería imaginarse quién podría haber acabado siendo si no hubiese estado aquella tarde en la buhardilla de la casa de Jeannette con un cuchillo afilado, entre risas nerviosas y rasgándose las camisetas para hacerse vendajes.

Sin embargo, ¿cómo podía explicarle eso a Matteo, quien tenía una familia de verdad y, a juzgar por las fotos que había visto, había pasado el tiempo con ella?

Sobre todo, cuando ya estaba mirándola como si fuese un animal en un zoológico.

-Además, estás segura de que estás en el camino recto, ¿verdad?

Sarina no se creyó el tono aterciopelado de su voz, no se creyó que no fuese tan peligroso como ella sabía que era. Lo sabía y, aun así, era como si su voz la acariciara por dentro con su calidez e intensidad. Era demasiado peligroso, pero ella no podía hacer nada al respecto.

-Sí.

Algo se quebró dentro de ella al decirlo. Matteo quería que se sintiera como la mala, pero no lo era ni lo había sido. No todos los hombres en la situación de Matteo merecían que los depusieran, pero había que prestar una atención seria e inflexible a todos y cada uno de ellos o se convertían en monstruos. Eso era lo que ella siempre había creído y siempre había querido prestar esa atención para aniquilar a los monstruos antes de que hicieran demasiado daño.

Quizá no entendiera por qué reaccionaba a ese hombre como lo hacía, pero eso no quería decir que tuviera una idea equivocada sobre él. Al fin y al cabo, estaba chantajeándola. Quizá tuviera que replantearse las motivaciones, pero no sentía remordimiento de nada.

-Estoy segura -añadió ella con un fervor que conocía muy bien.

Había sido el fervor que la había motivado todos esos años. No sentía remordimiento de nada, se repitió para sus adentros.

-Lo entiendo -afirmó él en un tono que casi pareció afable.

Entonces, Sarina notó que le había tendido una trampa. Quizá no supiera cuándo o cómo iba a activarla, pero sabía que estaba allí. Sabía que no había ni rastro de afabilidad, que solo era parte del engaño. Sobre todo, cuando Matteo sonrió.

-Cuéntame una cosa, ¿quién es Jeannette?

Capítulo 6

VIO QUE ese nombre la alcanzaba como si le hubiese dado un puñetazo. Efectivamente, había querido que hubiese sido como un puñetazo y por eso no entendía que se sintiera... incómodo al ver a Sarina encajando el golpe. Había una parte de él que la valoraba por algún motivo y que estaba relacionado con la opresión en el pecho, pero no le hizo caso.

Sarina se había quedado inmóvil y pálida.

-Jeannette Maroney vivía en la casa de al lado de la tuya. Eras amigas íntimas.

-Hermanas.

Sarina lo dijo como si fuese otra persona, con la voz entrecortada, como un rasponazo en la sorprendente luminosidad primaveral del cuarto para desayunar, el único cuarto tolerable de esa casa oscura y recargada cuando había sol, lo cual, en los recuerdos de su infancia, era nunca. No entendía por qué se torturaba a sí mismo volviendo allí cuando siempre le había espantado... ni por qué pensaba en su infancia cuando, por fin, había desequilibrado a esa mujer.

-No te sigo, Sarina.

Ella se aclaró la garganta, bajó la cabeza y resopló. Cuando volvió a mirarlo, sus ojos tenían un brillo desafiante. Eso debería haberle molestado, no haber vibrado dentro de él como el anhelo.

-Sí, éramos amigas, pero para mí éramos hermanas, ella era mi familia.

-¿Quieres que te cuente lo que he averiguado de ella? -preguntó Matteo.

Entonces, tuvo que recordarse a sí mismo que no podía tener compasión, que si ella se hubiese salido con la suya, tampoco habría tenido compasión con él, que había querido acabar su cometido con la cabeza de él en una bandeja.

No había ningún motivo para que eso fuese a resultarle difícil, que fuese a sentir algo por verla afligida, y menos esa opresión en el pecho.

-Ya sé todo lo que hay que saber sobre Jeannette -contestó Sarina al cabo de un rato.

Él captó lo tenso que había sido el tono en comparación con el tono desapasionado que solía emplear y también vio lo rígida que estaba al otro lado de la mesa.

-Dudo mucho que cuatro cosas que has sacado de Internet y que has tergiversado para que encajen en lo que quieres decir vayan a descubrirme algo que no sepa.

Matteo la miró fijamente y decidió no reconocerse que ya se había grabado sus rasgos en la memoria, como decidió no pensar demasiado en lo que se había emocionado la noche anterior al encontrar aquellas fotos antiguas, unas fotos en Internet que lo habían llevado a la vida triste y breve de Jeannette Maroney... y de su mejor amiga, quien la había encontrado y había dedicado la vida a vengar la pérdida de Jeannette.

-Creo que he encontrado tu motivación -comentó Matteo casi sin darle importancia-, por qué pasas los días en anodinas habitaciones de hotel y maquinando como puedes arruinarle mejor la vida a alguien.

Sarina lo miró un instante. Volvió a mirarlo otro instante y se rio.

Fue la primera señal de que estaba viva desde que entró en la habitación con la apariencia de estar alterada y sometida, y el efecto en él fue como una descarga eléctrica. Sintió esa risa por todo el cuerpo. Además, que pareciera un poco fuera de control no aliviaba el impacto de la descarga ni evitaba que lo abrasara.

¿Había pensado que quería aplastarla? La verdad era que le gustaba así, viva y descontrolada, despreocupada y resplandeciente por ello.

Alocada... susurró algo dentro de él como una sentencia nefasta porque las alocadas eran para otras personas, no para el heredero de dos familias eminentes y sus fortunas respectivas. Sin embargo, a él le gustaba cómo sonaba su risa.

-Deberías verte la cara -comentó ella con un brillo en los ojos mientras sacudía la cabeza-. Estás seguro de que ya lo sabes todo, ¿no? Sabes que Jeannette murió y ya tienes la motivación, ya tienes resuelto el retrato psicológico.

-Bastaría un sí o un no -replicó Matteo con frialdad.

Ella se rio otra vez y él no entendió qué tenía esa risa que le embrollaba todo por dentro, y no era el tipo de embrollo que sabía deshacer, no el tipo de embrollo que se había pasado la vida aprendiendo a sobrellevar, era el tipo de embrollo que llegaba a lo más profundo y se quedaba allí.

-Jeannette era más que el tiempo transcurrido entre las dos fechas de la tumba - Sarina seguía teniendo los ojos brillantes, pero con una intensidad distinta en el rostro-. Contaba los peores chistes que he oído en mi vida. Intencionadamente. No necesitaba música para bailar y no era porque tuviese ritmo, que tampoco lo necesitaba. Era muy lista y muy ingenua a la vez. Siempre llegaba tarde, incluso cuando la citabas antes de lo necesario... -hizo una pausa mirando al infinito, como si estuviese acordándose de haber estado esperándola en algún sitio, y tragó saliva-. Jeannette era incondicionalmente afable con todas las personas que conocía, lo que no quiere decir que fuese una santa. Le encantaba el dramatismo y no llegó a ser lo bastante mayor como para darse cuenta de que era mucho mejor vivir una vida con mucho menos dramatismo.

Matteo no reconoció la sensación que se adueñó de él. Tardó en entender que era una especie de vergüenza y no pudo decir que le importase lo más mínimo.

-Sarina...

Ella no lo oyó o no hizo caso.

-Al principio, no me habló del nuevo hombre que habían entrado en su vida. A Jeannette le gustaban los secretos. Le encantaban los cuentos de hadas y cuando por fin me habló de él podría haberse dicho que había conocido al príncipe azul. Naturalmente, eso era lo que ella pensaba de él. La deslumbró, la agasajó con comidas y bebida y la llevó por todo el mundo, le hizo regalos caros e hizo que se sintiera como una princesa -Sarina sonreía como si estuviese contando una historia feliz, pero tenía un brillo penetrante en la mirada y él ya sabía el final-. Entonces, se quedó embarazada y se acabaron los agasajos y los viajes. Le dijo que se las arreglara sola, le dio un cheque como un regalo de despedida y dejó de contestar sus llamadas, dejó de existir.

-Supongo que estaba casado -comentó Matteo.

-Tenía tres exesposas en ese momento, pero no pensó en Jeannette para ese papel... y

no lo defiendas -añadió ella con rabia, como si él hubiese dicho que su comportamiento podía disculparse por estar casado-. No todos los hombres están hechos para ser padres y todo se precipita cuando hay un embarazo imprevisto. Lo entiendo, pero eso no le da derecho a un hombre a ser despiadado y despreciable.

Sarina tomó una bocanada de aire como si quisiera apaciguarse y Matteo quiso decirle que no siguiera, que no hacía falta que supiera todos los detalles. ¿Qué había creído que iba a sacar en claro de todo eso? Sin embargo, no dijo nada y no supo si lo hizo porque creía que ella no dejaría de contarle la historia si él le decía que lo dejara o si le preocupaba más que dejara de hacerlo.

Miró a Sarina y fue como si la reconociera más que a sí mismo... y como no supo qué hacer al respecto, no hizo nada.

Sarina se puso muy recta, lo miró a los ojos y siguió.

-Le ordenó que se deshiciera del bebé, pero se ablandó cuando ella se negó. Ella creyó que lo había recuperado, creyó que él se había dado cuenta de que claro que quería a su hijo. Él la llevó a cenar, le hizo el amor y le dijo todo lo que ella quería oír - a Sarina se le quebró un poco la voz, pero siguió-. Sin embargo, había desaparecido cuando ella se despertó en una suite del Four Seasons con las immaculadas sábanas manchadas de sangre.

Sarina tomó la taza y dio un sorbo de café. Se movía como un robot, pero la tempestad que se reflejaba en sus ojos le indicó a Matteo que no era una máquina.

Algo en su interior le recordó en tono áspero que quería ver quién era ella, y ya lo sabía.

-Jeannette no lo entendió. Lo llamó para decirle lo que había pasado, que estaba perdiendo el bebé que él le había dicho que, después de todo, sí deseaba. ¿Sabes lo que hizo él? -Matteo podía imaginárselo, pero no pudo decir ni una palabra-. Se rio de ella.

-Sarina...

Esa vez, ella levantó una mano y entonces, cuando obedeció, cayó en la cuenta de que, en teoría, el que daba las órdenes era él, no ella.

Sin embargo, cierta vergüenza todavía lo abrasaba por dentro y le recordaba que él le había obligado a contar esa historia. ¿En qué lo convertía eso? ¿Se diferenciaba en algo del malnacido egocéntrico del que estaba hablando ella? Matteo tuvo la desagradable sensación de que solo era una cuestión de matices.

-Se rio de ella, le dijo que era idiota y le contó lo que le había puesto en la bebida la noche anterior. Entonces, ella me llamó.

Sarina tenía los ojos clavados en los de él. Tenían un destello de rabia y furia y de algo más que él no podía definir. La vergüenza se reavivó dentro de él con un fuego renovado.

-Fui a recogerla y la llevé a casa. Por eso estaba allí a la mañana siguiente, cuando se había tomado todas las pastillas del botiquín y se había cortado las muñecas por si acaso.

Entonces, se quedaron en silencio, en medio de la resplandeciente luz que entraba por los ventanales, y Matteo tardó un rato en comprender que el sonido sordo que oía eran los latidos de su corazón que le exigían saber cómo había llegado ser un hombre capaz de obligar a una mujer a que le contara una historia así; que había llegado feliz a ese encuentro porque sabía que tenía munición en la recámara.

¿Cuándo se había convertido en alguien como su padre? ¿Cómo era posible que no se hubiese dado cuenta de esa transformación espantosa hasta ese momento? Le había querido e, incluso, había admirado su eficiencia, pero no quería ser como su padre y eso era algo que había dejado muy claro antes de que Eddie hubiese muerto, quien consideró una traición que su hijo quisiera ser distinto.

Sin embargo, no había tiempo para esas elucubraciones cuando Sarina estaba mirándolo con todo lo que había perdido reflejado en la cara.

-Efectivamente -siguió ella con la voz entrecortada por las lágrimas que no había derramado-, podría decirse que quería vengarme de ese hombre concreto, pero pasó algo curioso mientras me dedicaba a hundirlo. Conocí a muchos hombres que se parecían mucho a él. Si bien fue gratificante hundir al hombre que había destrozado a mi mejor amiga y a la única hermana que había tenido, me pareció que haría mucho bien a la humanidad si impedía que otros hombres hiciesen lo mismo a mujeres como ella. Algo que, como bien sabrás, hacen muchos de ellos.

No dijo que él también lo hiciera, pero eso fue lo que Matteo oyó. Otro indicio de que se había convertido en Eddie Combe.

-Es una historia atroz -comentó él con la esperanza de que la voz no le hubiese salido tan alterada como se sentía por dentro-. Te pido perdón por habértela arrojado a la cara.

-No necesito tus disculpas.

Sarina se levantó con cierta elegancia, lo que hizo que él se sintiera más espantado todavía consigo mismo, con lo que había llegado a ser cuando había creído que se había pasado toda la vida decidido a no convertirse jamás en un hombre como su padre y sin importarle que eso pudiera tomarse como deslealtad.

-Lo he provocado yo misma -siguió ella-. Si quieres resarcirte, adelante, pero no metas a Jeannette en esto.

Sintió la mirada de Sarina como el impacto de un puñetazo.

-No lo entiendo. ¿Creía que iba a castigarla llevándosela a escondidas a la residencia familiar para pasar unas vacaciones? -le preguntó su secretaria por teléfono algo más tarde.

Aunque la voz no tenía ningún tono especial, como no lo tenía nunca, Matteo podía ver su expresión de poco convencimiento como si estuviese allí delante, en la biblioteca de la residencia Combe, y no en las oficinas de Londres, donde defendía maravillosamente la fortaleza.

-Yo me ocupo de Sarina Fellows -contestó Matteo a Lauren en un tono algo más cortante del que le habría gustado-. Necesito que tú hagas algo completamente distinto.

-Si se refiere a que dirija esta oficina cuando usted no está, le aseguro que todo va exactamente como a usted le gusta.

-No lo dudo -él jamás había dudado de Lauren porque elevaba la eficiencia a la categoría de arte-. Es algo un poco distinto.

Había sido un día largo y raro. Había empezado el día más que dispuesto a despellejar a Sarina, pero no era lo que había pasado. La había presionado y ella le

había contado más de lo que él había querido saber sobre la amiga que había perdido y, en realidad, sobre sí misma de paso.

Se había quedado en aquel cuarto acristalado sin saber quién era... o, peor todavía, sabiéndolo.

Se había pasado toda la vida intentando aprender de su padre, y no convertirse en él.

Había sido imposible no querer a Eddie. A su hijo único, le había resultado imposible. Eddie siempre había sido desbordante. Podía ser bochornoso y estimulante a la vez. Eddie, combativo, descarado y afilado, había sido una fuerza de la naturaleza. Él todavía no podía creerse, ni remotamente, que algo tan prosaico como un ataque al corazón se hubiese llevado a Eddie. Cuando había pensado en la muerte de su padre, y había pensado mucho durante su airada adolescencia, había sido incapaz de imaginarse algo que no fuese, como mínimo, tan poderoso como una inundación o un huracán de proporciones bíblicas dirigidos directamente contra la residencia Combe. Eddie se habría enfrentado a cualquier otra cosa como se enfrentaba a todo.

Sin embargo, una mala alimentación y la falta de ejercicio le habían afectado como afectaban a cualquier otro mortal.

Siempre había tomado el comportamiento de su padre como una guía y, muchas veces, como un ejemplo a no seguir. Hacía ejercicio a todas horas y, si era sincero, esa era su única costumbre, y su favorita. Se cuidaba como si esperara vivir eternamente, porque eso era lo que tenía pensado. No hacía negocios como su padre, un apretón de manos un día y un garrotazo al siguiente. Empleaba la lógica, el buen juicio y cierto pragmatismo que había pulido en Cambridge y la London School of Economics... y durante los muchos años que había trabajado en Industrias Combe. Había trabajado en todos los puestos que había podido y conocía la empresa por el derecho y el revés, a todas las personas y a todos los cargos. Eso, al contrario que Eddie, quien se pavoneaba como si fuese el rey del mundo dando órdenes e imponiendo su ley porque su padre se había fiado de su intuición por encima de cualquier otra cosa.

Él había admirado eso tanto como lo había desdeñado, lo que podría ser una buena manera de describir su relación con su padre. Sin embargo, hasta esa mañana, en esa casa donde generaciones de hombres Combe habían bramado por los pasillos y habían maltratado a los sirvientes e intimidado a sus familia, él no se había dado cuenta de que no era muy distinto a ninguno de ellos a pesar de sus esfuerzos.

Quizá no hubiese levantado la mano, pero tampoco había tenido reparos a la hora de lanzar puñetazos emocionales a Sarina. Había querido derribarla. Sus ganas de vengarse lo habían corroído por dentro desde que ella se sentó en su villa de Venecia y se atrevió a comportarse como si pudiera dominarlo.

Eso fue lo que lo llevó a hurgar en su dolor como habría hecho su padre, por intuición y no por lógica.

No sabía bien cómo analizar eso.

Se había marchado del cuarto del desayuno sin decir ni una palabra más. Había dejado a Sarina sola, como si no pudiera aguantar ni un segundo más en su presencia... y la vergüenza que lo había atenazado por dentro le había indicado que no podía.

Se temía que enfrentarse a ella era enfrentarse a esa parte horrible de sí mismo que era su padre, ese padre que siempre había estado agazapado dentro de él, y no había querido saber nada de eso. Sin embargo, no podía huir de sí mismo y menos en esa

casa, en ese depósito de malos recuerdos ancestrales. Sus antepasados habían estado convencidos de que podían comprar la felicidad cuando hubiesen acumulado suficiente dinero y todos, uno detrás de otro, habían llegado a saber que eso no era verdad. Podían acumular dinero, y bien sabía Dios que lo hicieron, pero la felicidad era mucho más esquivada.

La biblioteca que usaba como despacho cuando estaba en el norte era un ejemplo perfecto. Era una habitación preciosa con una claraboya y unos fantásticos miradores que daban al pueblo y a las lejanas colinas. Los estantes eran amplios y estaban repletos de libros con cubiertas de cuero, pero ninguno era de verdad. Los lomos estaban meticulosamente trabajados a mano para que parecieran libros de verdad, pero las páginas estaban en blanco, vacías. Para su bisabuelo había sido muy importante parecer tan culto y mundano como los hombres a los que quería parecerse, pero no había sido uno de ellos.

Esa era la maldición de las familias como la suya. Podían ascender, el dinero era abundante, pero nunca jamás podrían librarse del estigma de sus orígenes humildes.

Además, cuanto más tiempo se quedó allí sentado, sin hacer todas las llamadas que debería haber hecho, más había llegado a comprender que aquellos libros no eran solo una anécdota sin importancia sobre hombres muertos hacía mucho tiempo. Eran él. Naturalmente, tenía los genes San Giacomo, y daba el tipo, pero estaba vacío por dentro, donde importaba.

-No sé bien qué hacer con una parte del testamento de mi padre -le comentó a Lauren.

-¿Lo leo y le digo lo que creo que debería hacer? -preguntó ella sin inmutarse, como siempre.

Para eso le pagaba, para que lo conociera mejor de lo que se conocía él a sí mismo y para que actuara en su lugar si hacía falta. Sin embargo, no le preguntó si sabía lo vacío que estaba por dentro, prefería no oír su respuesta.

-Es algo más peliagudo -contestó él-. Al parecer, mi madre tuvo un hijo antes de casarse con mi padre y le dejó casi toda su fortuna en el testamento.

Lauren volvió a demostrar su valía al no reaccionar de forma audible a esa noticia.

-¿Por qué no ha aparecido para reclamar su herencia? -preguntó ella con sensatez.

-Por dos motivos -contestó Matteo-. Primero; que yo sepa, nadie sabe bien cómo encontrarlo. Lo último que se supo de él fue que estaba en un bosque.

-Un bosque -repitió ella con ironía-. Eso reduce mucho las posibilidades. ¿Esa era toda la información que tenía su madre?

Matteo no quería hablar de su madre. Ni siquiera había querido hablar de ella cuando murió repentinamente... y las seis semanas que pasaron hasta que se murió Eddie no habían cambiado nada.

Una noche, Alexandrina mezcló vino con analgésicos y todo el mundo se dijo que había sido de manera accidental. Él lo había aceptado. Alexandrina era una caja que no quería abrir porque no sabía qué más descubriría sobre sí mismo si escarbaba en la vida de su madre... o en su muerte. ¿Que estaba traumatizado por el dolor de haber perdido a una madre a la que no había llegado a conocer... o que no lo estaba?

-El segundo, y más importante, que fue una tarea que se dejó en manos de mi padre y, al parecer, él no hizo nada -siguió Matteo como si Lauren no hubiese preguntado

nada.

-Entiendo -murmuró Lauren.

Matteo no le contó a su secretaria que mucho se temía que ya había llegado a ser como su padre. No explicó por qué no quería eso, como tampoco intentó fingir lo que ya sabía, que era muy típico de Eddie Combe no hacer caso de la información que no quería, como, por ejemplo, que Alexandrina, esa esposa San Giacomo que había conseguido después de muchísimos esfuerzos, ya había tenido una vida, una historia y un hijo antes de conocerlo a él.

-Necesito que lo encuentres por el medio que sea -fue lo que dijo Matteo-. Pertenece a esta familia y él tendrá que decidir si quiere quedarse en su bosque o no.

Que no fuera una decisión que otro miembro airado de la familia Combe hubiese tomado por él, fuera quien fuese.

Además, tener un hermano solo unos años mayor que él era algo que pensaba guardar muy dentro, ni como una cicatriz ni como un placer, sino como las dos cosas a la vez... o ninguna. Aun así, era mejor que el vacío.

Dejó el teléfono y percibió esa inquietud nerviosa que lo había perseguido todo el día. Era como si la piel se le hubiese quedado pequeña o los huesos ya no encajaran como deberían. Era como si, efectivamente, fuese un montón de páginas vacías que imitaban un libro. Solo sentía la falsedad de todo ello, esas cubiertas repujadas que encubrían el vacío. Era un desconocido para sí mismo...

Entonces, vio a Sarina en la puerta y le pareció lo más natural. Era su ángel exterminador, con una lengua afilada en vez de una espada. El problema, para él, era que todavía quería saborearla.

Capítulo 7

SARINA LLEVABA todavía la misma ropa que esa mañana y entonces, cuando ya no quería machacarla, Matteo se fijó en que parecía más suave y usada que las prendas negras e impecables que había llevado en las dos sesiones oficiales. Ángel exterminador o no, no pudo evitar pensar que esa, la que tenía delante, era la auténtica Sarina.

Parecía... accesible, no escurridiza e intimidante. Parecía tocable, no llena de púas creadas por ella misma. Aunque todo eso no le ayudaba a dominar mejor esa avidez casi desmedida que sentía por ella.

Se había recogido el pelo para apartárselo de la cara, como a él ya sabía que le gustaba, pero eso solo conseguía que su atención se centrara más en sus pómulos prominentes y en su boca maravillosamente amplia. Además, ya solo podía pensar en que conocía su sabor.

-¿Qué te trae otra vez a mi madriguera? -consiguió preguntar él cuando el silencio ya se había alargado demasiado.

Ella seguía en el umbral de la puerta, como si estuviera preparada para darse media vuelta y salir corriendo a la más mínima señal por parte de él.

Matteo decidió enviarle la señal y se levantó como si estuviesen enfrentándose, como si esa casa fuese un cuadrilátero y él esperara que la pelea empezara en cualquier momento. Sacó pecho como si estuviese preparándose para el primer asalto y prefirió no acordarse de todas las veces que había visto a su padre hacer lo mismo... como prefirió no seguir pensando en lo mucho que tenía de Eddie.

-Creía que ibas a largarte. Hay un paseo de una hora hasta el pueblo y otra hora, más o menos, hasta York para tomar el tren. A estas horas, podrías estar en Londres.

Sarina curvó los labios, pero, si fue una sonrisa, a él se le clavó en el pecho e hizo que esa avidez fuese un poco más intensa. Aunque tuvo que creer que indicara lo que indicase de él aquello no era nada bueno. Aun así, no podía evitarlo, nada de ello.

-Lo que le pasó a Jeannette no es una novedad para mí -comentó Sarina sin alterarse y mirándolo a los ojos-. No estoy ni más ni menos triste que cuando me desperté esta mañana.

-Perfecto.

Matteo se quedó sorprendido de lo áspera que le había salido la voz y de lo imprecendente que parecía su réplica, sobre todo, mientras flotaba entre los dos como si fuese humo.

Entonces, en el silencio de la biblioteca, se dio cuenta de muchas cosas. La luz había cambiado a lo largo del día y a medida que habían ido llegando las nubes. En ese momento, cuando el sol desaparecía por el horizonte, solo había sombras en la biblioteca y en la casa. Como todos esos momentos tristes que habían sucedido allí y habían ido adueñándose de él poco a poco sin que hubiese podido evitarlo y lo habían

hecho diferente. Además, no entendía por qué mirar a Sarina lo empeoraba.

Hacía que sintiera más de lo que quería o debería y se frotó sin querer el espacio que había entre los dos pectorales, donde ella le había puesto la mano, como si así pudiera borrar esas sensaciones.

-¿Qué te pasó en esta casa?

Ella se lo preguntó como si estuviera dentro de su cabeza y no en el umbral de la puerta y a él le desagradó muchísimo esa sensación.

-No sé qué quieres decir.

Ella se cruzó los brazos y lo miró sin inmutarse.

-Sí lo sabes. Has dicho más de una vez que este es un sitio infeliz. ¿Por qué?

-¿Acaso no viste dónde estábamos cuando llegamos? -él hizo un gesto hacia los miradores-. Echa un vistazo. Fábricas textiles y filas interminables de casas a los dos lados del río. Chimeneas en vez de campanarios por todos los Peninos.

-Dijiste que el problema era esta casa, no las fábricas.

-Me admira que te imagines que pueda haber alguna desconexión entre el destino de las fábricas y el de las personas de esta casa. Aunque parezca lo contrario, siempre han estado inseparablemente unidos -Matteo ladeó la cabeza-. Lo que no sé es por qué te interesa tanto la historia de esta zona. Para empezar, ¿por qué estamos hablando de eso?

-Creía que el tiempo era un factor importante -contestó ella, que parecía más suave cuanto más desarbolado se sentía él-. Cuanto antes pueda presentar el informe de la tercera sesión a tu consejo, antes seguiremos nuestros caminos.

Él había pensado algo parecido hacía un rato, cuando, bondadosamente, había mandado a su secretaria que buscara a su hermano para así distinguirse mejor de su padre, pero no le había gustado mucho que lo hubiese dicho ella.

-Naturalmente, ahora tenemos prisa. Antes, cuando tú tenías las riendas, no había ninguna prisa.

-Creía que era lo que tú querías.

Sin embargo, no lo dijo en un tono servicial. Le pareció que su mirada tenía algo desafiante, que lo que había pasado no le había impresionado nada. Aunque quisiera hacer parecer que los deseos de él le importaban a ella, solo quería acabar con aquello, alejarse de él.

A Matteo no debería importarle lo que quería ella. Al fin y al cabo, era él quien estaba chantajeándola. Sin embargo, le espantaba tanto que le extrañaba que la piel no estuviera desgarrándose porque era lo que sentía.

-No salgo de mi asombro...

Él lo dijo como si, de repente, no pudiera seguir jugando a eso cuando había sido quien lo había empezado. ¿Qué estaba pasándole?

-Resulta que ahora mis deseos son importantes para ti, para la mujer que quiso arruinarme...

-He debido de entenderte mal -replicó ella casi con delicadeza, casi-. ¿Quieres dar por terminada esta situación con tu consejo de administración y volver indemne a tu vida habitual o quieres jugar al ratón y al gato conmigo en esta casa vacía?

-¿Tengo que elegir? -preguntó él en tono pensativo.

Ella cambió de postura sin moverse de donde estaba y levantó la barbilla con un

gesto desafiante hasta en ese momento y en ese lugar.

-Por mí, no hace falta que te des prisa en tomar una decisión, pero sí te recordaré que cada día que pasa con este nubarrón sobre tu cabeza, más se dudará de tu capacidad para dirigir la empresa.

Esa inquietud que lo alteraba por dentro se cristalizó y se convirtió en algo distinto, en algo frágil.

-Este sitio no es un sitio feliz -gruñó él.

Esa mujer enloquecedora se limitó a mirarlo como si ella no tuviese nada que ver con su estado de ánimo.

-Está lleno de fantasmas de hombres desesperados y obsesionados que consiguieron parte de lo que buscaban, pero no todo... y, peor aún, de las mujeres y niños sobre los que descargaron su frustración.

-Creía que los Combe era unos ricos industriales desde hacía generaciones.

-Algunos lo fueron y disfrutaron siéndolo, no me entiendas mal, pero, naturalmente, cuando un hombre lo consigue casi todo, se pasa el tiempo concentrado en lo que le falta. En el caso de mi familia era la aceptación de la flor y nata de la sociedad. Créeme, no hay nadie tan insatisfecho como un hombre rico que quiere ser aristócrata, pero que no puede borrar el color de su sangre de campesino.

-Tu padre rompió esa tradición para ti. Es posible que tuviera sangre de campesino...

-Sarina lo dijo como una buena estadounidense, convencida de que su sociedad era la única sin clases de la historia de la humanidad-, pero se casó y entró en una familia de la aristocracia italiana. Por lo tanto, tú sí has borrado el color de tu sangre, ¿no?

-La relación de mis padres fue una historia de amor muy famosa -Matteo no podía dejar de ir de un lado a otro-. ¿Sabes lo que significa eso?

Sarina se encogió de hombros, algo que le pareció especialmente provocativo cuando estaban tan cerca.

-¿Películas para televisión basadas en sus vidas? ¿Artículos indiscretos sobre sus vidas?

Matteo sonrió y notó que ella había captado el gesto de advertencia cuando cambió la expresión a una de cautela.

-Lo que significó, sobre todo, fue que se centraran plenamente el uno en el otro. Quién era fiel; quién había mentido y sobre qué; quién había coqueteado en una fiesta la noche anterior... Se engañaban el uno al otro miles de veces al día, se peleaban y discutían para reconciliarse. Lo hacían una y otra vez y sabían que, si daban un paso en falso, el público ávido lo aprovecharía y unos desconocidos los desmenuzarían. Esos desconocidos los obsesionaban y muy de vez en cuando se acordaban de que había otras personas en su casa, por ejemplo, sus hijos, quienes, alguna vez, podrían querer o necesitar cierto cariño de sus padres. Sin embargo, los hijos no es el público que murmura insaciablemente sobre la vida de los demás y, por eso, solían dejarlos a un lado.

-Eso no parece una historia de amor ni mucho menos -replicó Sarina mirándolo a los ojos.

-¿Qué es el amor sino esa insistencia pertinaz en que la esperanza tiene que derrotar a la experiencia una y otra vez a pesar de las evidencias en sentido contrario?

Ese escepticismo olía mal, pero también era verdad que él no tenía ningún motivo

para retirar esas palabras.

-Deberías crear una línea de tarjetas de felicitación románticas -contestó ella con ironía, la barbilla levantada otra vez y un pulso acelerado en el cuello que la delataba-. Imagínate todo el dinero que podrías ganar con esa... sinceridad sentimental innecesaria.

-Mi madre le decía a mi padre que era un matón. Mi padre le decía a mi madre que era una falsa. Los dos habrían dicho que su relación era tempestuosa, pero te diré que yo, como el niño que siempre resultaba azotado por esas tormentas entre ellos, solo quería que fuesen las personas que a mí me parecía que eran; un hombre demasiado poderoso y una mujer demasiado hermosa para este mundo.

-Sin embargo, tú echabas la culpa a la casa, no a ellos.

-Hay quien dice que tiene una maldición...

Estaba más cerca de ella de lo que debería estar. Estaba, todo él, concentrado en Sarina, como si la cara de ella, levantada hacia él, hiciera que se quebrara en mil pedazos por dentro. Y él no podía dar un paso atrás.

-Nadie que haya vivido aquí ha sido feliz y los lugareños dicen que nadie lo será. Hasta esos fantasmas están tan deprimidos que no pueden atosigar a nadie.

Él, sin embargo, sí estaba atosigado, lo había estado desde que ella entró en su villa y dio un giro radical a su vida. Ella era su único fantasma y cuanto más cerca estaba más sentía ese arrebatado de reconocerse a regañadientes que lo había acuciado desde que la vio. Además, también se daba cuenta de que a ella no parecía pasarle lo mismo.

-¿Crees que haberte criado con personas que siempre estuvieron como el perro y el gato tuvo algo que ver con tu comportamiento en el sepelio de tu padre?

-¿Por qué está psicoanalizándome, doctora? -Matteo lo dijo en una voz tan baja que no fue ni un susurro, aunque a él le retumbó por dentro-. Eso ya lo hemos dejado atrás, ¿no?

-Tengo que seguir cierto protocolo.

Sarina tragó saliva y los latidos del cuello le indicaban que aunque no estuviese atosigada, como él, sí seguía afectada... y eso era algo. Además, se dijo a sí mismo, eso querría decir algo.

-Tengo que hacer una presentación al cliente después de la tercera reunión -añadió ella.

-Al cliente que no te paga para que hables favorablemente de mí y que, seguramente, la tomará contigo cuando lo hagas.

-Sea cual sea el resultado que busca el señor Sainsworth, me paga para que sea imparcial. Me has oído decírselo a él mismo.

Algo se quebró dentro de él. Le costaba contenerse y no tocarla aunque sabía que eso le indicaría cosas a ella que no quería que supiera, que lo pondría en la misma situación en la que había estado ella el día anterior.

Aun así, dejó que el dedo hiciera lo que quisiera, que le recorriera el mentón antes de bajar y subir por los latidos del pulso en el cuello hasta que notó esas palpitaciones en el sexo.

-Eres temida por tus derribos, no por tus apoyos. ¿Cómo reaccionará Sainsworth cuando la archienemiga de los jefazos proponga que no se despida a un consejero delegado?

Ella le agarró el dedo, supuestamente, para que no siguiera, aunque él era tan perverso que lo tomó como una caricia.

-Me echaste a Jeannette a la cara por un motivo -replicó ella en un tono equilibrado que lo estremeció- y no me gustó. Sin embargo, entendí por qué lo hiciste. Es desquiciante darse cuenta de que tienes cierta razón. Si bien siempre me he enorgullecido de mi imparcialidad, es posible que haya supuesto la culpa en vez de permitir que los hechos me llevaran la conclusión justa, fuera cual fuese.

Matteo no cometió el error de creer que estaba halagándolo o claudicando o disculpándose. Como había hecho él precipitadamente, le recordó una vocecilla insidiosa... e inútil.

La sonrisa de ella seguía siendo afilada como una cuchilla de afeitar.

-Sin embargo, nunca llegaremos a saber si ese informe sobre ti que me exigen es el que te mereces de verdad o si es un botín de guerra porque me has ganado la partida.

-Creo que podré vivir sin saberlo porque da igual.

-A mí no me da igual.

Sarina le apartó la mano y él no se resistió, pero vio, otra vez fascinado, cómo se recomponía ella.

-Señor Combe, la verdad es que no me interesa la historia de su vida -siguió Sarina-, pero cuantos más detalles pueda dar que demuestren que hemos llevado a cabo la tercera sesión, mejor. Entenderá que no solo está en juego su reputación profesional.

A Matteo, por primera vez en su vida, le daba igual su reputación profesional o lo que hacía que se pareciera más o menos a su padre. Debería haber retrocedido y haber seguido yendo de un lado a otro por la biblioteca, pero no hizo ninguna de las dos cosas.

-Creo que te pedí que me llamas por mi nombre de pila -replicó él mirando esos latidos en el cuello que le decían cosas que ella no le diría-. Que no lo hagas me parece una provocación intencionada.

-Creo que todavía hay residuos de la relación de tus padres flotando por aquí como los fantasmas -replicó ella-. Debería darte igual cómo te llamo.

Él pensó en los libros, en los malditos libros con nada dentro, en esas cubiertas de cuero repujado para mostrar un conocimiento que no tenía nadie de esa casa... y eso, por algún motivo, lo enmarañó por dentro y le recordó a ella, a su sabor y a que no había vuelto a ser el mismo desde que se presentó en su villa de Venecia. Además, se temía muchísimo que no volvería a serlo.

-Me parece que deberías ocuparte más de tenerme contento de lo que lo haces. Si soy sincero, creía que eso era lo que conseguiría al chantajear a alguien. Que hicieran reverencias a mi paso...

-Yo creía que tu chantaje se trataba de sexo y bochorno -le devolvió ella con rabia-. No se dijo nada de reverencias.

-Esa parte iba implícita.

Ella se inclinó repentinamente hacia delante con un brillo en los ojos que él tardó en comprender que se trataba de una especie de furia, al menos, en la superficie. Cuando él lo comprendió, su cuerpo reaccionó al instante; se endureció ardiente y... dispuesto.

-La cuestión es que eres tan atroz como cualquier otro hombre al que he hundido -le comunicó Sarina-. La parte graciosa es que ellos sabían muy bien quiénes eran y tú

pareces desconcertado. Te lo aclararé. Los hombres buenos no chantajea. Punto.

-Las mujeres buenas no construyen sus vidas sobre anhelos de venganza -le replicó él en tono tajante-. Te agradecería que no te creyeras que puedes ir por la vida dando lecciones de moral.

-Tengo un objetivo, mi vida tiene significado. No hace falta que tenga sentido para ti ni para nadie. No tiene que ser acertado -ella le arrojó cada palabra como si pudieran cortarlo por la mitad, y él no estaba dispuesto a que ella notara lo fácilmente que podía hacerlo-. Además, me da igual que los hombres soberbios y demasiado seguros de sí mismos como tú se sientan incómodos por lo que hago.

-Sarina, tienes mi mejor disposición hacia ti...

Matteo se rio en voz alta porque la única disposición que tenía era estar dentro de ella antes de que explotara.

-Y tú la malgastas.

Ella puso los ojos en blanco.

-Tu problema es que estás acostumbrado a que la gente te tenga miedo. Yo no lo tengo. Es verdad que no quiero que se divulgue ese vídeo, pero no me das miedo, Matteo.

Él la miró de arriba abajo y vio que tenía las mejillas sonrojadas, que el pecho se le movía por la respiración agitada y que abría y cerraba los puños como si siguiera el ritmo de las pulsaciones del cuello... pulsaciones como las palpitations que sentía él en el sexo.

Además, por algún motivo, le parecía que eso no era algo tan sencillo como furia. A él se le ocurría otra cosa más sencilla, la más sencilla del mundo.

-Doctora, si me deseas, solo tienes que decirlo.

La reacción fue inmediata y como una descarga eléctrica. Se puso rígida y con las mejillas inflamadas.

-Eres un presuntuoso, arrogante, insufrible...

-Sarina, Sarina... -le interrumpió él murmurando su nombre con delicadeza-. Las cosas no se piden así...

Capítulo 8

A LO MEJOR es que no sabes pedir lo que quieres, ¿se trata de eso, pequeña? – siguió él.

Su voz era como sexo y seda, como muchas cosas que ella no sabía nombrar, aunque podía sentir las por dentro como una tentación aterciopelada que la cambiaban.

Ya había estado enfadada. Se había pasado el día encerrada en su suite y repasando una y otra vez lo que había pasado en la habitación acristalada y todas las veces que había estado con ese hombre porque no conseguía entender cómo había acabado allí.

¿Cómo podía ser tan deleznable? Le había arrojado a Jeannette a la cara y la había desafiado de mala manera y, aun así, hacía que sintiera esas palpitaciones ardientes entre las piernas.

En ese momento era peor, mucho peor, y le daban ganas de gritar por las cosas que le había dicho. Se lo tragó, pero no podía hacer nada con esa calidez creciente que se adueñaba de ella y que hacía que ardiera como si hubiese entrado en una sauna y no pudiese respirar por el vapor.

–No me llames así –eso fue lo único que se le ocurrió decir a ella–. No soy tu «pequeña».

Se le encogió el estómago porque él la miró de una forma... distinta, pensativa. Era pura conjetura viril mezclada con algo más, algo que se parecía mucho a la paciencia, paciencia grabada en piedra. Se sintió como si él hubiese llegado al fondo de ella, hubiese hurgado y la hubiese vuelto del revés.

–Eras una niña inteligente –comentó él en un tono pensativo que fue como si conectara directamente con ese calor que la derretía–. Diste el discurso de despedida en la ceremonia de graduación de tu clase y sacaste unas notas muy por encima de la media durante los cuatro años de estudios universitarios.

Ella se había imaginado que podía decirle cualquier cosa menos esa e intentó seguirlo a donde la llevara. En teoría, se le daba muy bien seguir hilos y tejerlos...

Sin embargo, estaba hablando de la vida de ella y lo hacía con un brillo raro en los ojos grises, con esa paciencia que le parecía que no presagiaba nada bueno para ella. Además, y lo que era peor todavía, le costaba recuperar la respiración.

–Gracias, pero estoy al tanto de mi expediente académico.

Eso fue lo único que consiguió decir y no podía entender por qué se sentía temblorosa si no estaba pasando nada.

Bueno... no se sentía bien. Quizá estuviese incubando algo por el estrés de todo eso. Se sentía ingravida y en carne viva, temblorosa y excitada, todo ello a la vez. Estaba húmeda entre las piernas, los pechos le dolían y no podía imaginarse qué le producía todo eso a la vez. Tenía que estar poniéndose enferma.

–Te aplicaste con el mismo rigor durante el doctorado, y, entonces, perdiste a tu amiga.

-Ya nadie habla de ella -intervino Sarina sin alterarse a pesar de lo extrañamente enferma que se sentía-. Han pasado muchos años. La mitad de las personas que conozco no se acuerdan de ella y quienes sí se acuerdan creen que ha pasado demasiado tiempo para sacarla a relucir. Es como si no hubiese existido nunca. Normalmente, me encantaría que su nombre saliera a relucir un par de veces al día, pero tú también has conseguido arruinar eso.

Sus ojos grises como una tormenta dejaron escapar un destello, pero su devastadora boca se limitó a curvarse casi con amabilidad, habría dicho ella si hubiese estado hablando de otra persona. Podía sobrellevar casi cualquier cosa de un hombre como Matteo menos entrever lo que ella se negaba a llamar su humanidad, cualquier cosa menos eso.

-Estoy obligado a tener en cuenta las pruebas, pequeña.

Decía «pequeña» de una forma especial. Debería enfurecerle y ella se aseguraba a sí misma que le enfurecía, pero la verdad era que se sentía débil, como si esas tres sílabas la hubiesen desequilibrado.

-Tanta motivación, concentración y tesón; una amiga íntima que desaparece demasiado pronto; ninguna relación desde entonces; ni siquiera historias de que bebes en los bares de esos hoteles a los que vas... Estoy obligado a preguntarme...

Entonces, él lo empeoró todo. Introdujo los dedos en su pelo y le quitó el pasador que se había puesto para sujetárselo. Ella notó que le caía alrededor de los hombros y no supo a dónde mirar cuando Matteo se enrolló un mechón en un dedo y tiró de él.

-Sarina, doctora Fellows... -su voz fue como un rasguño aterciopelado en el mismísimo centro de ella-. ¿Es virgen?

Notó un timbrazo en los oídos y supo que, de alguna manera, estaba relacionado con el resto de sus males, pero consiguió arquear las cejas, mirarlo a los ojos e, incluso, sonreír ligeramente con suficiencia.

-La virginidad es un constructo patriarcal muy específico y peyorativo. Espero que hasta tú lo reconozcas.

-Has tenido relaciones sexuales o no las has tenido -replicó Matteo con un gesto de paciencia en la boca que parecía más bien un gesto de virilidad burlona-. Puedes construirlo o deconstruirlo todo lo que te divierta.

-No me gusta esa palabra y no creo en ella. Es una unidad de medida ridícula.

Sarina levantó un hombro y lo bajó, pero sabía que no conseguía transmitir toda la indiferencia que le habría gustado transmitir porque estaba... revuelta por dentro.

-Creo que depende mucho de la unidad en cuestión.

-¿Sabes a quiénes les importan cosas como la virginidad? A las preadolescentes excitables y a algunos hombres que deberían ocuparse de otras cosas.

Sin embargo, si él estaba escuchándola, no lo parecía.

-Esa unidad en concreto y, si soy sincero, del hombre que la... enarbola y cómo -siguió él como si ella no hubiese dicho nada-. Es cuestión de talento, no de conocimiento.

-No voy a contestar a esa pregunta -insistió Sarina tomando aire.

Entonces, no pudo describir la expresión que apareció en la cara de Matteo, sobre todo, cuando se rio.

-Bueno, la verdad es que ya has contestado.

Sarina volvió a tomar aire para enzarzarse en otra discusión sobre algo, sobre cualquier cosa, pero Matteo... la levantó en vilo.

Fue como si, de repente, hubiese pasado del mundo real a un universo paralelo donde lo único que podía hacer era sentir. Sus brazos la rodeaban con fuerza; su pecho, duro como una roca, estaba pegado al de ella; el ángulo del cuello, justo a donde quería ir su boca, y ese olor ardiente y viril con ciertas especias...

Dejó escapar un sonido que no reconoció como propio cuando notó que la espalda chocaba contra la pared. Él la sostuvo allí con la presión del cuerpo mientras le levantaba las piernas con las manos para ponérselas alrededor de la cintura.

-¿Qué estás...? ¿Qué es...?

No podía encontrar las palabras ni construir las frases. Solo existía Matteo, granítico y pegado a ella... y su mirada casi seria, de certeza, que hizo que se estremeciera de una manera completamente distinta.

Se preguntó si había querido precisamente eso desde el principio, si su cuerpo habría sabido cosas que no había sabido ella desde que conoció a ese hombre en Venecia.

-Hay distintas maneras de luchar, pequeña -contestó él con una voz ronca y perfecta a la vez-. Te lo demostraré.

Inclinó la cabeza y la besó en la boca.

Fue un beso ardiente y desenfrenado. Como si la hubiese alcanzado un rayo.

Dejó de pensar y le rodeó el cuello con los brazos. Se alegró de que él le hubiese puesto las piernas alrededor de su cintura y pudo apretarlas con fuerza. Notó el abultamiento debajo de sus pantalones y, siguiendo algún conocimiento ancestral de las mujeres, contoneó las caderas para pasar esa calidez húmeda por encima.

Si estaba enferma, él la enfermó más y la mejoró al mismo tiempo, hasta que no pudo saber la diferencia. Lo único que hacía que los pechos dejaran de dolerle era que le dolieran más, placenteramente, cuando los aplastaba contra su pecho. La besaba como si fuera suya, como si la conociera por dentro y por fuera, e inclinaba la cabeza de un lado a otro para encontrar el mejor ángulo... y ella se deleitaba.

Si eso era una lucha, había estado esperándola toda su vida y se lanzó de cabeza sin pensárselo dos veces. Le daba igual que hubiese todo un equipo de rodaje y ni siquiera le importaba que él estuviera retransmitiéndolo en directo a todo el mundo.

No había sabido que alguien pudiera tener ese sabor que anticipaba un placer desahogado, viril y satisfactorio. No había sabido que podía sentirse tan ardiente entre las piernas y encajar tan bien con él, arqueándose contra él como si hubiese cobrado vida allí y en ese momento, entre los brazos de su enemigo. ¡La cantidad de cosas que no había sabido!

Matteo se movió, bajó la boca al cuello y prendió más llamas que le recorrieron todo el cuerpo.

-Agárrate -le aconsejó él.

Entonces, soltó una ristra de palabras que a ella le parecieron juramentos en italiano y que le sonaron como música celestial. Se agarró con más fuerza y él introdujo una mano entre ellos para soltarle el cordón de los pantalones.

Encontró fácilmente su hendidura derretida y posó la mano donde más la necesitaba ella. Hizo algo con los dedos, firmes y con pericia a la vez, y ella ardió en llamas.

Se estremeció y el mundo se estremeció con ella y no entendió lo que estaba pasando

hasta que se encontró sobre la mullida alfombra con él encima.

Le dio igual porque Matteo estaba besándola otra vez y ella no había sabido hasta ese momento que algo pudiera quemar tanto y ser agradable. Además, no había hecho eso antes, pero eso tampoco importaba gran cosa porque había luchado toda la vida y también lucharía en ese momento para estar más cerca, para paladearlo por todos lados una vez que sabía lo que era, y lo que le gustaba hacerlo.

Matteo le quitó el jersey por encima de la cabeza y lo tiró a un lado y ella hizo lo mismo con la camisa de él.

La tumbó de espaldas y le tomó los pechos con la boca y las manos hasta que se arqueó gimiendo su nombre... hasta que le tocó ponerse encima de él y deleitarse con cada centímetro de ese pecho increíble.

Él la detuvo cuando estaba bajando por los surcos del abdomen y se acercaba a la cinturilla del pantalón. Se apartó rodando por el suelo mientras se quitaba los pantalones, y Sarina hizo lo mismo.

-Vas a matarme... -susurró él en un tono tan sombrío que no pareció su voz.

-Entonces, nos convertiremos en unos fantasmas de la mansión de los Combe, como todos los demás.

Ella sentía una avidez deslumbrante que no había sentido jamás y se arrastró hasta ponerse encima de él con unas ganas irresistibles de abrasarse otra vez. Él no se opuso y se rio sobre su boca mientras ella se frotaba contra él. Estaba ebria por la sensación de sentir su carne contra la de ella y creyó que podría seguir así toda la vida... hasta que, claramente, él se cansó. Intentó mirarlo detenidamente y vio que su boca era esa línea seria otra vez y que su mirada era como... lluvia. Además, sus manos en las caderas no permitían discusión alguna.

La levantó y la movió hasta que notó que la parte más dura de él intentaba abrirse paso donde ella estaba más blanda y ardiente.

-Solo tienes que tomar lo que puedas -le dijo él.

Su expresión era de convencimiento, como su voz, y ella confiaba en él, algo que no quería analizar en ese momento, y, sobre todo, lo deseaba, como deseaba todo eso.

Apoyó las palmas de las manos en su pecho, se colocó lo mejor que pudo y poco a poco, muy despacio, fue introduciéndoselo.

Notó un pinchazo, como un rasguño, y se detuvo, pero se pasó y siguió. Cuando lo tuvo completamente dentro, estaba al rojo vivo otra vez y podía notar la tensión de él.

-Ahora, ¿qué? -preguntó ella sin respiración.

Estaba fuera de sí y, sin embargo, completamente concentrada en el hombre que tenía debajo... y en esa parte de él que tenía dentro.

-¿Te duele? -le preguntó él.

-Te dije que «virgen» solo es una palabra.

-Que ya no podrá aplicarse a ti -añadió él con una voz cavernosa que le llegó hasta el rincón más remoto de su cuerpo-. Ahora, solo tienes que moverte como quieras.

Sarina experimentó un poco, contoneó las caderas, se levantó y volvió a bajar... todo la enardecía por igual. Se sentía inmensamente poderosa y, aun así, delicada y derretida en lo más profundo de su ser.

No supo cuándo dejó de experimentar y empezó a jadear mientras se estremecía y buscaba algo...

-Sarina -la voz de él fue áspera, pero solo consiguió que ella quisiera más-. Tienes que rendirte antes o después...

Ella quiso decirle que no sabía cómo se hacía, que se resistía, que rendirse no iba con ella... Hasta que él introdujo una mano entre los dos e hizo algo maravilloso... y algo deslumbrante estalló dentro de ella una y otra vez.

Entonces, él le dio la vuelta, la tumbó de espaldas y entró más profundamente, le enseñó, así de rápida y precisamente, la diferencia entre tontear y la pasión. Llegó a un clímax y, directamente, a otro y a otro más hasta que solo se oyeron unos sollozos y supo que tenía que ser ella. Tampoco iba con ella que eso le importara cuando estaba ardiendo y creía que no iba a parar nunca... y cuando él la siguió, ardió igual, y ella oyó que decía su nombre.

Cuando volvió en sí, Matteo estaba moviéndose. Había sacado un cubrecama de algún lado y volvió a tomarla en brazos. Ella apoyó la cabeza en la inmensidad de su hombro y se preguntó si alguna vez conseguiría volver a juntar todos los trozos de sí misma... o si quería hacerlo.

Sobre todo, cuando estaba casi segura de que había cosas latentes que no quería ver.

Matteo la subió por las escaleras y la llevó por un pasillo que no había visto antes. Al final, abrió una puerta y entró en unos aposentos mucho más suntuosos que los de ella y con unas ventanas desde las que se veían las luces del pueblo que había debajo. No la llevó a la cama que dominaba toda la habitación sino al cuarto de baño incorporado. La dejó de pie y esperó a que se estabilizara. Ella quiso decirle que no hacía falta, pero la boca no le funcionaba como antes.

Entonces, la soltó y ella se desmoronó cuando le flaquearon las rodillas. Se agarró al borde de la inmensa bañera y solo pudo mirar mientras él la llenaba.

Cuando el agua ya humeaba, la tomó en brazos, la metió en el agua y el corazón le dio un vuelco cuando él también se metió. Apoyó le espalda en uno de los extremos de la bañera, ella hizo lo mismo en el otro y entrelazaron las piernas con una intimidad que hizo que el corazón le diese otro vuelco.

Entonces, de repente, todas las cosas que debería haber recordado la zarandearon e hicieron que pensara que...

-Basta... -Matteo lo dijo con la voz ronca, como cuando estaba dentro de ella, y se estremeció como si lo estuviera-. No pasa nada, Sarina.

Ella lo miró con el ceño fruncido, pero él volvió a moverse, la levantó, le dio la vuelta y la dejó con la espalda pegada al pecho de él.

Había estado dominándose toda la vida. Primero, para estar a la altura en el terreno académico como hija única de dos intelectuales superestrellas que casi ni se enteraban de que existía. Luego, se había aferrado a Jeannette, a su hermana del alma, con toda su fuerza, había construido su vida alrededor de esa relación.

Jamás se le había pasado por la cabeza dejarse ir, diría que no sabía cómo se hacía.

Sin embargo, allí, metida en esa agua caliente que era como la seda sobre la piel y con Matteo ardiente y... dispuesto debajo y alrededor de ella, se sentía... abierta y, por una vez en su vida, no lo pensó dos veces y se dejó ir.

Se despertó por la luz, porque le gustaba dormir con las cortinas completamente

cerradas. Era la única manera de sobrellevar el inevitable jet-lag cuando iba detrás de ejecutivos ruines por todo el mundo.

Nunca jamás dejaba las cortinas descorridas.

Se despertó con el ceño fruncido y desorientada... hasta que notó que él se movía en la inmensa cama y se acordó de dónde estaba y, lo que era peor, de con quién estaba.

Abrió los ojos como impulsados por un resorte y el impacto de la cruda realidad fue tan fuerte que le extrañó que no vomitara allí mismo.

Había sido una noche muy larga, como una especie de sueño. Se había dejado ir en la bañera y luego... había sucedido. Había apoyado la cabeza contra él, que la había besado en la boca y había acabado llevándola a la inmensidad de su cama, donde le habían enseñado todo lo que no sabía y lo placentero que era aprenderlo una y otra vez hasta que quedó desfallecida y saciada de sensaciones.

No había pensado ni una sola vez que ese hombre estaba chantajeándola, que tenía su porvenir en sus manos o que ella se había puesto exactamente ahí, entre sus manos, y voluntariamente. No se había parado a pensar en las consecuencias profesionales y, sobre todo, en que se había acostado con un hombre que no era su cliente, pero solo por un tecnicismo. En teoría, debería estar psicoanalizándolo.

No había pensado en nada de todo eso y tampoco había pensado en que se había traicionado de muchas maneras e iba a seguir traicionándose a lo largo de esa interminable noche.

Lo que era peor de todo, no había pensado ni una sola vez en que estar en la cama de ese hombre era una traición absoluta a Jeannette.

Notó que se le revolvía el estómago y que el corazón le latía con tanta fuerza que le extrañó que no despertara al hombre que estaba dormido a su lado.

Se sentó en el borde de la cama y se levantó. Vio las primeras luces que iluminaban los viejos edificios de ladrillo y las estrechas calles del pueblo y el resplandor del río. Se sintió más desorientada todavía mientras recorría la habitación, pero encontró el cubrecamas que había utilizado él cuando la llevó arriba, se envolvió en él y salió de puntillas.

Tardó más de lo que debería haber tardado en salir de esa ala de la casa, donde no había estado nunca, y en encontrar el camino de vuelta a la biblioteca. La ropa, que había dejado tirada por el suelo, estaba impecablemente doblada en una butaca y le recordó que los empleados, como mínimo, sabían perfectamente lo que había hecho.

Eso era real y había sucedido.

Un bochorno asfixiante se adueñó de ella mientras se vestía. Luego, volvió corriendo a su cuarto, tiró sus cosas dentro de la maleta y fue hasta la puerta antes de que pudiera pensárselo mejor o, peor todavía, pudiera convencerse a sí misma para quedarse cuando había dejado que Matteo Combe la arruinara, cuando había colaborado entusiastamente y de todas las maneras posibles en su propia deshonra.

El sollozo que sentía en la garganta era demasiado grande y sabía que, si lo soltaba, acabaría tumbándola. Lo contuvo, consiguió dominarlo.

Tal y como le había dicho Matteo, con esa insolencia tan típica de él, tardó un hora en llegar al pueblo, donde tomó un taxi cerca de la parada del autobús de línea y pidió que la llevara a la ciudad de York. Una vez allí, esperó en la estación de tren hasta que pudiera tomar el primero con dirección a Londres.

No sabía en quién se había convertido en brazos de Matteo Combe, pero sí sabía que no podía volver a ser esa mujer lasciva, excitada y dispuesta... Que anhelaba su contacto, que lo anhelaba a él. Esa mujer que no había sido nunca, esa mujer que, si era sincera, despreciaba, que se entregaba en cuerpo y alma a un hombre como él.

Como si se hubiese creído que podía hacer algo tan irreflexivo sin pagar por ello cuando sabía que, antes o después, pagaría por todo ese placer. Ya sabía cómo acababan esas cosas, a dónde llevaba tocar a un hombre como Matteo.

Llevaba directamente a las lágrimas, la pérdida y la desesperanza, lo quisiera ella o no.

Capítulo 9

A LA MAÑANA siguiente, cuando se despertó del todo, Matteo supo que estaba solo en la majestuosa cama de la mansión de los Combe, otra parte de su herencia le gustase o no.

Se dio la vuelta y pasó una mano por donde había dormido Sarina... o, para ser más exactos, había descansado un poco entre los arrebatos de pasión más desenfrenados que él había vivido en su vida.

Las sábanas estaban frías. Se tumbó de espaldas y se frotó la cara como si así pudiera evitar pensar en todas las cosas que lo dominaban por dentro como esos fantasmas que, aunque no quisiera reconocerlo, podía sentir como si fuesen de verdad, sobre todo, en un sitio como ese.

Nunca había sido un playboy. Él, al revés que muchos de los hombres que había conocido y que se habían criado como él, con una cuenta bancaria bien surtida y sangre aristocrática en las venas, nunca había intentado distinguirse por las marcas en el poste de la cama, nunca había coleccionado mujeres hasta la saciedad.

Eso no quería decir que no se lo hubiese pasado bien, pero nunca como esa vez. Nunca se había sentido tan descontrolado, tan necesitado de seguir paladeándola, de seguir haciendo que gritara su nombre...

Sintió que esa necesidad se adueñaba de él otra vez, que otra vez estaba... dispuesto, como si no se hubiese pasado toda la noche entregándose a ella. Sarina tenía algo que lo desequilibraba, aunque él era quien tenía experiencia y ella era la inocente.

Inocente.

Esa palabra lo estremeció, retumbó dentro de él como algo primitivo y tardó en aceptar que lo que sentía era posesivo, profunda, increíble e inexplicablemente posesivo.

Él había sido el primero para ella. Él le había enseñado a complacerlo, y a complacerse a sí misma, de todas las maneras posibles. La había tomado una y otra vez y, cuando había estado seguro de que ya había recibido todo lo que quería, ella había reptado para ponerse encima de él y había empezado el baile otra vez. Jamás había sentido algo así. Para su espanto, había sido como una adicta, completamente ávida, como si él, en definitiva, solo fuese un hombre.

Se incorporó en la cama, se levantó y fue a la ducha. El agua caliente le aclararía la cabeza, le borraría esa sensación tan rara.

Sin embargo, cuando salió de entre el vapor, se sentía tan alterado como antes, como si ella lo hubiese descompuesto cuando estaba encantado con la forma que tenía.

En teoría, eso era un pasatiempo. Ella había basado su profesión en la sed de venganza y él, encantado de la vida, la había chantajeado a cambio. Entonces, ¿por qué no podía dejar de pensar en los sonidos que había emitido cuando estaba completamente dentro de ella, tan entregado que no estaba seguro de cómo se

llamaba?

Se vistió de prisa y corriendo y volvió a bajar a la biblioteca sin pasar por al cuarto del desayuno. Se sentó rodeado de esos ostentosos lomos de libros que no eran libros y se dijo que le daba igual lo que tuviesen dentro. No tenía por qué avergonzarse de seguir siendo opaco. Que todo el mundo se hubiese vuelto loco y fingiera valorar la transparencia de todo no significaba que él tuviese que compartir esa obsesión.

Solo tenía que mirar por las ventanas para recordarse que había sitios donde la historia pesaba y lo mantenía todo, más o menos, como había estado durante siglos. ¿Por qué iba a ser él el Combe que pudiera cambiarlo?

Abrió el ordenador portátil, dejó el móvil encima de la mesa y se puso a trabajar con la concentración y la rabia de un hombre que no pensaba abrir los distintos compartimentos que había dentro de él y husmear lo que contenían.

Si había aprendido algo en su vida, era que la vida interior de una persona tenía que quedarse donde estaba para que no se convirtiera en conjeturas de la prensa sensacionalista.

La mañana pasó entre negociaciones, conflictos por contratos y llamadas a los vicepresidentes repartidos por el mundo... y todas las veces que tuvo que defenderse, sin parecerlo, de la insidiosa campaña que había puesto en marcha Roderick Sainsworth con lo que le había contado Sarina, se sintió agradecido.

Le recordaba quién era, quién había sido siempre y por qué había grabado ese vídeo.

A medida que fue pasando el día sin ver ni rastro de Sarina, fue comprendiéndolo. Era esa irritante sensación de inquietud con la que se había despertado y no había sofocado todavía. No le gustaba. Estaba seguro de que a Sarina, con lo poco que le gustaban los hombres como él, le parecía todo más ofensivo todavía.

Incluso, podría haberle parecido hasta divertido que, al parecer, se hubiese largado en vez de afrontar lo que había pasado entre ellos. Sin embargo, cuando se ya acercaba la noche, la cosa le hizo menos gracia. Le corroía por dentro que Sarina estuviese tan aturdida por lo que había pasado que se hubiese marchado para no afrontarlo, o, mejor dicho, para no verle a él.

Recorrió la mansión y el humor se le fue ensombreciendo más con cada paso que daba. Pasó junto a los imponentes retratos de sus antepasados y fue fijándose en todos ellos. Todos eran hombres curtidos. Iban vestidos a la moda del momento e intentaban parecer más aristocráticos que lo que eran, aguerridos e inflexibles. Capaces de escalar puestos en la sociedad, pero incapaces de quitarse ese acento que los delataría siempre. Al menos, eso le había contado siempre su padre cuando él ponía ese acento refinado que había aprendido en los carísimos y elegantes colegios a los que había ido.

Además, dudaba muchísimo que a alguno de esos antepasados, como a su corpulento tatarabuelo, que había sacado a la familia de la pobreza con sus manos y un montón de inventiva, le interesara lo más mínimo un descendiente que estaba obsesionado con una mujer que ni siquiera podía ver el camino por el pasillo.

No le gustaba pensar así de sí mismo, pero ¿cómo iba a pensar?

Sobre todo, cuando estaba acercándose a la suite de invitados, donde se alojaba Sarina, y ya notaba que el cuerpo lo traicionaba, que suspiraba de anhelo.

Llamó con firmeza a la puerta y entró, pero no la vio por ninguna parte.

Tardó un rato en caer en la cuenta de que no estaba simplemente fuera de sus

habitaciones. No había equipaje. En realidad, no había indicio alguno de que hubiese pasado por allí. Retrocedió apretando tanto los dientes que temió rompérselos.

-¿Dónde está la doctora Fellows? -le preguntó a la primera empleada doméstica que vio.

-Creía que lo sabía, señor...

La mujer pareció muy nerviosa y él hizo un esfuerzo para intentar dominar la expresión de la cara.

-Se marchó esta mañana temprano. Andando -añadió ella.

Él no sabría nunca lo que dijo cuando replicó.

Esperó hasta la mañana siguiente y entonces la llamó desde la biblioteca, desde donde había paladeado por primera vez su inocencia. Miraba por la ventana el cielo plomizo mientras le parecía que el peso de esa mansión y del industrial valle podía hacerle papilla.

-Doctora Fellows -contestó ella como si no supiese quién estaba llamándola.

Quizá creyera que así podían volver a tener un trato profesional, aunque, ahora que la había paladeado, tenía que preguntarse si alguna vez habían tenido un trato profesional.

-Me parece que no acabas de entender lo que es un chantaje, Sarina -comentó él con mucha calma.

-Creí que habíamos acordado las condiciones -replicó ella con frialdad-. No encontré ningún motivo para quedarme. ¿Acaso creía que podía tenerme encerrada en esa casa para siempre?

-Evidentemente, no te he tenido encerrada. Si no, seguirías aquí.

Eso lo dijo Matteo con menos calma, pero ella no le hizo caso.

-Dentro de una semana voy a hacer la presentación a su consejo -siguió Sarina como si estuviesen hablando de la lista de la compra-. Lo añadiré al grupo de videochat. Si mi actuación no le gusta por algún motivo o le parece que debería esforzarme más, podemos comentarlo.

Hasta la manera de hacer las pausas era desdeñosa y él no entendía ese bramido que oía por dentro y que quería recordarle a ella lo que había pasado, que se había derretido en sus manos una y otra vez, que se había rendido y le había dado una lección de humildad al hacerlo. Incluso, lo había cambiado aunque todavía no iba a aceptarlo.

-¿Cree que tenemos que comentar algo más, señor Combe? -preguntó ella en un tono tan frío como desafiante.

-Creo que no -contestó él con la misma frialdad.

Matteo dejó el teléfono, miró el ambiente frío y húmedo y se dijo que no sentía nada, nada en absoluto.

Una semana después, estaba en su despacho de Londres y miraba a Sarina, quien se dirigía con seguridad a la cámara. Sabía que estaba hablando de él, o del personaje que habían creado entre ella, el consejo y los omnipresentes paparazis, pero no podía concentrarse en eso. Hacía unas semanas, habría dicho que no había nada más importante en el mundo que su papel en esa empresa, se habría reído de la mera idea de que pudiera concentrarse ni un segundo en otra cosa que no fuese la empresa, pero, ese día, no podía concentrarse en otra cosa que no fuese Sarina.

Estaba impecable y eso le irritaba porque la recordaba sonrojada y con lágrimas en los ojos, derrumbada sobre él con la piel resplandeciente, dulce y ardiente. Ese día, tenía el pelo negro y tupido recogido en un moño muy terso, los pómulos eran tan prominentes como los recordaba y la boca igual de carnosa y tentadora. Llevaba la ropa negra que tanto le gustaba, sonreía con mucha frialdad y mantenía las manos cruzadas encima de la mesa.

Detrás de ella se veían unos estantes llenos de libros y él estuvo seguro de que se había leído hasta la última línea de todos los tomos porque Sarina era auténtica... Una vocecilla le susurró que él era el falso.

Quizá fuese un fantasma de todas las vidas que había tenido a su alcance y que, al final, solo habían llegado a ser una decepción detrás de otra.

No le extrañaba que ella hubiese huido como si la persiguieran los lobos, sin siquiera dejarle una nota.

Incluso ese hombre del que ella hablaba en ese momento, el Matteo Combe al que, según ella, había caracterizado tan minuciosamente, era un fraude, una creación del deseo de él y la claudicación de ella.

-Cuanto más hablábamos el señor Combe y yo, más me convencía de que su comportamiento durante el sepelio de su padre tenía más que ver con el comprensible dolor por haberse quedado huérfano tan repentinamente que con algún defecto de su personalidad -estaba diciendo ella-. Me parece de dudoso gusto aprovecharse de la debilidad de un hombre. Podría decirse que es otro golpe bajo.

Si Matteo no supiese la verdad, podría haber pensado que ella se lo creía, que creía en él... ¿y cuándo había querido él eso de ella o de alguien?

Que él supiera, Sarina era su única debilidad, y que se hubiese aprovechado de ella en beneficio propio hacía que no fuese mejor que su padre, lo cual era otra forma de decir que sus peores temores se habían hecho realidad. Unos temores que siempre habían estado en conflicto con el afecto que había sentido por Eddie... y tenía que quedarse allí, sentado en su amplio despacho, y observar mientras pasaba.

Además, creía que ya sabía por qué sentía ese destello de reconocimiento cada vez que la veía, como si la hubiese perdido hacía mucho tiempo y acabara de encontrarla otra vez, aunque quizá fuese más exacto decir que temía saberlo.

Sin embargo, nunca se le había dado muy bien ser humano y ella no quería saber nada del hombre que la había chantajeado. Por eso, tendría que guardarse lo que sabía o dejaba de saber, como otro fantasma que arrastraba las cadenas, mucho ruido sin ningún resultado.

Eddie Combe había sido muchas cosas, pero nunca había sido... improductivo. Él tendría que resignarse a vivir con eso.

Cuando Sarina terminó su pulcra y profesional presentación, el resto de consejeros hablaron entre ellos.

-Estoy satisfecho en todos los sentidos y me alegro de que podamos dejar atrás este capítulo -intervino lord Christopher Radcliffe antes de arquear una ceja a Roderick por encima de la resplandeciente mesa-. Estoy seguro, Roderick, de que estarás tan aliviado como yo de que tus temores fuesen infundados...

-Es como si me hubiesen quitado un peso enorme de encima -masculló Roderick Sainsworth entre dientes.

Había echado un pulso y lo había perdido. Matteo debería sentirse como un dios, pero, en cambio, deseaba a la única mujer en el mundo que no soportaba mirarlo como si fuese un hombre, no un experimento científico.

Ella había desconectado en cuanto terminó su presentación, cuando ya había representado su papel.

-Gracias, señores -intervino Matteo cuando le tocó dirigirse a su monitor-. Agradezco su preocupación por mi estado de salud y el de Industrias Combe, que ha llevado a esta pequeña incursión en la psicoterapia, y me alegro de que la gran doctora me considere plenamente apto para que siga dirigiendo la empresa de mi familia, como estaba previsto.

Cuando todo el mundo se desconectó, Matteo se quedó mirando fijamente la pantalla en blanco y se dijo a sí mismo que debería estar feliz porque tenía todo lo que quería, absolutamente todo... y se lo repitió una y otra vez porque estaba seguro de que, así, acabaría creyéndoselo.

Una semana dio paso a otra y a una tercera.

Matteo se concentró en la empresa porque era lo único que tenía y lo único que sabía hacer. Dependía de él dejar claro que, al margen de que el consejo hubiese llegado a querer destituirlo, estaba plenamente preparado para llevar a Industrias Combe al siguiente nivel, para mejorar la tradición familiar, lo que significaba no ser ni su padre ni ninguno de sus antepasados, algo que ya había incumplido en su vida personal.

Para remediarlo, si dispuso a viajar por todo el mundo para visitar personalmente todas y cada una de las oficinas, por muy remotas, pequeñas o secundarias que fueran.

Dos meses después, Matteo vio por primera vez a su medio hermano en una conexión de vídeo desde Londres cuando estaba visitando las oficinas de Combe en Perth, Australia.

-Te habría reconocido en cualquier sitio -había comentado él mientras miraba al hombre que salía en la pantalla.

Dominik era alto y moreno y tenía los mismos ojos grises que los dos habían heredado de su madre. Era mucho más fornido que Matteo y tenía el pelo oscuro casi demasiado largo, pero no había duda de que eran familiares.

-Hermano...

Dominik lo había dicho con la voz ronca y un brillo en los ojos que le habían indicado que quizá hubiese sido un ermitaño, pero que no era un apocado.

-Es un placer casi conocerte -había añadido.

Matteo lo consideró como una reunión familiar más que aceptable.

-¿No va a volver inmediatamente? -le preguntó Lauren una vez que Dominik se había marchado del despacho.

En realidad, lo miró con el ceño fruncido en vez de mirarlo apaciblemente e insinuar el enojo, algo que era un cambio muy considerable en su imperturbable secretaria.

-¿Puede saberse qué quiere que haga con su hermano, al que no conoce, mientras usted está viajando por el mundo?

Él se encogió de hombros y se alegró de estar en Perth, de no poder volver inmediatamente aunque hubiese querido.

-Civilízalo, Lauren. Es un San Giacomo. Enséñale lo que es eso antes de que la prensa lo haga trizas.

-Con el debido respeto, señor, ¿no es un trabajo que solo puede hacer usted? -le preguntó Lauren en un tono que indicaba que creía que le debía muy poco respeto.

Sin embargo, él estaba haciendo su trabajo, estaba viviéndolo. En ese momento, después de esas semanas viajando, entendía que podía haber mujeres que distrajeran a un hombre, hijos que reclamaban atención y todo tipo de complicaciones familiares, pero la empresa permanecía por encima de todas esas pequeñeces humanas, la empresa estaba desde antes que él y seguiría estándolo después, como la villa San Giacomo en Venecia. Él solo era un custodio que protegía lo que habían levantado sus antepasados para entregárselo, a ser posible mejorado, a quien llegara después de él.

-Matteo, tenemos un hermano -le había dicho un día su hermana Pia por teléfono y sin disimular que se sentía dolida, lo que le había indicado que lo había visto en las noticias-. Podrías haberme llamado para decírmelo y no dejar que me enterara como el resto del mundo.

-No te lo dije porque no sabía si lo encontrarían alguna vez.

-Tampoco me llamaste cuando lo encontraron ni después de que se casara con tu secretaria.

-Creía que me llamabas para contarme que tú te habías casado -replicó él en vez de contestarle a su hermana.

No le contestó porque no sabía qué contestarle. ¿Estaba él fingiendo que no estaba pasando nada de todo eso? La muerte de sus padres, el cambio de estructura de la familia, la boda de Pia, celebrada en privado por su inminente maternidad...

Sin embargo, sus padres estaban muertos y no los conocería mejor de lo que los conocía; ya no era el hermano mayor y el heredero de San Giacomo, algo que siempre había sido uno de los pilares básicos de su vida; su hermana pequeña, quien siempre lo había mirado con admiración y era la única persona de su familia a la que había querido incondicionalmente, tenía que ocuparse como quisiera de su propia y enrevesada vida.

Él, en cambio, estaba en una oficina de Hong Kong y pensaba en Sarina.

-La familia es un embrollo -comentó su hermana al cabo de un rato y en un tono que él decidió no analizar-. Mira a nuestra madre...

-Preferiría no hacerlo.

Efectivamente, no lo había hecho nunca. Alexandrina nunca se había interesado por ese hijo que, según se quejaba ella, se parecía demasiado a su padre. Quizá el motivo fuese Dominik, su verdadero hijo mayor, pero eso no cambiaba nada, había sido muy distante durante toda su vida y él no sabía bien cómo llorarla cuando no la había conocido casi.

-Cásate tú en contra de tu voluntad -siguió Pia en un tono sombrío-. No creo que te fuese mucho mejor.

-Pia, ¿es una petición de ayuda? -le preguntó Matteo pasándose una mano por la cara.

Él, después del sepelio, se había prometido a sí mismo, y a Pia, que no se metería en su vida personal.

-No, claro que no -aun así, Pia se quedó un rato en silencio-. Quizá hubiese sido

mejor dejar a nuestro hermano donde estaba.

-Eso es algo que tendrá que decidir él mismo.

Eso era lo que se había dicho a sí mismo y lo que creía pasara lo que pasase.

-Me parece bien -concedió Pia-. Ya deberías volver, Matteo, ha pasado mucho tiempo.

Sin embargo, pasaron otras seis semanas antes de que se planteara volver a Londres y, de camino, decidió hacer una parada de trabajo en San Francisco.

-Te felicito por esta campaña personal -le dijo su abogado estadounidense con una sonrisa cuando se encontraron en un exclusivo bar-. Tiene que ser agotador, pero ya está dando grandes resultados. Ha sido una maniobra brillante darle la vuelta al follón en el sepelio de tu padre para convertirlo en un presagio de la nueva era de Industrias Combe.

Matteo había leído los artículos que se preguntaban si había un Combe con corazón. En ese momento, era una especie de héroe, un hombre que había defendido a su hermana y que luego había decidido deshacer el amargo legado de su padre con un inesperado viaje de contacto personal. Eso era exactamente lo que había querido... y no sentía nada.

-Me alegro de que tenga el efecto deseado -replicó él intentando no tomarle manía a esa sonrisa perenne.

Ya se arrepentía de haber parado allí. Llevaba demasiado tiempo fuera de Londres y lo sabía. Además, aunque le alegraba que estuviera sirviendo para rehacer su imagen, y la de la empresa, ese viaje había sido un inmenso error del cálculo porque se había encontrado solo por todo el mundo, en una habitación de hotel detrás de otra y reviviendo aquella noche en la residencia Combe con Sarina. Se había pasado esos meses haciendo el amor a un fantasma y había acabado temiendo que él también se hubiese convertido en uno.

No era real por mucho alcohol que bebiera con hombres sonrientes y trajeados como el que tenía delante esa noche, eso no llenaba con palabras e historias las páginas en blanco de aquellos libros, solo ahondaba el repujado en oro de sus lomos.

-No mires ahora -le dijo su acompañante.

Matteo estaba de espaldas a la puerta y no se le habría ocurrido darse la vuelta aunque había oído que el ruido subía un poco de volumen.

-Tienes la oportunidad de demostrar, sin que quede la menor duda, que ese tontería con tu consejo de administración no te ha afectado lo más mínimo -añadió el abogado.

-Llevo meses sin pensar en eso -mintió Matteo.

-Ningún momento como este -siguió su abogado, que ya no sonreía-. Te aseguro que es lo que está pensando todo el mundo en este momento aunque no hayan pensado en eso desde entonces. Además, te reconocerán si no te habían reconocido todavía.

Matteo siguió la mirada de su abogado y se giró hacia la puerta que llevaba a la calle. Había un barullo de gente que exclamaba como se hace cuando se quiere aparentar cortesía.

Entonces, de repente, ese muro de personas se abrió y apareció ella, Sarina.

Matteo se quedó helado, pero, por una vez, no lo atenazó el hielo, era demasiado ardiente para ser eso, demasiado eléctrico.

Su abogado seguía hablando, pero él no podía entender lo que estaba diciendo

porque ella estaba allí y él, en ese momento, se daba cuenta de que había ido por ese motivo, había ido a la ciudad de ella como si hubiera querido tentar al destino, y había ganado.

Además, llevaba tanto tiempo viendo su cara en la cabeza que había empezado a creer que estaba idealizándola, que nadie podía ser tan perfecto como él la recordaba. Sin embargo, a juzgar por lo que estaba viendo, había infravalorado su belleza y cuánto le afectaba.

El pelo sedoso, la nariz fina y delicada, los ojos oscuros, la boca, los pechos erguidos y el...

Su mirada, ávida por embeberse de ella después de tanto tiempo, se detuvo en su abdomen.

Aquella noche se pasó horas aprendiéndose cada centímetro de ella. Se había concentrado especialmente en sus caderas, en su ombligo y la suave pendiente que llevaba a la abrasadora humedad entre las piernas... y la última vez que la vio estaba plana, no tenía esa prominencia redondeada que resaltaba el ceñido vestido.

Fue como si una bomba hubiese detonado dentro de él y le asombró darse cuenta de que seguía entero.

Había sido un hombre que había viajado por el mundo acompañado por sus fantasmas y que, como un zombi, había ido entrando y saliendo de hoteles y oficinas, pero, acto seguido, en ese momento, estaba vivo.

Virulentamente vivo, dominado por una rabia tan profunda e intensa que le sorprendía de verdad que no hubiese trozos de él esparcidos por todo el bar, que el bar siguiese en pie, que San Francisco no fuese un montón de escombros.

Se levantó del asiento sin prestarle la más mínima atención a su acompañante y la multitud fue abriéndose para dejarle paso.

Tenía la mirada clavada en Sarina como si pudiera escaparse, como si pudiera darse media vuelta y salir corriendo en cuanto lo viera, pero se dio cuenta de que no tenía ni idea de lo que haría ella, aunque sí sabía lo que haría él.

Sarina estaba hablando con el grupo que la rodeaba y asentía con la cabeza como si estuviese enfrascada en la conversación, pero Matteo vio el preciso instante en el que ella percibió que él se acercaba. Seguramente, porque sería como una llamarada justiciera dirigida hacia ella.

Se quedó callada a la mitad de una frase y toda una serie de emociones se reflejaron en su precioso rostro, aunque él distinguió una por encima de las demás. Remordimiento.

La visión se le tiñó de rojo y el corazón le retumbó en el pecho, aunque él creyó que no se detendría ni aunque se le parara en ese instante.

-Matteo...

Ella susurró su nombre o quizá fuese una plegaria, pero a él le dio igual.

-Doctora Fellows. Qué sorpresa en más de un sentido -replicó él aunque no reconoció casi su voz.

Ella se apartó del grupo y se despidió de ellos con la mano, pero no dejó de mirarlo. Esa mujer era muchas cosas, esa mujer le había dado un vuelco a su vida y lo había hundido, pero no era tonta.

-Matteo -Sarina se aclaró la garganta-. La cuestión es...

-Creo que tengo que darte la enhorabuena.

Matteo la interrumpió en un tono aterciopelado y amenazante que debería haber tirado abajo todo el edificio.

-Además, me apostaría cualquier cosa a que, si me pongo a pensarlo, adivinaría con toda precisión de cuánto tiempo estás. ¿Hacemos la prueba?

-Matteo, la verdad... creo...

Él no se había movido, pero ella se calló como si hubiese volcado una mesa. La furia que lo dominaba era tan corrosiva que le extrañaba que pudiera ver algo aparte de la traición, y de otras cosas sombrías que no podía describir.

Sin embargo, sí podía ver a Sarina. Daba igual dónde hubiese estado él y cuánto tiempo hubiese estado alejado, siempre podía verla... Maldita fuese.

-Sarina, pequeña -Matteo lo dijo casi con delicadeza y amabilidad-, jamás te perdonaré.

Capítulo 10

TODO DEBERÍA ser más fácil porque siempre había sabido que ese día acabaría llegando, pero no lo era. Sarina no podía respirar ni hacer nada para apaciguar el pulso.

Los ojos grises de Matteo eran como las nubes de una tormenta que ella ya podía sentir dentro. Cuando él giró la cabeza hacia la puerta, ella se dio la vuelta y salió, se alejó de esas personas que, probablemente, estarían avisando a todo el mundo de que Matteo Combe y Sarina Fellows parecían más conectados entre sí de lo que deberían estarlo.

Una vez en la calle, la noche era fresca y San Francisco estaba mucho más silencioso que el bar que habían dejado detrás. La niebla estaba cayendo, producía sombras y los faros de los coches eran como halos, todo parecía peor todavía.

Aunque quizá fuese Matteo. Parecía más alto aunque ella sabía que eso era imposible, su espalda parecía más ancha, su boca era una línea tensa, de furia, pero, aun así, quería tocarlo, quería dejarse caer sobre él, inerte, y que la llevara como si fuese una pluma.

Ella no había sabido que se pudiese desear así. Bastante espantosos habían sido los meses pasados. Lo había añorado tanto que había sido un dolor incesante y había intentado convencerse por todos los medios de que no iba a caer en la trampa del sentimentalismo, como les pasaba a muchas. Él había sido su primer hombre y nada más. Nada más.

Sin embargo, en ese momento, era mucho más.

Aun así, sospechaba que habría temblado y se habría sentido abrumada al verlo aunque no se hubiese quedado embarazada. No sabía qué hacer al respecto cuando indicaba tantas cosas sobre ella que no quería ver.

-¿Estás bien? -le preguntó él entre dientes, como si le doliera-. ¿Y el... bebé?

Sarina trago saliva por el titubeo de él y cuando acabó diciendo la palabra «bebé».

-Muy bien -consiguió contestar ella a pesar de que estaba medio ciega por una emoción que no quería reconocer-. Afortunadamente, ya han pasado las náuseas y el agotamiento.

-Me encanta oírlo.

Cada palabra de él era como un mazazo. Matteo levantó un dedo y un coche se paró junto al bordillo un instante después. Él abrió la puerta de atrás y la miró a los ojos como si temiera que fuese a salir corriendo... y ella se avergonzó al tener que reconocerse que lo había pensado.

-Entiendo que es una conmoción -ella intentó parecer tranquila-. También lo fue para mí, pero no creo que sea motivo...

-Sarina -él la interrumpió casi con suavidad y fue aterrador-, si no te montas inmediatamente en el coche, te montaré yo.

Ella lo creyó y se dijo que obedeció por la amenaza de que le pusiera las manos encima, pero sabía muy bien que unos minutos antes había fantaseado con tener esas manos encima. En realidad, lo había fantaseado desde que se marchó de la mansión de los Combe aunque no quería reconocérselo ni a sí misma.

Se montó en el asiento trasero del coche y se quedó en silencio mientras él también se montaba. Pareció como si algo vibrara en él, como si fuese a estallar una tormenta de verdad.

-Creí que tenía un virus estomacal -dijo ella casi sin querer mientras el coche se incorporaba al tráfico.

Estaba levantada la pantalla que los separaba del conductor y ella pensó que era como un confesionario. Un espacio seguro y oscuro si pasaba por alto al hombre que la miraba fijamente desde el extremo opuesto de asiento de cuero.

-Ya sabes cómo son los virus hoy en día, duran una eternidad. Eso fue lo que pensé, pero tardó semanas en pasarse y, cuando fui al médico por fin, calcularon que estaba embarazada de tres meses.

-¿Lo han calculado hoy...?

Ella consiguió no sentir un escalofrío por el tono gélido.

-No, pero...

-Pero te pareció que no tenías por qué contármelo. Tengo que dar por supuesto que, si no hubiese dado la casualidad de que estaba en ese bar esta noche, si no hubiese dado la casualidad de que te he visto con mis propios ojos, no me lo habrías contado.

-No sé lo que habría hecho -Sarina resopló-. Y tú tampoco lo sabes. Estaba haciéndome a la idea, no había tomado ninguna decisión.

-¿Crees que con eso me dejas tranquilo, Sarina? ¿No has tomado ninguna decisión unilateral sobre mi hijo? Qué detalle...

Fue tan sarcástico que le hizo daño, pero Sarina se aclaró la garganta.

-No es tu hijo.

Notó que él se ponía más tenso, más crispado.

-Te aconsejo que no me mientas y me digas que no soy el padre. Perdiste la virginidad conmigo...

-No es un hijo, Matteo -consiguió murmurar Sarina-. Son gemelos.

Ella tuvo que girarse para mirarlo cuando el silencio resultó atronador. Él también estaba mirándola con los ojos como platos.

-Gemelos -repitió Matteo como si no hubiese oído nunca esa palabra.

-Por eso estoy ya tan grande -ella se señaló el abdomen-. Si soy sincera, no puedo asimilarlo ni yo misma, y mucho menos...

-Y mucho menos decírselo al padre de esos gemelos. Ya me he dado cuenta.

Ella se entrelazó los dedos de las manos y los miró con el ceño fruncido porque le pareció menos agresivo que mirarle a él con el ceño fruncido. Además, el remordimiento por no habérselo dicho en cuanto lo supo iba disminuyendo a medida que él descargaba su furia sobre ella. ¿Qué le debía? Además, habría acabado contándoselo, claro.

-Estabas de viaje -le recordó ella-... y no nos dimos el número de nuestros móviles.

-Es verdad, si hay algo que sabemos de usted, doctora, es que nunca llega a esos directivos inalcanzables, que no tiene un historial de cazarlos y obligarlos a hablar

quieran ellos hablar con usted o no. Claro, no reunió todo un expediente sobre mí cuando tenía pensado arrebatarle mi empresa. ¿Cómo iba a haberme encontrado? – preguntó él echando chispas por los ojos–. No quisiste encontrarme y dudo mucho que lo intentarás.

Ella sintió un calor abrasador, como si estuviera enferma, pero también sabía que no tendría esa suerte.

–Lo habría intentado.

Matteo dejó escapar una risotada vacía, descarnada, y ella estuvo segura de que le había dejado quemaduras por todo el cuerpo.

–Puedes decir todas las mentiras que quieras, pero vi la verdad en tu cara cuando me viste en ese bar. Si hubieses podido mantenerlos en secreto toda la vida, lo habrías hecho. No nos engañemos, eres así.

Le pareció tan injusto que fue como una sacudida y se olvidó de tener cuidado con él.

–Eso lo dice el hombre que me chantajeó para que me acostara con él.

Él se giró tan deprisa que ella contuvo la respiración, pero no la tocó.

Algo dentro de ella le dijo que no quería tocarla, que había conseguido que la odiara y, aunque no sabía por qué, eso le causaba una desazón inexplicable cuando debería haber sido motivo de celebración.

–Yo seré el primero en hacer la lista de mis pecados –replicó Matteo en un tono grave e inflexible–. No necesito que nadie me ponga un cilicio porque ya tengo el mío. No te chantajeé para que te acostaras conmigo. Si recuerdas un poco, creo que te acordarás de que fuiste la primera en... tocarme.

–Era virgen.

–Afortunadamente, no crees en esos constructos patriarcales.

Esa desazón volvió a adueñarse de ella, pero era mayor y más titubeante. Además, se complicaba con que él recordara claramente el poco tiempo que habían pasado juntos, tan claramente como ella, tan nítidamente, casi, como si fuese algo completamente distinto, algo menos sórdido.

–Te explicaré una cosa –la voz de Matteo era como una cinta de furia sedosa que la rodeaba con fuerza–. He pasado toda la vida intentando no imitar los peores impulsos de mi padre aunque admirara su capacidad para conseguir que se hicieran las cosas. Él se hacía con lo que quería y le daban igual las consecuencias. Él habría reaccionado de una manera muy distinta si una mujer a la que deseaba se hubiese escabullido como lo hiciste tú. Yo fui ejemplar.

Él se lo soltó como si de verdad le asombrara que ella no reconociera la enormidad de su sacrificio.

–¿Ejemplar...? –ella también dejó escapar algo parecido a una risotada–. No puedes decirlo en serio. No se me pidió que te dejara un resumen de los motivos que tenía para no querer despertarme en tu cama.

–No solo te fuiste de mi cama, Sarina. Te escapaste de mi casa, bajaste el camino como una fugitiva, a pie.

–No te debía nada y sigo sin debértelo, ni una explicación.

Él se acercó más todavía y su cuerpo la traicionó. Daba igual que ella hubiese decidido una y otra vez durante esos meses que iba a fingir que él no había existido para ella. Siempre había habido mujeres que criaban solas a sus hijos. Había reunido

unos ahorros considerables y podía ocuparse de sus hijos. Se repetía eso al menos quince veces por minuto, pero a su cuerpo le daba igual lo que pudiera hacer. Lo deseaba con todas sus ganas, allí y en ese momento o donde fuera.

-Sigue mintiéndote si quieres, pero no esperes que yo también me lo crea. Estaba allí, Sarina, sé muy bien lo que pasó aquella noche entre nosotros y tú también lo sabes.

Todo eso sería mucho más fácil si ella pudiera respirar, pero no parecía una posibilidad.

-Lo siento si dejaste que intervinieran tus sentimientos -añadió Matteo.

Ella levantó la barbilla y él abrió los ojos con asombro y la misma furia.

-Deberíamos haber comentado las condiciones. Te habría dicho lo improbable que era que llegara a sentir algo por un hombre que amenazaba mi forma de ganarme la vida y me lo restregaba por la cara.

Sarina no pudo interpretar todas las emociones que se reflejaron en el rostro de él y le aterró lo mucho que quería interpretarlas, lo mucho que quería conocerlo en todos los sentidos... todo lo que decía sobre sí misma y que no quería reconocer.

Se había traicionado completamente y había manchado la memoria de Jeannette, eso ya lo sabía, pero no podía entender por qué... seguía.

Era posible que, en cierto sentido, creyera que se merecía criar sola a sus hijos por haber sido tan increíblemente necia al haber dejado que ese hombre se hubiese acercado a ella.

Sin embargo, eso no explicaba por qué lo añoraba, por qué se despertaba por la noche con las mejillas húmedas e imágenes tan reales de él en la cabeza que tenía que encender la luz para cerciorarse de que no estaba allí.

-No voy a discutir contigo -replicó Matteo al cabo de un rato de silencio-. Aunque creo que comprobarás que la próxima vez no te resultará tan fácil huir de mí. Tú puedes hacer lo que quieras, pero mis hijos van a quedarse conmigo, Sarina, puedes estar segura de eso, aunque solo sea de eso.

Ella quiso discutirlo, pero tenía la garganta agarrotada, como si él estuviese rodeándosela con las manos... y quizá estuviese pasándole algo porque, en parte, le gustaría que lo hiciese, que la tocara...

No la llevó ni a un hotel ni a su piso, que no pisaba casi. Fueron en coche a un aeródromo donde, evidentemente, Matteo quería subiera a su avión privado para ir... a donde él quisiera.

Pensó en organizar un escándalo allí mismo, en la pista, pero no le habría servido de nada. No había nadie que pudiera ayudarla, solo estaban los omnipresentes empleados de Matteo.

Sus empleados, su mirada fija y las malas decisiones de ella misma.

No tuvo más remedio que subir al avión, sentarse donde él le indicó y esperar a ver qué pasaba.

La respuesta fue: nada. Volaron de noche y, si ella había esperado que se hubiesen peleado o que hubiesen discutido, fue una decepción.

No, no podía ser una decepción, no debería serlo, era un respiro.

Matteo desapareció en uno de los compartimentos y no volvió a aparecer hasta que el avión empezó a descender hacia lo que parecía una cordillera interminable y coronada de nieve.

-¿Puedo saber a dónde vamos o el misterio es parte del castigo? -le preguntó Sarina cuando él se sentó cerca de ella para el aterrizaje.

Matteo tardó en contestar. Sus ojos grises estaban más oscuros que nunca y se dijo a sí misma que la única reacción posible a eso era el desinterés que debería haber sentido.

-Los San Giacomo no solo tienen viviendas en Venecia -Matteo empleó un tono frío, aristocrático casi-. También se hicieron con un monasterio en los Dolomitas hace muchos siglos. Es, mejor dicho, una fortaleza a la que solo puede llegarse después de una caminata agotadora de una semana o, mucho más cómodamente, en helicóptero. Tomaremos uno dentro de poco.

-En otras palabras, vas a encerrarme.

Él se encogió de hombros, aunque con un brillo en los ojos.

-Si quieres llamarlo así...

-Naturalmente, sabrás que todas aquellas personas del bar te vieron conmigo, que serás a la primera persona a la que preguntarán cuando quede claro que he desaparecido de la faz de la tierra.

-Antes, tendrán que encontrarme -replicó Matteo con esa oscuridad impenetrable de su mirada.

Sarina no sabía qué hacer, aparte de gritar, y mantuvo la boca cerrada... y deseó que el corazón dejara de golpearle las costillas como si también quisiera escapar.

Cuando aterrizaron, tampoco vio el sentido de negarse a bajarse del avión y montarse en el helicóptero que los esperaba en el vacío y helador aeródromo.

Sin embargo, cuando el helicóptero descendió entre los muros medievales que se elevaban en la ladera de una montaña y que recordaban a una prisión dejada de la mano de Dios, entendió que debería haberse resistido porque allí no había nada, menos la certeza de la fatalidad... y ese hombre ceñudo y pensativo que tenía al lado.

-Reacciona -se murmuró a sí misma mientras se apagaba el ruido de los rotores.

Si Matteo la había oído, no lo pareció. Empezó a cruzar el patio y se dirigió hacia el edificio antiguo excavado en la piedra. Una vez más, ella supo que no tenía más remedio que seguirlo. No quería quedarse a la intemperie esperando a que nevara. Algo más que probable a esa altitud aunque fuese primavera. Había esperado que el interior de ese monasterio convertido en fortaleza estuviese decorado como Alcatraz y no estaba preparada para ver lo que vio cuando Matteo abrió la inmensa puerta de madera reforzada con hierro. Todo era... cálido, suntuoso... y no había ningún motivo para que los cómodos muebles y la sensación acogedora la hubiese dejado tan desconcertada, salvo que era una manera más de desequilibrarla.

La llevó por un pasillo y subieron un tramo de escaleras. Había apliques con luces encendidas que hacían que los pasillos de piedra tuvieran un resplandor dorado, colgaban magníficos tapices de las paredes y los suelos tenían mullidas alfombras, y todo ello hacía que ese sitio, construido por el temor a Dios y a los invasores, pareciera hospitalario.

Sobre todo, cuando la llevó a un amplio dormitorio con vistas al patio y las montañas. Las ventanas eran arqueadas y Sarina se imaginó a hombres con cotas de malla disparando flechas desde ellas, pero el dormitorio estaba iluminado y se oía el crepitar del fuego en la chimenea que había en una pared, era casi... hogareño.

Cuando se dio la vuelta para mirar al hombre que la había llevado allí, no ayudó gran

cosa. Tenía un gesto severo, serio e intenso.

Ella se había contado infinidad de historias para explicarse lo que había hecho, lo había repasado una y otra vez y había intentado darle algún sentido, pero seguía sin entender por qué bastaba que Matteo Combe la mirara para que sintiera multitud de cosas complicadas y perdurables en lo más profundo de sí misma.

-Es muy bonita -susurró Sarina-, pero no deja de ser una prisión por muy bonita que sea.

-A lo mejor deberías considerarlo más como un... retiro.

-En general, los secuestros no suelen convertirse en retiros por muy agradable que sea el entorno.

-Secuestros -él la miró de arriba abajo con lo que podría haber sido un gesto burlón si hubiese sido otro hombre-. No recuerdo haberte puesto una bolsa en la cabeza ni haberte metido en el maletero de mi coche, Sarina. Tampoco recuerdo que te resistieras a montarte en ese coche o en mi avión o en el helicóptero que nos trajo hasta aquí en un placentero silencio. Los secuestros suele conllevar coacción, ¿no?

-Me siento coaccionada.

-No lo creo -replicó Matteo casi con lástima-. Me ocultaste tu embarazo, pero yo lo descubrí por casualidad. No te sientes coaccionada, sientes remordimiento de conciencia.

El estómago se le revolvió y estuvo a punto de tener una náusea otra vez, y eso le indicó que él tenía más razón de la que ella quería reconocer.

-Enhorabuena -dijo ella al cabo de un rato, cuando creyó que no parecería tan alterada como estaba-. Me has llevado a través de medio mundo y te has ocupado de que estemos todo lo reclusos que se puede estar. Ahora, ¿qué?

-Me alegro de que me lo preguntes -Sarina sintió un escalofrío aunque Matteo seguía en la puerta del dormitorio-. Se ha tomado la molestia de psicoanalizarme a fondo, doctora, permítame que le devuelva el favor.

-Yo soy una psiquiatra con experiencia y tú no.

-Me las arreglaré.

Matteo esperó hasta que ella, aterrada, dejó de darle vueltas a la cabeza, esperó hasta que sucumbió a su mirada, gris y firme, y se quedó en el centro del dormitorio mirándolo fijamente y deseando poder silenciarlo desde lejos o transportarse otra vez a San Francisco, la mejor manera de evitar todo eso desde el principio.

Tenía una espantosa sensación premonitória que iba aumentando con cada segundo que pasaba y la dominaba como ese viento gélido de las montañas que hacía fuera, hacía que pensara que no volvería a estar caliente por dentro.

-Parece como si te hubiese dicho que ibas a ir a la guillotina -siguió él al cabo de un rato-. Tranquilízate, por favor, no pienso decapitarte.

-Digamos que no creo que quieras psicoanalizarme para decirme que te parezco maravillosa.

-Me parece que eso dice bastante de la idea que tienes de tu profesión, ¿no? -preguntó Matteo aunque su mirada implacable acalló cualquier respuesta de ella-. Esto es lo que sé de ti, Sarina. Eres persuasiva y lo haces por todo el mundo, pero, en el fondo, lo único que sabes hacer es pasarlo mal.

Se quedó pálida, sintió que se movía la tierra y creyó que debería ponerse a cubierto,

pero vio que Matteo no se movía y eso significaba que estaba pasándole por dentro. Era ella quien estaba derrumbándose allí mismo.

-¿Qué pasaría si, en vez de eso, decidieras vivir?

Matteo se lo preguntó en un tono despreocupado que se contradecía con la expresión tajante de su rostro, con la tormenta desatada que se reflejaba en su mirada y que siempre había sido su perdición.

Capítulo 11

MATTEO NO había pensado llevarla allí. El monasterio era un sitio especial solo para la familia, un sitio que los San Giacomo jamás habían abierto al mundo exterior desde que fue una fortaleza en alguna guerra muy lejana.

Había pensado llevarla otra vez a Venecia, a cerrar el círculo para ver cómo acababan. Le había dado vueltas a varias ideas sombrías mientras habían circulado por las calles de San Francisco.

Había subido a su avión dominado por una furia gélida y se había alejado de ella porque había temido que, si se quedaba cerca, podría sucumbir al atractivo de su cuerpo y que, si sucumbía, era muy posible que se le sofocara esa furia. No había querido aplacarse en ningún sentido.

En realidad, cuando llevaban una hora de vuelo, cuando no había hecho otra cosa que ir de un lado a otro de su compartimento en la parte de trasera del avión dándole vueltas en la cabeza a todas las maneras que había tenido Sarina para engañarlo con su embarazo, y con la vida de su hijos, se había dado cuenta de que había querido avivarla.

¿Habría sabido algo de los bebés que esperaba si no se la hubiese encontrado por casualidad?

Notaba la furia, era como una llamarada y lo más fácil del mundo habría sido dejarse arrastrar por ella como habían hecho todos y cada uno de sus antepasados Combe. Si lo pensaba bien, era lo único que sabía hacer.

Allá, entre esos muros de piedra en lo más alto de los Dolomitas, al abrigo de un fuego demasiado vivaz y de unos tapices antiguos, Sarina se limitaba a mirarlo con los ojos angustiados y la cara pálida, pero no le contestó la pregunta.

-Quería que pagaras -siguió él-. Me has agraviado y eso tiene que tener un precio, así me criaron.

Ella parpadeó y torció ligeramente los carnosos labios.

-Creo que muchas personas dirían que acabar tirada en lo más alto de una montaña sin manera de salir, que no sea mediante un helicóptero o un sherpa, es un precio exagerado.

Él, sin embargo, notó que no lo dijo con la insolencia y seguridad en sí misma de antes. Había notado el efecto de sus palabras en ella y, si no se equivocaba, seguía tambaleándose, seguía intentando recuperar el equilibrio... y, como digno hijo de su padre, iba a aprovecharse, a emplear cualquier medio.

-Cuando hago la lista de mis pecados y me pongo mi propio cilicio, siempre vuelvo a lo mismo -era a lo que había vuelto una y otra vez durante el vuelo nocturno e insondable a través de Norteamérica y el Océano Atlántico-. Te he contado más de lo que hay que saber sobre mi padre, pero en el otro lado de la ecuación estaba mi madre. Una de dos, o reaccionaba de la misma manera, con ebrias escenas teatrales y fuegos de

artificio, o se ausentaba.

-¿Quieres decir que... o bebía o se marchaba?

-Los dos bebían -contestó Matteo con una expresión crispada-. La bebida hacía que fuesen ruidosos e impredecibles. Cuando mi madre se ausentaba se quedaba callada, era como si se envolviera en un manto gris y desapareciera.

Así recordaba a Alexandrina, envuelta en una manta, tumbada en una de sus chaise-longues y mirando fijamente al infinito, sin contestar ni reaccionar, como si no estuviera allí.

-Nunca sabré si lo hacía porque enfurecía a mi padre o porque era la única manera que tenía de escapar de él -añadió Matteo.

-¿Estás enfadado por tu padre o por ti?

-Estoy enfadado conmigo -contestó él con una sinceridad que lo sorprendió-. Creía que habría tiempo, que envejecerían y yo tendría años para entender por qué hacían lo que hacían. No lo entenderé, ellos mantendrán sus secretos y sus misterios, nunca sabré si mi madre se ausentaba porque odiaba a mi padre... o me odiaba a mí.

Sarina dijo su nombre con un hilo de voz, pero él sacudió la cabeza.

-Me imagino que da igual. Tenía claras mis alternativas desde muy joven. Enfrentarme violentamente o desaparecer. Adivina cuál elegí.

Sarina trago saliva como si todavía estuviera intentando mantener el equilibrio, como si el suelo de piedra del monasterio se moviera debajo de sus pies. Un instante después, se llevó una mano al cuello, justo donde el pulso acelerado le decía unas verdades que él suponía que prefería guardarse para sí misma. Sin embargo, estaba dispuesto a utilizar también eso.

-Matteo, no tienes por qué actuar como ninguno de tus padres.

Ella lo dijo con delicadeza, esa falta de su acidez habitual hizo que él casi se lo pensara otra vez. Casi...

-Toda mi vida me he enorgullecido de no sentir nada.

Matteo fue firme y seguro de sí mismo, pudo notar el cambio, como si hubiese estado ciego toda la vida y en ese momento pudiera ver, y lo que veía era a Sarina.

-Los sentimientos humanos siempre han sido un misterio para mí. Me los han gritado y he vivido en casas donde rebotaban por todos lados, pero nunca he entendido su fuerza y los apagué hace años, o eso creí.

Los ojos de ella brillaban con fuerza, pero se puso más recta.

-Es tu manera de decirme que herí tus sentimientos al no decirte que estaba embarazada...

-Dirijo la empresa de mi familia y me conoces solo porque decidí meterme en la vida personal de mi hermana durante el sepelio de mi padre. Estamos en lo que fue un monasterio donde uno de mis antepasados copiaba textos sagrados en pergaminos. Estoy metido hasta el cuello en mi familia, haga lo que haga y vaya donde vaya. Es toda mi vida.

-Matteo...

El no hizo caso de su manera de decir su nombre.

-Sarina, decidiste no contarme que voy a ser padre, que tendré mis propios hijos, y resulta que, efectivamente, tengo sentimientos al respecto.

Ella resopló y Matteo se recordó a sí mismo que eso no era lo que quería, que no

había ido allí para pelearse con ella, que ya no iba a hacerlo más.

Había visto ese círculo vicioso más de mil veces y nada cambiaba, nada mejoraba, siempre era la misma montaña rusa sobre los mismos raíles que no llevaban a ninguna parte.

-Matteo -repitió ella-, ya sé que piensas...

Él levantó una mano y, para su sorpresa, ella se calló.

-Ya sé cómo va esto -dijo él en un tono sombrío-. Tú hablarás de chantaje y yo hablaré de lo que te proponías con las sesiones. Hablaré de tu embarazo y tú me dirás que no sabes si habrías acabado diciéndomelo o no, pero, claro, yo tampoco lo sé. Podemos discutirlo en todos los tonos una y otra vez hasta que los bebés que esperas sean adultos y sean como nosotros. ¿Es eso lo que quieres?

Nunca le había parecido tan hermosa como en ese momento. Estaba floreciente, llena de vida. No era un fantasma, no era el recuerdo que utilizaba para torturarse a sí mismo. Era de carne y hueso y estaba allí mismo.

-¿Tengo alguna alternativa? -replicó ella con la voz ronca-. Ya me dijiste que no ibas a perdonarme nunca. Aunque no creo que importe gran cosa. A no ser que eso signifique que vas a rugirme e insultarme cada vez que nos veamos.

-¿Cada vez que nos veamos? -repitió él como si no pudiese entender las palabras.

-No sé bien cómo funciona el régimen de custodia, los fines de semana y todo eso, pero supongo que habrá que verse en algún momento.

Matteo se había dado cuenta de algo muy importante durante el vuelo. Lo que había tomado por furia, ese arrebato incandescente que estuvo a punto de tumbarlo en el bar de San Francisco, no fue furia, o, al menos, no fue solo furia. Estaba mezclado con sentimientos mucho más complicados.

Por ejemplo, con miedo a que estuviese condenado a repetir los mismos errores que habían cometido todos sus antepasados y, en concreto, sus padres. También con un deseo disparatado de tocarla como fuera y, solo en parte, porque sus hijos estaban gestándose dentro de ella.

Por debajo de todo ello, y lo que era más aterrador y profundo con gran diferencia, sentía un júbilo incontenible.

-¿Qué me dirías si te dijera que yo no quiero ni régimen de custodia ni fines de semana y todo eso? -preguntó él con un gruñido.

Sarina se puso rígida con las manos en el abdomen como si creyera que tenía que protegerse de él, y eso también lo conocía muy bien. Le recordaba a muchas noches de su infancia, a muchas habitaciones cargadas de tensión y con el eco de las cosas espantosas que se gritaban sus padres el uno al otro, pero se negaba a creer que estuviese condenado a repetir esas historias nefastas una y otra vez.

-Si crees que vas a quitarme los bebés, piénsatelo bien -contestó Sarina en un tono implacable-. Lucharé con uñas y dientes.

Matteo entró completamente en la habitación con la mirada clavada en ella y el corazón retumbándole en el pecho.

-Me he pasado todos estos meses en habitaciones de hoteles, cansado y solo, despertándome a horas intempestivas en ciudades desconocidas... y tú eras la única constante.

Ella dio un respingo y separó los labios como si fuese a decir algo, a pelear allí

mismo, pero no lo hizo.

Él le pasó una mano por el pelo negro porque ella estaba allí, porque eso era real, porque ya no quería saber nada más de fantasmas.

-Tú me perseguías, Sarina. Fuera donde fuese, hiciera lo que hiciese, tú estabas allí.

-Te mereces pasar noches así toda tu vida.

Aunque había sido descarada y despectiva, él había captado la vulnerabilidad en su mirada.

-¿Las pasas tú? -le preguntó él.

Matteo cerró los puños a los lados de su cara y la sujetó. Notó, por un instante, que se derretía y que, incluso, se acomodaba entre sus manos. Entonces, supo que no se había creado su propio fantasma en aquellas habitaciones de hotel que se le mezclaban en la cabeza, que no se había imaginado lo bien que encajaban... ni lo mucho que le gustaba su contacto.

-Ese es el problema -contestó ella mientras retrocedía-. No te creo -Sarina sacudió la cabeza cuando él abrió la boca-. Tú eres el hombre que me grabó un vídeo y que estaba dispuesto a difundirlo si no hacía lo que querías. Lo hice, pero nada te impide difundirlo cuando te parezca oportuno y, por favor, no me digas que lo has borrado. Vivimos en un mundo angustiosamente digital y nada se borra de verdad.

-Bueno, cuando tengas mis hijos, será un indicio de que nuestra relación no es exclusivamente profesional, ¿no? -preguntó él con ironía-. No sé qué importaría que se difundiera en este momento, aunque no se hará.

-Te cercioraste de grabarme en tu despacho. Eso desacredita mi reputación profesional y lo sabes. Tú lo tienes y no puedo convencerme a mí misma de que esto... -ella miró alrededor y él captó una vulnerabilidad mayor en su mirada, algo que le llegó al alma-. Esta fortaleza entre las montañas y decorada como si fuese un cuento de hadas no es otra manera de manipularme para que te dé lo que quieres.

Matteo dominó las ganas de volver a tomarla entre las manos, de recordarle que si quisiera manipularla, tenía unas armas mucho más efectivas en su arsenal.

-¿Qué crees que quiero?

-Herederos -contestó ella inmediatamente como si eso fuese una maldición-. Creo que quieres herederos. Tus familias llevan obsesionadas con la descendencia desde la noche de los tiempos. Creo que te pasaste todo ese vuelo hasta aquí pensando cómo podrías conseguir que te los diera para hacerlos como tú.

-No hace falta que se los des a nadie -Matteo la miró con detenimiento y sin hacer caso a la opresión del pecho-. Quiero casarme contigo, Sarina.

Le risotada amarga que dejó escapar Sarina no era exactamente lo que él había buscado.

-No me extraña. Sería la jugada maestra. No solo te casarías con la mujer que intentó hundirte, lo que, de paso, arrojaría dudas sobre mi evaluación de ti y podría arruinarme, sino que, además, legitimarías a tus hijos, que es para lo que vive la gente como tú.

Él siguió mirándola con detenimiento y vio que la vulnerabilidad de su rostro dejaba paso al algo más parecido al pánico cuando él no reaccionó con furia.

-Vamos a ponerlo de tal manera que lo entiendas, pequeña. Dame tu móvil.

Sarina frunció el ceño con todo el recelo del mundo. Él comprendió que le pasaba

algo cuando ese recelo le pareció atractivo aunque iba dirigido contra él.

-¿Para que lo tires desde una almena y veas cómo se hace mil pedazos en el suelo? - preguntó ella-. ¿Por qué iba a hacer algo así?

-El móvil, Sarina.

Ella puso un gesto terco, pero lo sacó del bolsillo y se lo entregó. Matteo pulsó unos botones y se lo devolvió.

-Apúntame, está grabando -le ordenó él.

Ella lo miró fijamente antes de mirar el teléfono que tenía en la mano. Luego, volvió a mirarlo, aunque él se dio cuenta de que levantaba el móvil y que lo apuntaba con la cámara.

-No me pasé ese vuelto tan largo pensando en cómo podía manipularte -dijo él en un tono tan serio y tan firme como las piedras que los rodeaban-. Pensé en qué es lo que quiero.

-Lo dices como si fueran dos cosas que no tienen nada que ver entre sí.

-No niego que el legado de mi familia me importe, pero gran parte de ese legado son cosas; una empresa con oficinas por todo el mundo; casas preciosas, villas y monasterios por toda Europa y llenas de fantasmas del pasado... Sin embargo, hay una diferencia entre un legado vivo y una serie de monumentos.

-Yo daba por supuesto que viene a ser lo mismo para las familias como la tuya.

Ella levantó la barbilla con un gesto desafiante y cerró el puño de la mano que tenía libre, pero él no se lo tomó como algo personal y se dijo a sí mismo que no era el único que tenía fantasmas.

-El matrimonio de mis padres daba vueltas continuamente al pasado. No se perdonaban los errores, no había futuro. Volvían una y otra vez a los desaires del pasado, a viejas traiciones. Su matrimonio se basaba por completo en cómo se habían fallado el uno al otro desde el principio.

Quería volver a tocarla, pero no lo hizo. Tenía que fijarse en cómo le temblaba la mano mientras sujetaba el móvil y en buscar un significado a que se le hubiesen sonrojado las mejillas. Tenía que creer en eso, en ella y en ellos.

-Estás esperando mis hijos -siguió él en un tono intenso, aunque no tanto como la llamada que lo abrasaba por dentro-. Vas a hacerme padre y soy un hombre que se ha pasado la vida intentando por todos los medios no parecerse en absoluto al suyo, aunque mi primera reacción al enterarme de que estabas embarazada fuese la ira. Además, tienes razón, quise hacerte daño a cambio, pero, Sarina, no quiero ser ese hombre.

-¿Por qué estás haciendo esto? -le preguntó ella con un hilo de voz otra vez.

Matteo no supo si se refería a la grabación o a que estuviesen allí, tan lejos del mundo y de todo lo que había en él, pero dio igual porque él, el hombre que se había pasado la vida decidido a no rendirse jamás a otro ser viviente ni a sentir nada, cayó de rodillas delante de ella como si fuese un hombre de carne y hueso dominado por el corazón.

-Me has perseguido desde el día que te conocí -contestó él mirándola a los ojos-. Una noche no fue suficiente y no podía serlo. Creo que estoy enamorado de ti. Oigo tu voz en la cabeza, me despierto todas las noches porque sueño contigo y me quedo despierto reviviendo en la cabeza todos los momentos que pasamos juntos.

-La obsesión no es lo mismo que el amor -replicó ella entre dientes.

-Me parece que tenemos seis meses para comprobarlo -él levantó las manos como si fuese una súplica... o una oración-. No quiero casarme contigo porque estás embarazada, Sarina, aunque eso... lo endulza. Me desafías, me fascinas, no me tienes miedo... Me he pasado meses diciéndome que tu efecto en mí se desvanecerá, que te olvidaré en algún momento, pero creo que no lo haré jamás. ¿Crees que acabé en San Francisco por casualidad? Quería encontrarte.

-Me chantajeaste y, no contento con eso, me has secuestrado. ¿Adónde crees que va nuestra relación?

-No lo sé -contestó él sin inmutarse-. Creía que nunca llegaría a sentir nada y, ahora, lo único que hago es sentir.

Ella dejó escapar un sonido al oírlo, pero Matteo no había acabado.

-Cuando murió mi madre, no permití que me afectara. Había sido tan distante, tan desapegada, que me dije a mí mismo que me daba igual... porque no quería que me importara. Sin embargo, ahora, gracias a ti, me pregunto si aquello solo fue una mentira que me conté a mí mismo y si, durante todos aquellos años, el problema lo fue ella o lo fui yo. No sé si ella podía dominar sus estados de ánimo, pero yo sí podía y elegí ser como fui. Además, Sarina, no tengo la menor idea de cómo ser un hombre mejor. No la he tenido nunca, pero quiero intentarlo -él seguía con las manos levantadas y no sabía si quería que ella las tomara o si quería tocarla-. ¿Lo intentarás conmigo?

Entonces, vio las marcas húmedas en sus mejillas. Sarina bajó la mano con el móvil. Él no había visto nunca la expresión que vio en ese momento en su rostro. Casi como si se sintiese... derrotada. Aunque era Sarina, el mayor desafío al que se había enfrentado.

-Lo he intentado -susurró ella en un tono que le dolió en todo el cuerpo-. Lo he intentado de verdad, Matteo, pero no sé cómo.

Capítulo 12

SOLO SÉ pasarlo mal –Sarina repitió lo que le había dicho Matteo y que le había sorprendido que no la hubiese desgarrado por completo–. Me lo dijiste tú y tenías razón.

Oyó la angustia de su propia voz, la sintió en todo el cuerpo como la había sentido hacía años, como la sentía y ya había comprendido hacía mucho tiempo que la sentiría siempre.

Matteo seguía arrodillado delante de ella, orgulloso y hermoso, y el terremoto que la había devastado antes seguía en activo, siguió sacudiéndola hasta que no supo qué había quedado de ella... o quién debería ser después.

–Tú querías a tu amiga –comentó Matteo con una delicadeza en los tormentosos ojos grises que ella no supo si podría soportar–. La llamabas tu hermana. ¿De verdad crees que se molestaría si pasaras página?

Entonces, Sarina dejó escapar un sonido que no fue una risa porque fue demasiado sombrío, demasiado cargado de lamento. Quizá hubiese sido un sollozo que se le había desgarrado de lo más profundo de su ser, y tampoco estaba segura de que supiese cuál era la diferencia.

–Te has agarrado a su recuerdo todo este tiempo.

Matteo lo dijo como si intentara calmarla y hubo algo dentro de ella, algo traicionero que la ablandó, que hizo que se imaginara que podría conseguirlo si se lo permitía.

–La has honrado de todas las maneras posibles. Ya es hora de que hagas otra cosa que no sea pasarlo mal.

–Estaba muy enfadada con ella.

Sarina tardó un rato en darse cuenta de que eso lo había dicho ella, que esas palabras las había dicho ella aunque eran el secreto más profundo y sombrío que guardaba dentro, esas palabras que eran como un tejido cicatrizado que la desfiguraba en lo más profundo de su ser y que no desaparecía nunca del todo pasara lo que pasase.

No las había dicho nunca en voz alta... hasta ese momento y se sentía... como si hubiese soltado amarras de sí misma, y como si hubiese traicionado completamente a Jeannette otra vez.

–Ese hombre no me gustó nunca –reconoció ella como si Matteo hubiese llamado a las palabras y estas acudieran–. Lo odié desde el primer día y se lo dije claramente a ella. Me pareció que ella era idiota por creer que él querría alguna vez al bebé y te aseguro que se lo dije. Cuando me llamó llorosa desde la suite de aquel hotel, intenté apoyarla. Él le había hecho algo tan espantoso, tan inimaginablemente ruin, que lo odié más todavía. Sin embargo, ¿qué había esperado ella? –preguntó Sarina con la voz quebrada.

Sarina sacudió la cabeza cuando oyó su propia pregunta. Entonces, como ocurría siempre, las imágenes de aquella mañana se adueñaron de ella y le recordaron quién

era, quién era exactamente.

-¿Te parezco una buena amiga y una hermana leal, Matteo? No lo soy. Yo fui quien se peleó con la persona más cercana que tenía en el mundo cuando necesitaba mi amor y comprensión. Ella estaba perdiendo a su hijo y yo estaba furiosa con ella. Esa soy yo.

Una vez en el coche, cuando volvían a casa desde el hotel, ella le había preguntado a gritos precisamente eso, que qué había esperado que pasara, y Jeannette le había contestado, también a gritos, que no eso.

Habían tenido esa cercanía que se lograba con explosiones constantes mezcladas con grandes risas, con tratamientos de silencio que duraban semanas y terminaban entre abrazos y mucho helado. Una palabra áspera en vez de un abrazo, y ellas lo llamaban sinceridad. Se habían llamado familia aunque ninguna de sus familias les habían gritado como se gritaban ellas porque, para eso, tendrían que haberse dado cuenta de que existían. Se habían revolcado en sus sentimientos, en todos sus sentimientos. Cuando se peleaban, esos sentimientos les parecían su mayor fuerza.

-¡Creía que me amaba! -había exclamado Jeannette-. Me amaba, sé que lo hacía.

-No te ha amado nunca, Jeannette -había replicado Sarina-. Te utilizaba, eso es lo que hacen los hombres como él.

-¡No lo conoces! -le había gritado Jeannette en el coche de Sarina mientras estaba sentada sobre una toalla que habían robado del hotel y perdía el bebé-. Si no estuvieses tan obsesionada con estudiar todo el rato, quizá te hubieses enamorado y quizá no creyeras que tienes esa superioridad moral.

-Siento que esté pasándote esto -le había replicado Sarina a su amiga, a su hermana-, pero te dije que pasaría, te lo dije desde el principio...

-Tiene que ser maravilloso ser tan perfecta, Sarina. Estarás orgullosa.

Y todo fue a peor a partir de ese momento.

-Necesitaba ayuda y yo le solté un sermón como si eso pudiera cambiar lo que le habían hecho -le explicó a Matteo en ese momento-. Entonces, a la mañana siguiente, ya no estaba y yo tendré que pasar el resto de mi vida sabiendo que, cuando más me necesitaba, yo decidí que lo que necesitaba de verdad era afrontar la realidad.

Matteo no la miró como si fuese un monstruo y eso lo empeoró todo.

-No podías haberlo sabido...

-¿Quieres saber la cruda realidad? -Sarina se acercó más a él intentando secarse con rabia las mejillas-. Me he pasado años con remordimiento, pero no la entendí de verdad. Creía que ella era débil. Sentía remordimiento porque la pisoteé cuando ya estaba en el suelo, pero la verdad, la auténtica verdad, es que creía que ella no podía evitarlo. Actuaba como si no tuviese control sobre las cosas que le pasaban y estaba segura de que yo era distinta, de que yo jamás transigiría a estar con nadie... hasta que te conocí.

Si acaso, Matteo parecía, en ese momento, más hermoso, más cautivador y más magnético aunque ella sabía muy bien lo peligroso que era... peor todavía, lo mucho que se traicionaría a sí misma, como ya había hecho, si lo tocaba.

-Y mírame ahora -Sarina dejó escapar una risotada inexpresiva-. He transigido en todos los sentidos posibles y no hay excusa. Me acosté contigo cuando tenía que estar evaluándote, y podría hablar hasta la extenuación sobre zonas grises y quién era mi verdadero cliente, pero los dos sabemos que me extralimité y que ni siquiera puedo

fingir que fuiste tú. Lo hice yo sola y esgrimí mi virginidad como un premio.

-Yo no lo recuerdo así...

Matteo lo dijo con suavidad y cierto tono burlón que empeoró la oscuridad que ella sentía por dentro porque no se merecía ni la suavidad ni el humor, sabía que no se las merecería jamás.

-Me acosté contigo, dejé que me chantajearas, mentí a tu consejo de administración porque tú me lo pediste y cuando me enteré de que estaba embarazada lo primero que pensé no fue cómo me había metido en ese lío, lo primero que pensé fue una especie del placer enfermizo porque sabía que eso significaba que volvería a verte algún día en algún sitio -Sarina creyó que iba a reírse otra vez, pero dejó escapar un sollozo inconfundible-. Lo único que hizo Jeannette fue enamorarse, pero yo no tengo ni la menor idea de por qué hice lo que hice. ¿Qué hace que una persona actúe así? ¿Qué lleva a alguien...?

-Esto, pequeña -Matteo la agarró de los brazos y la atrajo hacia sí-. Esto.

Ella también se arrodilló para que la tomara entre los brazos y se estremeció cuando vio la expresión inconfundible de sus ojos grises; cariño... y seguro que algo peor.

-No quiero -susurró ella-. Nunca he querido esto.

-Mala suerte... -replicó Matteo con una sonrisa.

Entonces, la besó. Fue un beso delicado y dulce que la iluminó por dentro. Era esperanza y alegría y no sabía qué hacer con ninguna de esas dos cosas, solo supo entregarse y besarlo también, derretirse como había hecho desde el principio.

-Cásate conmigo -susurró él sin apartar la boca-. Peléese conmigo si quiere, doctora, pero prométame que lo hará toda la vida.

Se separó de la boca y la besó por toda la cara. La levantó con las manos en las caderas, sujetándola porque le flaqueaban las piernas.

-Cásate conmigo.

Él lo repitió una y otra vez antes de levantarle la camisa para besarle el ombligo y todo ese ligero abultamiento donde se alojaba el porvenir de los dos.

-No sé cómo hacerlo... -sollozó Sarina.

-Creo que sí lo sabes.

Matteo la besó y la serenó. Era algo nuevo, inmenso e imposible, pero, si ella se dejaba llevar, era maravilloso.

Sarina no supo quién empezó a quitar la ropa a quién, pero la serenidad se inflamó y las llamas fueron cada vez más altas. No podía contenerse, tenía que estar desnuda y necesitaba que él también lo estuviera. Habían estado muy poco tiempo juntos y mucho tiempo separados, y no podía pasar ni un minuto más sin él.

La primera vez, ella lo tomó a él allí, en el suelo, sobre la mullida alfombra. Se puso encima y se lo introdujo. Esa profundidad, su dureza y la delicadeza de ella, se derretían para ser solo uno.

-Así se siente el... «para siempre».

Matteo la agarró de las caderas y la miró a los ojos, y juntos cayeron al abismo sideral. Ella seguía dando vueltas cuando él la tomó en brazos, la llevó del suelo a la cama y se acurrucó junto a ella.

-El único «para siempre» que conozco es una fantasía de venganza -reconoció ella

Él le apartó el pelo de la cara y le sonrió como si fuera hermosa, como si fuese buena

y, cuando la miraba así, se sentía como si pudiera serlo.

-Podemos dar rienda suelta a todas las fantasías que quieras, pequeña. ¿Crees que esta química se da todos los días?

No debería haber sido posible que volviera a sentir esa llama, pero la sintió y supo que él también la sentía porque la tumbó de espaldas, le levantó las rodillas y se colocó en medio.

-Cásate conmigo.

Entonces, empezó a provocarla, le recorrió hasta el último rincón del cuerpo con la boca, hizo que se retorciera, la llevó al límite una y otra vez y no lo traspasó ninguna.

-Cásate conmigo -insistió él cuando ella ya estaba chillando y subiendo y bajando la cabeza contra la almohada.

-¡De acuerdo! -exclamó Sarina cuando el mundo ya había desaparecido y solo había quedado él-. Me casaré contigo.

Entonces, por fin, él entró en ella y explotó, gritó con una mezcla disparatada de felicidad y esperanza y con un centenar de otras cosas que no se atrevía a enumerar.

Él acometía dentro de ella mientras murmuraba palabras de amor en todos los idiomas que sabía, y ella no tenía que entenderlas para estremecerse.

Volvió a avivar el fuego dentro de ella y, cuando se hizo mil pedazos otra vez, él la acompañó. Su mirada era como la plata, brillaba con una felicidad que ella también podía sentir por dentro.

-Recuerda esto -susurró Matteo abrazándola como si fuera un objeto precioso-. Esto vamos a sentir, Sarina, siempre, para siempre.

Y lo hicieron.

Diez años más tarde, Sarina dio un beso a cada uno de los gemelos de nueve años, miró a la niña de seis a la que estaba enseñando a leer en su propia cama y se cercioró de que el pequeñajo estaba profundamente dormido. Entonces, los dejó a todos en las competentes manos del batallón de niñeras y subió a la azotea de la villa de los San Giacomo en Venecia, donde estaba su marido.

-Considéralo un rapto -le dijo Matteo con los ojos resplandecientes por la pasión que era solo de ella.

-Me encanta que me raptés -replicó Sarina entre risas-. Feliz aniversario, mi amor.

La besó en la azotea del sitio donde se conocieron y lo hizo con la misma pasión y con el mismo anhelo inagotable.

Matteo la ayudó a montarse en el helicóptero que estaba esperándolos y, mientras se elevaba en la noche veneciana, Sarina pensó en la década anterior.

Le costaba acordarse de quién había sido entonces. Aquella mujer tan temerosa del amor, que estaba segura de que todo acabaría mal, tan convencida de que, como su amiga había sido infeliz y las dos habían sido tan inmaduras, solo se merecía pasarlo mal.

Había tardado años en deshacer todos los nudos, pero lo había conseguido. Matteo y ella habían seguido todos los hilos y los habían desatado uno detrás de otro.

Se habían quedado semanas en el monasterio y solo habían atendido los asuntos de verdad ineludibles. Habían llegado a conocerse sin consejeros enfadados, órdenes del

día o mundo exterior en general.

Sin embargo, no se había casado con él hasta que estuvo embarazada de ocho meses. Estaba tan inmensa que solo pudo andar como un pato y preguntarse si sobreviviría al nacimiento de los dos niños que llevaba dentro.

-Cásate conmigo -le pidió él un día resplandeciente en Londres-. ¿Es que quieres que nuestros hijos te lleven al altar?

Su padre la llevó al altar en los jardines de la mansión Combe. Le pareció que ese día le arrebataron la mansión a los fantasmas y la pusieron a disposición del porvenir de ellos.

Esa noche durmió con Matteo en la suite principal, en la misma cama donde había perdido el corazón completamente, pero había sabido qué era lo que sentía cuando estaba con él.

-Te amo -susurró Sarina.

Él sonrió y le apartó el pelo de la cara para mirarla a los ojos.

-Lo sé, pequeña.

-Te amo -repitió ella como si se deleitara con las palabras-. Además, creo que te amo más todavía por casarte conmigo sin que yo haya tenido que decírtelo.

-No habrías creído en el amor si no iba envuelto con unos votos inquebrantables - Matteo se movió para colocar la parte más dura de su anatomía donde ella más se derretía-. Y no me importa hacerte esos votos, Sarina.

Cumplieron todos los votos que se hicieron el uno al otro.

Dio a luz los gemelos y él estuvo allí para tomarlos en brazos y sonreírle como si ella hubiese rehecho el mundo. También estuvo cuando nació la niña y fue quien propuso que la llamaran Jeannette, como la amiga, la hermana, que Sarina no dejaría de echar de menos.

No se separó de ella cuando llegó el cuarto hijo, tan pronto que les dio un susto a todos. Fue su apoyo mientras esperaban noticias y le secó las lágrimas cuando todo salió bien y le dejaron al tercer chico en los brazos.

Eso era lo que hacía Matteo, estaba presente y la ayudaba. Le enseñó a vivir día tras día, año tras año.

Ella, a cambio, le enseñó que siempre había sido un hombre, humano de los pies a la cabeza por mucho que él fingiera lo contrario. Ellos, juntos, desataron todos los nudos y derrotaron a todos los fantasmas, uno tras otro, porque el amor era la otra cara de pasarlo mal.

Ella siguió ejerciendo su profesión, aunque se alejó del mundo de las empresas para centrarse en mujeres que necesitaban curarse, no vengarse. Matteo, por su parte, aprendió a delegar y no tuvo que ser el custodio de su familia... a menos que quisiera.

Cuando el helicóptero aterrizó en los Dolomitas, en el patio de la fortaleza que ella siempre consideraría el mejor retiro del mundo, Sarina se dio cuenta de que hacía mucho tiempo que no pensaba en las cosas que los habían atosigado cuando empezaban.

-¿Por qué sonríes? -le preguntó Matteo mientras le tomaba la mano y cruzaban el patio.

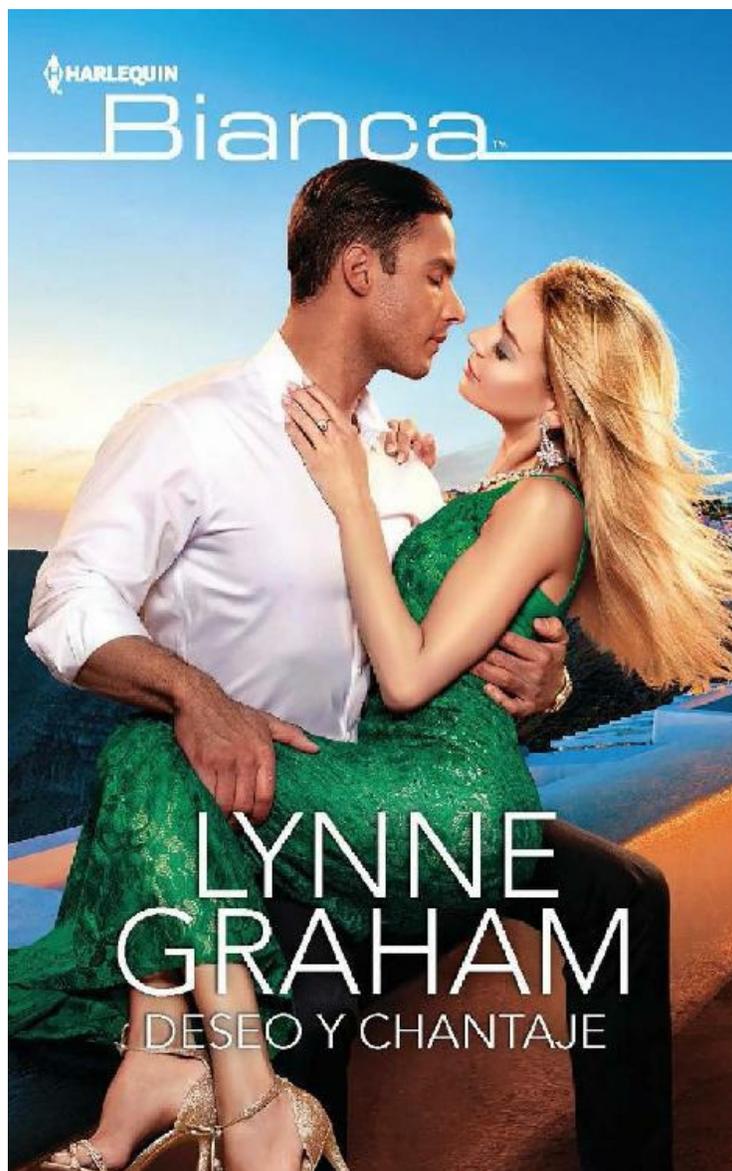
-Estaba pensando -contestó ella-. Ya no me acuerdo de cuándo fue la última vez que vimos un fantasma.

Fue una broma, pero él se puso serio. Sus adorados ojos grises se iluminaron con todo lo que habían hecho durante los diez años pasados... y con la perspectiva de lo que les esperaba.

-Los fantasmas son cosa del pasado -murmuró él en voz baja con las montañas como testigos-. Solo tenemos un porvenir brillante y diáfano.

Lo encontraron de la mano, juntos, más enamorados de lo que estuvieron al principio.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harpercollinsiberica.com